

NAVES ALAS ESTRE- LLAS

FRITZ
LEIBER

 **GALAXIA**
Ciencia Ficción

INFINITOS MUNDOS
COMIENZAN A SER DOMINADOS

Con NAVES A LAS ESTRELLAS presentamos otro autor nuevo en nuestra serie de ciencia y fantasía que sin duda merecerá el beneplácito de los habituales lectores de esta novelística.



Fritz Leiber

Naves a las estrellas

Galaxia - 43

ePub r1.0

Titivillus 10.06.16

Título original: *Ships to the Stars*

Fritz Leiber, 1964

Traducción: Fernando M. Sesén

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Introducción: Dos lunas perdidas

Algo —o nada, más bien— había puesto en alboroto a los científicos de la Tierra. Porque de repente resultó que no había absolutamente nada donde debiera haber habido muy ciertamente algo.

Phobos y Deimos, las dos lunas de Marte, habían desaparecido.

Y eso era solamente el comienzo de la cosa. Antes de mucho, otras de las lunas del sistema solar había desaparecido... la gente de la Tierra iba quedando fuera del alcance de la vista, se estaba hundiendo en el suelo... y los telépatas de la Tierra seguían teniendo extraños sueños, llenos de presagios...

«El día del doctor Kometevsky» es sólo uno de los excitantes relatos imaginarios de esta gran colección de historias del maestro de la ciencia ficción, Fritz Leiber. Usted conocerá también a Elven, el último de los Salvajes, que llevaba a toda su raza dentro de un broche; a los variados y extraños seres vivientes procedentes de todas las estrellas del universo, que atravesaban silenciosamente un extraño desierto; a Helen, la muchacha que era demasiado bella y afectuosa para ser humana, y no era tal; y a muchos más, todos fascinantes, maravillosa y espantosamente reales...

EL DÍA DEL DOCTOR KOMETEVSKY

—Pero ¡todo está profetizado ahí! Hasta se señala este siglo para la próxima nueva huida de los planetas.

Celeste Wolver levantó de mala gana la vista hacia el libro que su amiga Madge Carnap mantenía en alto como una antorcha. Descifró el mal impreso título: La danza de los planetas. No cabía equivocarse tocante a la época de su origen; simplemente era un ensayo literario del siglo veinte que el tiempo había descolorido hasta darle ese particularmente desagradable matiz pardo. A la verdad, el libro le parecía a Celeste algo así como una oscura y vieja bruja resucitada de la Postrera Era de Locura para turbar a un mundo que se estaba volviendo cuerdo, y no pudo menos de retroceder una pizca hacia su marido Theodor.

—Sólo profetizado de un modo muy vago —dijo Theodor, acudiendo en su auxilio—. Según entiendo, Kometevsky afirmaba, sobre la base de muchos indicios sacados de las leyendas y tradiciones populares, que los planetas y sus lunas trocan sus posiciones con esa regular frecuencia.

—Como si estuvieran ejecutando «Yendo a Jerusalén», o coros musicales —interpuso alegremente Celeste, pero no pudo conseguir que la observación sonara de una manera graciosa.

—Se supone que Júpiter se habría adelantado como el planeta extremo, y haya de terminar dentro de la órbita de Mercurio —continuó Theodor—. Bien, nada en absoluto parecido a eso ha ocurrido.

—Mas ha comenzado —dijo Madge con convencimiento—. Phobos y Deimos han desaparecido. No se puede eliminar ese innegable pequeño hecho.

Esa era la dificultad; no se podía hacer. Las dos menudas lunas

de Marte habían sencillamente desaparecido durante un período en que, como era generalmente el caso, la atención de la astronomía no estaba sobre ellas. Sólo que un centenar y pico de millas cúbicas de roca —las más simples pizcas volantes cósmicas— se habían llevado consigo la seguridad de todo un mundo.

Mirando al bello paisaje de huerta alrededor de ella. Celeste Wolver percibió que en un momento las fértiles colinas empezarán a agitarse como olas, las agradablemente errantes sendas se enroscarán como culebras y se hundirán en el verde mar, los esparcidos rascacielos se disolverán en las brumosas nubes que perforaban.

«La gente debió haber sentido algo parecido a esto», pensó, «cuando Aristarco, en primer lugar, insinuó y Copérnico les explicó que la sólida Tierra debajo de sus pies estaba atravesando vertiginosamente el espacio. Sólo que es peor para nosotros, porque ellos no podían ver que algo se hubiera alterado. Nosotros podemos».

—Una necesita alguna cosa a que adherirse —oyó decir a Madge—. El doctor Kometevsky era la única persona que tuvo una insinuación de que algo semejante a esto pudiera ocurrir. Nunca fui partidaria de Kometevsky, sin embargo. Ni siquiera había oído hablar del hombre.

Lo dijo casi en un tono de disculpa. En verdad, parada allí con su aire tan sincero y ansioso, Madge parecía ser todo menos una fanática, lo cual empeoraba mucho más las cosas.

—Por supuesto, hay varias explicaciones alternativas más convincentes... —empezó indecisamente Theodor, sabiendo muy bien que no las había. Si Phobos y Deimos se habían desmoronado de repente, seguramente la Base de Marte habría advertido algo. Por supuesto, había la Hipótesis del Espacio Desordenado, aun cuando fuera poco más que la accidental expresión de un eminente físico machacada por un ávido periodista. Y en todo caso, ¿qué sensación de seguridad le quedaba a uno si reconocía que las lunas y los planetas podían estallar, o penetrar en ocultas cavidades del espacio? Por tanto, terminó emitiendo un diferente concepto—: Además, si Phobos y Deimos sencillamente se precipitaron a alguna parte, sin duda habrían sido captados ya por el telescopio o el radar.

—¿Dos globos de roca de sólo unas millas de diámetro? —preguntó Madge—. ¿No son más pequeños que muchos de los asteroides? No soy una astrónoma, pero creo que tengo razón.

Y sin duda la tenía.

—Oh, es pesado —observó, balanceando el libro bajo el brazo. Y añadió, en tono ligeramente escandalizado—: Nunca ha sido puesto en microfilm —sonrió nerviosamente y miró a los otros de arriba abajo—: ¿Van a una tertulia? —preguntó.

La capa escarlata de Theodor y la falda verde y chaqueta plateada de Celeste justificaban la pregunta, pero ellos movieron la cabeza.

—No es más que la normalmente llamativa vestidura de la familia —dijo Celeste, al mismo tiempo que Theodor lo explicaba.

—Ocurre que estamos ligados al trabajo relacionado con esa desaparición. Los Wolver prácticamente componemos una subcomisión de la Junta para el Descubrimiento de Nuevos Electos. Y puesto que una gran cantidad de vanado material capta nuestra atención, vamos a ver si alguna parte de él tiene correlación con esta triza de juego de manos astronómico.

—Le proporciona a uno algo que hacer, de cualquier modo —asintió Madge—. Bien, debo irme. El templo budista nos ha prestado el local para una reunión —y les dirigió una angustiada sonrisa—. Nos veremos cuando la Tierra salte.

—Vamos, querida —Theodor dijo a Celeste—. Llegaremos tarde. Pero Celeste no quería ir demasiado de prisa.

—Sabes, Teddy —dijo penosamente—, todo esto me recuerda esos antiguos mitos donde demasiada buena suerte es una segura señal de próximo desastre. Fue cabalmente demasiada dicha que se malograra el III Mundo de nuestros bisabuelos y se consiguiese poner en marcha el Gobierno Mundial un millar de años antes del tiempo calculado. Una dicha como esa no podía durar, evidentemente. Quizás hemos ido demasiado aprisa con muchas cosas, como los vuelos espaciales y los perforadores de gran alcance y... —titubeó un poquito— los matrimonios complejos. Soy una mujer. Necesito una protección completa. ¿Dónde he de encontrarla?

—En mí —dijo prontamente Theodor.

—¿En ti? —objetó Celeste, andando despacio—. Pero no eres

más que una tercera parte de mi marido. Tal vez debiera buscarla en Edmund o Ivan.

—¿Estás enojada conmigo por algo?

—Por supuesto que no. Pero una mujer necesita su fuente de protección íntegra. En una crisis como esta, es inquietante tenerla dividida.

—Bien, somos una entera y, creo, indivisible familia —le dijo afectuosamente Theodor—. No estarás sugiriendo que por nuestros pecados de poligamia vamos a ser castigados con una catástrofe cósmica, ¿verdad? Fuego del cielo y todo eso.

—No seas necio. Sólo quería ofrecerte un cuadro de mi percepción —Celeste sonrió—. Creo que ninguno de nosotros se dio cuenta de cuánto hemos llegado a confiar en la idea de una inmutable ley científica. Le quita a una todo apoyo de un golpe.

—Tanto mayor motivo para coordinar lo que está ocurriendo tan pronto como sea posible —dijo enfáticamente Theodor—. Sabes, es fantásticamente extraño, pero creo que la experiencia de muchas personas dotadas de percepción extrasensoria quizá pueda darnos un indicio. Durante los últimos tres o cuatro días ha habido una notable semejanza en los sueños de personas con percepción extrasensoria por todo el planeta. Voy a presentar la prueba en la reunión.

—Así, ¿es por eso que Rosalind trae a la hija de Frieda? —preguntó Celeste, levantando la vista hacia Theodor.

—Dotty es tu hija, también, y de Rosalind —le recordó Theodor.

—No, sólo de Frieda —dijo amargamente Celeste—. Por supuesto tú quizá seas el padre. Un tercio de una probabilidad.

Theodor la miró de una manera penetrante, pero no hizo comentarios.

—De cualquier modo, Dotty estará allí —dijo—. Probablemente durmiendo ya. Todas las personas con percepción extrasensorias de repente parecieron necesitar más reposo.

Mientras hablaban, se había estado poniendo más oscuro, aun cuando la luminiscencia de la senda le impedía ser molesta. Y ahora la continua línea de nubes partía hacia el Este, mostrando un planeta único, rojo, en la parte inferior del horizonte.

—¿Sabías —dijo repentinamente Theodor—, que en *Los Viajes de Gulliver* Swift predijo que telescopios superiores mostrarían que

Marte tenía dos lunas? Calculó las dimensiones, las distancias y los períodos muy exactamente, además. Una de las pocas coincidencias realmente asombrosas de la realidad y la literatura.

—Cesa de contar cosas extrañas —dijo vivamente Celeste. Pero luego prosiguió—. Esos nombres de Phobos y Deimos... son griegos, ¿verdad? ¿Qué significan?

Theodor dio un paso en falso.

—Miedo y terror —dijo a regañadientes—. Mas no vayas a tomar eso por un presagio. La mayor parte de los nombres mitológicos de antiguos dioses principales y secundarios habían sido tomados —los cuerpos del sistema solar son llamados de ese modo, por supuesto— y éstos eran casi todo lo que había disponible.

Ello era cierto, pero no le confortaba mucho.

* * *

«Soy dios, Dotty estaba diciéndose en sueños, y quiero estar sola y pensar. A mí y a mis dioses amigos nos gusta mantener algunos de nuestros pensamientos secretos, pero los otros dioses nos lo han prohibido».

Una leve sonrisa revoloteaba por los labios de la durmiente niña, y la mujer de doradas calzas atacadas y chaqueta adornada con lentejuelas de oro se inclinó hacia adelante contemplativamente. Con su dignidad y sencillez y erguido donaire, era más bien como una mujer de circo que estuviera cuidando a su hija enferma antes de salir para el trabajo del trapecio.

«Yo y mis dioses amigos salimos en nuestras grandes y rápidas lanchas de plata, Dotty seguía imaginando en sueños. Los otros dioses están coléricos y asustados. Se espantan de los pensamientos que tengamos en secreto. Nos siguen para darnos caza. Ellos son muchos más que nosotros».

Mientras Celeste y Theodor entraban en la sala de la junta, Rosalind Wolver —un brillo de platino sobre un fondo oscuro— entró por la puerta de enfrente y la cerró suavemente tras ella, Frieda, una mujer rubia vestida de azul, se levantó de la mesa redonda.

Celeste se desvió con aparente indiferencia mientras Theodor besaba a sus dos otras esposas. A Celeste le complació observar que

Edmund parecía estar inquieto también. El hombre, que llevaba un ajustado traje negro, su figura no realzada excepto por dos flechas rojas en el cuello, causó la impresión a Celeste de que encarnaba muy propiamente la seria y funesta índole del momento.

Edmund sacó dos carteras del bolsillo de su chaleco y las echó sobre la mesa junto a uno de los proyectores de microfilms.

—Sugiero que empecemos sin esperar a Ivan —dijo.

—Hace diez minutos que ha telefonado desde el Departamento Espacial para decir que salía inmediatamente —observó Frieda, con expresión ansiosa—. Y eso es apenas un paseo de dos minutos.

Rosalind al instante se adelantó hacia la puerta exterior.

—Yo me detendré —explicó—. Oh, Frieda, he colocado el micrófono, de modo que lo oirán si Dotty grita.

—Muy bien, pues —dijo Edmund levantando las manos; dio unos pasos, encendió la luz del cuadro del proyector y fijó la vista afuera pensativamente.

Theodor y Frieda sacaron sus carteras, prepararon los proyectores, y silenciosamente empezaron a examinar su material.

Celeste manipuló la televisión y cogió una emisión de noticias. Pero encontró que su vista no quería absorber los cuadros de imagen impresa que se sucedían con mucha rapidez, por lo cual, unos momentos después, se encogió de hombros impacientemente y cerró, cogiendo un canal de audición de noticias de actualidad.

«Las dos naves impulsadas por cohetes, enviadas desde la Base de Marte para explorar las posiciones orbitales de Phobos y Deimos, es decir, el volumen de espacio que estarían ocupando si sus posiciones hubieran permanecido normales, informan encontrar masas de polvo y mayores despojos. Las dos masas de fino desecho se están moviendo dentro de las mismas órbitas y a las mismas velocidades de las dos desaparecidas lunas, y ocupan aproximadamente los mismos volúmenes de espacio, aun cuando la masa de material es apenas un centésimo de la de las lunas. Los físicos no han hecho declaraciones en cuanto a si esto constituye una confirmación de la Hipótesis de Disgregación.

»Sin embargo, nos complace mucho esta noticia. Hay una marcada disminución de la tensión. El descubrimiento de los despojos —sólido y tangible material— parece sacar todo el asunto de la sobrenatural miasma en la cual algunos de nosotros hemos

sido inducidos a lanzarlo. Ha sido encontrado un centésimo de las lunas.

»¡El resto lo será también!».

Edmund se había vuelto de espaldas a la ventana. Frieda y Theodor habían apagado los proyectores.

«Mientras tanto, los habitantes de la Tierra emprenden sus quehaceres con un mínimo de agitación, haciendo frente con considerable calma a la singular amenaza para la estructura de su sistema solar. Muchos, por supuesto, están congregados en las iglesias y templos humanistas. Los seguidores de Kometevsky han organizado procesiones de helicópteros en Washington, Pekín, Pretoria, y Christiana, exigiendo que se tomen inmediatas disposiciones porque —y cito sus mismas palabras— *la Tierra está marchando por el espacio a saltos*. También han retado formalmente a todos los astrónomos a presentar otra explicación que la contenida en ese extraño libro tan recientemente sacado del olvido: *La danza de los planetas*».

Eso casi concluye la historia por ahora. No hay nuevos informes de la Astronomía de Radar Interplanetaria, o de las otras naves impulsadas por cohetes que exploran el extenso volumen de Marte. Tampoco han sido emitidas declaraciones por los diversos grupos que están ocupados en el problema dentro de la Astrofísica, la Ecología Cósmica, la Comisión para el Descubrimiento de Nuevos Efectos, etc. Mientras tanto, sin embargo, podemos recibir ánimo de las palabras de un poema escrito aún antes que el libro del doctor Kometevsky:

*Esta Tierra no es el lugar firme
En donde edificar los que vivimos en tierra;
De piélago a piélago ella varía la marcha,
Y al mismo tiempo que avanza decae.
Debajo de los pies siento
Su terso volumen levantarse y bajarse alternativamente;
Con terciopelada sumersión y suave ascenso
Ella se balancea y se afianza a la quilla
Como una valerosa, valerosa nave*

Mientras la voz de la televisión recitaba el poema, volviéndose

más dulce a medida que la emoción la embargaba, Celeste miró alrededor de ella, a los otros. Frieda, con su toque de femenina debilidad mostrándose más que nunca a través de su práctica compostura. Theodor inclinándose hacia adelante con la capa escarlata echada atrás, mostrando la semisonrisa con la cual parecía hacer frente hasta a lo desconocido. El serio Edmund vestido de negro, disimulando una honda inseguridad con una fuerte apariencia de entereza.

En resumen, su familia. Celeste conocía todos sus caprichos y lados flacos. Sin embargo, ahora le parecían estar a un millón de millas de distancia, como figuras vistas por el inverso extremo de un telescopio.

¿Eran realmente una familia? ¿Activas fuentes de fortaleza y seguridad mutuas el uno para con el otro? ¿O habían simplemente estado fingiendo ser una familia, experimentando con sus ideas de matrimonio complejo como un puñado de necios adolescentes? ¿Como mariposas aprovechándose del buen tiempo para juntarse en una fascinadora y artificiosa danza, hasta que la violentada Naturaleza resolviera destruirlas?

Mientras el poema estaba acabando, Celeste vio que la puerta se abría y Rosalind entraba por ella despacio. El semblante de la dorada mujer estaba tan pálido como las sendas que ella había estado hollando.

En ese mismo momento la voz de la televisión se avivó con conmoción.

«¡Noticias! El Observatorio Lunar Número Uno informa que, aun cuando Júpiter está casi a punió de pasar detrás del Sol, se ha obtenido una excelente fotografía de la corona del planeta. Examinada y reexaminada, sólo admite una interpretación, la cual el Observatorio Lunar Numero uno se siente legalmente obligado a hacer pública. ¡Las catorce lunas de Júpiter ya no son visibles!».

El coro de observaciones con que los Wolver, de otro modo, habrían recibido esto, fue reprimido por una cosa: el hecho de que Rosalind pareció no oírlo. Sea lo que fuere lo que tenía en el pensamiento le impidió penetrar hasta esa increíble declaración.

Rosalind se dirigió temblorosamente hacia la mesa y soltó una cartera, un extremo de la cual estaba tiznado de barro.

—Ivan salió del Departamento Espacial hace veinte minutos —

dijo sin mirar a los otros—; pues ha dicho que venía aquí inmediatamente. A mi regreso he escudriñado la senda. En medio del camino he encontrado esto casi enterrado en el barro. He tenido que tirar de él para sacarlo, parecía como si hubiera estado pegado al suelo con cemento. ¿Percibís cómo la tierra parece estar metida en el cuero, como si el objeto hubiera yacido durante años en la hoya?

Ya los otros estaban manoseando la pequeña cartera de microfilms que habían visto tantas veces en las competentes manos de Ivan. Lo que Rosalind decía era cierto. Al tocarla, se recibía la impresión de ser una cosa arenosa y malsana. Además, era extraordinariamente pesada.

—Y ved lo que está escrito sobre ella —añadió Rosalind.

La volvieron. Garabateadas con lápiz blanco en letras grandes, apresuradas y frenéticas, había dos palabras: «¡Descendemos aprisa!».

Los otros dioses, imaginaba Dotty en su sueño, están escudriñando todo el universo para encontrarnos. Los hemos esquivado muchas veces, pero ahora nuestros ardides están casi agotados. No hay puertas de salida del universo y nuestras lanchas son luminosas boyas de plata para los buscadores. Por tanto hemos resuelto desfigurarlas del único modo que puede hacerse. Es nuestra última oportunidad.

Edmund dio un golpe en la mesa para atraer la atención de la familia.

—Yo diría que hemos hecho lo que podemos, por el momento, para encontrar a Ivan. Hemos efectuado una completa búsqueda local. Está en curso una más extensa, la cual no podemos dirigir personalmente. Se ha dado aviso a todas las agencias útiles y están siendo radiadas las descripciones físicas para la identificación. Sugiero que continuemos con el asunto de la tarde, el cual puede muy bien estar relacionado con la desaparición de Ivan.

Uno tras uno los otros asintieron y ocuparon sus sitios en la mesa redonda. Celeste hizo un gran esfuerzo para librarse de la sensación de calidad ilusoria que la había embargado y concentró la atención en los microfilms.

—Yo me haré cargo de los apuntes de Ivan —oyó decir a Edmund—. Son mayormente acerca de los perforadores.

—¿A qué distancia han llegado con eso? —preguntó ociosamente Frieda—. ¿Veinticinco millas?

—Cerca de treinta, creo —respondió Edmund—, y todavía están descendiendo.

A esas últimas palabras todos levantaron la vista con presteza. Luego sus miradas se dirigieron hacia la cartera de Ivan.

«Nuestro ardid ha salido bien, fantaseaba Dotty. Los otros dioses han pasado por nuestro escondite una docena de veces sin apercibirse de él. Escudriñan repetidas veces el universo para encontrarnos, pero en vano. Finalmente juzgan que hemos hallado una puerta de salida del universo, Sin embargo, nos temen tanto más. Nos consideran como demonios que algún día volveremos a pasar por esa puerta para destruirlos. Por lo cual atisban en todas partes. Nosotros estamos quietamente sonriendo dentro de las desfiguradas lanchas, pero apenas osando movernos o meditar, por temor de que los más débiles ecos de nuestras acciones les den una pista. Cientos de millones de años pasan. Nos parecen no más que horas de un sueño producido por narcóticos, dentro de una cárcel».

—Necesitamos una pausa.

—Lo hemos efectuado todo —convino penosamente Frieda.

—Excelente idea —dijo vivamente Edmund—. Creo que hemos dado con varios puntos decisivos a lo largo del camino y los hemos medio desligado de la gran masa de material inconexo, Terminaré esa parte de la tarea ahora mismo y daré a conocer mi hipótesis cuando todos estemos un poquito más frescos. Digamos media hora, ¿eh?

Theodor inclinó la cabeza lentamente para asentir; y se levantó de su asiento, sujetando la capa sobre un hombro.

—Salgo a echar un trago —les informó.

Después de unos momentos de vacilación, Rosalind lo siguió calladamente. Frieda se extendió sobre un canapé y cerró los ojos. Edmund examinaba los microfilms incansablemente, de cuando en cuando poniendo uno aparte.

Celeste le observó por un momento, luego se levantó de un salto y se dirigió hacia el cuarto donde Dotty estaba durmiendo. Pero a medio camino se paró.

«No es mi hija, pensó amargamente. Frieda es su madre, Rosalind su nodriza. Yo no soy nada en absoluto. Sólo una de las

amigas del marido. Una dama de cohibida virtud en un mundo que se aniquila».

Pero luego enderezó los hombros y continuó.

* * *

Rosalind no alcanzaba a Theodor. Los pasos de ella eran silenciosos y Theodor no miraba atrás a lo largo de la senda cuyo débil brillo blanco se elevaba sólo a la altura de la rodilla, iluminando un bajo Jirón de arbusto y musgoso tronco de árbol a ambos lados, no más.

Hacia un poco de frío. Rosalind se puso los guantes, pero no se apresuró. En verdad, se quedaba más y más atrás de la rasante extremidad de la capa escarlata y los bregantes zapatos rojos, que parecían andar separados del cuerpo, como los del cuento de hadas.

Cuando Rosalind llegó al punto donde había encontrado la cartera de Ivan, se paró del todo.

Una ligera brisa susurraba en las hojas, y, rozando suavemente la mejilla de Rosalind, traía una silvestre mezcla de olores de podredumbre y tierra vegetal. Poco después Rosalind empezó a oír los movimientos y corridas furtivas de los animales del bosque.

Miró alrededor de ella indiferentemente, dándose cuenta de repente de la futilidad de su busca. ¿Qué indicios podía esperar encontrar en este tenue crepúsculo? Y habrían cabalmente escudriñado el lugar en las primeras horas de la noche.

Sin advertencia, un extraño hormigueo recorrió su piel y se sobrecogió de miedo de la fría y granosa tierra debajo de los pies, un ancestral terror del tiempo en que los hombres temblaban oyendo fantásticas historias acerca de sepulturas y tumbas.

Un menudo detalle parecía adquirir más y más importancia en su mente; lo innatural de la manera que la tierra había impregnado el ángulo de la cartera de Ivan, casi como si la marga y el cuero coexistieran en el mismo espacio. Recordaba el extraño modo en que la parcialmente enterrada cartera había resistido a su primer tirón, igual que una arraigada planta.

Se sentía acobardada por la misteriosa noche que la rodeaba, y literalmente empequeñecida, como si se hubiera achicado varias pulgadas. Se animó a sí misma e hizo un movimiento para echar a

andar.

Algo retenía sus pies.

Estaban hundidos en la senda hasta los tobillos. Mientras que miraba con miedo y horror, empezaron a hundirse todavía más en el terreno.

Rosalind forcejeó frenéticamente, tratando de soltarse de un tirón. No podía. Tenía la aterradora sensación de que la Tierra no sólo la había cogido con trampa sino invadido; que sus moléculas estaban trepando por entre las moléculas de su carne; que las dos especies se estaban haciendo una sola.

Y se estaba sumiendo más de prisa. Sumergida hasta las rodillas, luego hasta los muslos, las caderas, la cintura. Batía la polvorienta senda con las manos y echaba el cuerpo de lado a lado con angustioso frenesí como alguna pecadora inmovilizada en el hielo del círculo más interior del infierno de los antiguos. Y siempre la sensación de la oscura y granosa corriente se extendía alrededor de ella tan bien como dentro suyo.

Ivan sólo habría tenido tiempo para escribir de prisa esa nota en la cartera y tirarla, pensó. Se quitó un guante de un tirón, se inclinó hacia fuera tanto como podía, e hizo un furioso esfuerzo para clavar los dedos en la polvorienta senda. Ya la tierra subía hasta su barbilla, la nariz, y le cubría los ojos.

Esperaba la oscuridad, pero era como si la luz de la senda permaneciese con ella, produciendo un ligero brillo todo alrededor. Veía raíces, guijarros, negra podredumbre, estropeados socavones, gusanos. Ringlera sobre ringlera de ellos, su vista penetrando la sólida tierra. Y al mismo tiempo, percibía que estas mismas especies de cosas estaban, infiltrándose en su cuerpo.

Y aún continuaba hundiéndose con una rapidez que se acrecentaba, como si la ley de la gravitación se aplicara a ella de una manera reducida. Descendía de negra tierra vegetal y penetraba en terreno de piedra caliza a través de capas de arcilla gris.

Sus torturados pulmones, saturados de roca, atraían aire penosamente. Se preguntó con frenesí si un volumen de aire estaba cayendo en ella a través de la piedra.

Un brillo de cuarzo. La momentánea percepción de una caverna de un pie de alto con un goteo de agua. Y en seguida sintió que se deslizaba por una columna de basalto negro, en parte dentro de la

caverna, en parte dentro de una masa de quijo vareteada de oro. Después sólo basalto negro. Y siempre más de prisa.

Luego el calor se hizo más intenso; era como si se estuviera acercando al eterno fuego del infierno.

* * *

A primera vista Theodor creyó que el Departamento Espacial estaba vacío. Luego observó una figura encorvada como un mono en el último taburete, casi perdida en las azuladas sombras; mientras que detrás del mostrador, el cristalino vestido combinándose con las hileras de relucientes vidrios, estaba una muchachita de serio semblante que apenas tendría quince años.

La televisión estaba funcionando, y decía: «... además, se han denunciado una cantidad de misteriosas desapariciones de personas de alta categoría. Se cree que estos son casos de engaño, ilusorio temor, y viaje precipitado; un resultado de la extraordinaria tensión de la época. Finalmente, unas cuantas sugestionables personas de diversas partes del mundo, especialmente la península india, han declarado ellas mismas ser “dioses” y de algún modo responsables de los actuales acaecimientos. Se cree...».

La muchacha apagó la televisión y atendió a Theodor, explicando accidentalmente:

—Joe quiso ir a una reunión de los partidarios de Kometevsky, por tanto me he hecho cargo de esto por él —cuando hubo preparado el alto vaso de *whisky* con soda para Theodor, declaró—: Echaré un trago con ustedes, caballeros —y se llenó un vaso de zumo de granada.

—Wiski con soda —musitó la figura semejante a un mono. Luego se volvió hacia Theodor y preguntó—: ¿Y cuál es su reacción a todo esto, señor?

Theodor reconoció el rostro contraído y surcado de arrugas. Era el coronel Fortescue, un viejo militar mucho ha retirado de la Patrulla de Paz y el cual pasaba por haber visto verdadera lucha en la Postrera Época de Locura. Ahora, por alguna razón, el rostro ostentaba una astuta sonrisa.

Theodor se encogió de hombros. En ese mismo momento la luz de las «importantes noticias» de la televisión fulguró en un destello

azul y la muchacha abrió el conmutador del canal de audición. El coronel hizo un guiño a Theodor.

«... confirmando la desaparición de las lunas de Júpiter. Pero acaban de recibirse dos otras noticias enteramente fantásticas. El Observatorio Lunar Número Uno dice que está visiblemente rastreando catorce pequeños cuerpos que cree pueden ser las perdidas lunas de Júpiter. ¡Se están dirigiendo hacia fuera del sistema solar a una increíble velocidad y están ya fuera de la órbita de Saturno!».

—¡Ah! —dijo el coronel.

«La segunda. Palomar informa que un gran número de cuerpos opacos se están acercando al sistema solar a una velocidad igualmente increíble. Están a casi dos veces la distancia de Plutón, ¡pero avanzando aprisa! Estaremos radiando adicionales detalles tan pronto como sea posible.

—¡Ah, ah! —dijo el coronel.

Theodor le miró con curiosidad. El aire de propia satisfacción del viejo era casi divertido.

—¿Es usted un partidario de Kometevsky? —le preguntó Theodor.

—Por supuesto que no, muchacho —dijo el coronel, riendo—. Esa pobre gente está tanteando en la oscuridad. ¿No percibe usted qué ha ocurrido?

—No, francamente.

—El Plan Divino. Dios es un estratégico militar, naturalmente —susurró ásperamente el coronel, inclinándose hacia Theodor.

Luego levantó el vaso de wiski con soda con su mano semejante a una garra y echó un confortante trago.

—Lo sabía todo el tiempo, por supuesto —prosiguió, de un modo pensativo—, pero esta última noticia lo hace tan manifiesto como el silbido de un cohete, al menos para toda persona que conozca la estrategia militar. Mire, muchacho, supongamos que usted mandara una escuadra y husmeara la aproximación del enemigo; ¿qué haría usted? Enviaría los batidores y caza torpederos en formación de abanico hacia ellos. Detrás de esa defensa juntaría en masa los navíos pesados. Luego...

—No querrá usted decir... —interrumpió Theodor.

La muchacha detrás del mostrador miró a los dos atentamente.

—¡Por supuesto que sí! —atajó vivamente el coronel—. Es una guerra entre las fuerzas del bien y del mal. Los brillantes soles y los planetas están en un lado, las tinieblas en el otro. Las lunas son los destructores, Júpiter y Saturno son los grandes acorazados, mientras que nosotros estamos en un crucero pesado. Estoy orgulloso de decirlo. Probablemente entraremos en acción pronto. Que sea una áspera lucha, ¿qué importa eso? ¡Y todo por la estrategia divina!

Rió entre dientes y echó otro gran trago. Theodor le miró acremente. La muchacha detrás del mostrador pulimentaba un vaso y se estaba callada.

* * *

Dotty de repente empezó a voltearse y menearse, y una expresión de terror se extendió por su durmiente rostro. Celeste se inclinó hacia adelante, temerosa.

Los labios de la niña se movían y Celeste descifró las encubiertas y soñolientas palabras:

—Han descubierto dónde nos estamos escondiendo. Se están acercando para atraparnos. ¡No! ¡Por favor, no!

Las reacciones de Celeste estaban mezcladas. Se sentía inquieta por Dotty y al mismo tiempo casi con terror de ella, como si la niña raera una intermediaria de fuerzas sobrenaturales. Se dijo a sí misma que este miedo era una expresión de su propia hostilidad, pero realmente no lo creía. Tocó la mano de la pequeña.

Los ojos de Dotty se abrieron sin hacer sentir a Celeste que ella hubiera despertado del todo. Poco después la niña miró a Celeste y los pequeños labios se separaron en una sonrisa.

—Hola —dijo con somnolencia—. He tenido unos sueños muy extraños —luego, después de una pausa, frunciendo el ceño—: Realmente soy un dios, sabes. Es una cosa muy rara.

—¿Sí, querida? —instó inquietamente Celeste—. ¿Llamo a Frieda?

—¿Por qué obras tan nerviosamente cerca de mí? —preguntó Dotty, y la sonrisa huyó de sus labios—. ¿No me quieres, mamá?

Celeste se sobresaltó al oír esas palabras. Su garganta se cerró. Luego, muy lentamente, su rostro se iluminó con una radiante sonrisa.

—Por supuesto que sí, preciosa. Te quiero mucho.

Dotty inclinó la cabeza, feliz; sus ojos ya cerrados otra vez.

Hubo un repentino barullo de excitadas voces al otro lado de la puerta. Celeste oyó vocear su nombre. Se levantó.

—Voy a tener que salir, para hablar con los otros —dijo—. Si me necesitas, querida, llama.

—Sí, mamá.

Edmund golpeó para atraer la atención. Celeste, Frieda y Theodor miraron de prisa alrededor, hacia él. Se dieron cuenta de que parecía estar más terriblemente tenso de lo que aun ellos percibieran. Su expresión merecía ser estudiada en su reprimida excitación, pero había también señales de un conocimiento que era casi demasiado abrumador para sobrellevarlo un ser humano.

—Creo que es hora —dijo con voz cortada y rápida— de que cesemos de preocuparnos de nuestros propios asuntos y pensemos en los del sistema solar, en parte porque creo tienen una directa relación con la desaparición de Ivan y Rosalind. Como os dije, he estado ordenando las partidas decisivas del material que hemos estado dando a conocer. Hay unas cuatro de esas partidas, según lo veo. Es algo parecido a una historia de misterio. Me pregunto si, teniendo noticia de esos cuatro indicios, llegarán a la misma conclusión a que yo he llegado.

Los otros hicieron una seña con la cabeza.

—Primero, hay las últimas informaciones del Centro de Investigación de Profundidad, el cual, como ustedes saben, han estado explorando las condiciones del interior de la Tierra. Aproximadamente a veintinueve millas bajo la superficie, los cavadores han encontrado una obstrucción metálica a la cual a modo de ensayo han puesto el nombre de durasfera. Resiste a los más sólidos perforadores, a los más fuertes corrosivos. Han tendido un túnel a ese nivel de una longitud de un cuarto de milla. Las escrupulosas mediciones, posibilitadas por la metálica superficie tersa como un espejo, muestran que la durasfera tiene una ligera curvatura que es casi exactamente igual a la curvatura de la Tierra misma. La sugerencia es que hondas horadaciones hechas en cualquier parte del mundo darían con la durasfera en la misma profundidad.

»Segundo: los movimientos de las lunas de Marte y Júpiter, y

particularmente los despojos dejados atrás por las lunas de Marte. Concediendo que Phobos y Deimos tuvieran durasferas proporcionales en volumen a la de la Tierra, luego los despojos aproximadamente igualarían en cantidad al material de las roqueñas envolturas de esas dos durasferas. La sugerencia es que las dos durasferas de repente salieron de sus envolturas con una velocidad tan grande como para dejar a esas reventadas envolturas atrás.

Hubo un profundo silencio en la sala de reunión.

—En tercer lugar, la desaparición de Ivan y Rosalind, y especialmente la aturdidora insinuación —por el mensaje de Ivan en un caso y el guante de Rosalind apuntando hacia abajo en el otro — de que los dos de algún modo fueron atraídos hacia las profundidades de la Tierra.

»Finalmente, los sueños de personas con percepción extrasensorial, los cuales concuerdan fuertemente en los siguientes puntos: Un grupo de seres se apartan de una raza divina y telepática porque insisten en conservar un grado de reserva mental. Huyen en grandes lanchas o naves de alguna clase. Son perseguidos a tal punto que no hay escondite para ellos en ninguna parte del universo. De alguna manera felizmente desfiguran las naves. Pasan millones de años y los todavía fanáticos perseguidores no penetran su secreto. Luego, de repente, son descubiertos.

»¿Comprenden qué quiero decir con eso? —preguntó roncamente Edmund, después de una pausa.

Podía adivinar por sus miradas que los otros comprendían, pero no podían persuadirse a expresarlo con palabras.

—Supongo es la medida de tiempo y la medida de valor que son tan difíciles de aceptar para nosotros —dijo suavemente—. Mucho más, aún, que la medida de volumen. El pensamiento de que haya seres vivientes en el universo para los cuales todo el curso del hombre —en verdad, todo el curso de la vida— no sea más que unos miles o cientos de millares de años, Y para quienes el hombre no sea más que un ser de inferior calidad progresiva, una insignificante parte de un hábil trabajo de desfiguración.

Esta vez no hizo pausa.

—Los escritores de temas fantásticos a veces han insinuado toda clase de cosas extrañas acerca de la Tierra: que pudiera hasta ser

una especie de particular ser viviente, o estar horadada con cavernas habitadas, y así por el estilo. Pero no sé que alguno de ellos haya sugerido jamás que la Tierra, junto con todos los planetas y lunas del sistema solar, pudieran ser...

—... una desfigurada flota de gigantescas naves espaciales esféricas —Frieda finalizó por Edmund, en un susurro.

—Tu suposición es casualmente la exacta verdad.

Al oír esa familiar, pero terriblemente extraña voz, los cuatro se volvieron hacia la puerta interior. Dotty estaba parada allí, una niña aturdida de sueño con una manta recogida alrededor del cuerpo y arrastrando por el suelo atrás. Su propia hija. Mas en los ojos de la criatura había una expresión que los hizo sentirse inferiores.

—Soy un ser —dijo— con una antigüedad algo mayor de lo que vuestros geólogos llaman la Edad Arqueozoica. Os estoy hablando por conducto de un número de personas telepáticamente sensibles entre vuestra clase. En cada caso mis pensamientos se ajustan a vuestro nivel de comprensión. Habito la desfigurada nave espacial carente de retropropulsión que es vuestra Tierra.

—Criatura... —suplicó Celeste, dando un vacilante paso hacia adelante.

—Es cierto —continuó Dotty, sin dirigirle una mirada siquiera— que plantamos las semillas de la vida en algunos de estos planetas simplemente como parte de nuestro trabajo de desfiguración, lo mismo que les dimos un apropiado medio ambiente para cada uno. Y es cierto que ahora hemos de dejar que la mayor parte de esa vida sea destruida. Nuestro escondite ha sido descubierto, nuestros perseguidores están sobre nosotros, y tenemos que hacer un último esfuerzo para escapar o batallar, ya que firmemente creemos que el principio de reserva mental al cual hemos consagrado nuestra existencia es quizás el mayor bien de todo el universo.

»Pero no es verdad que os miremos con desprecio. Toda nuestra raza está hondamente consagrada a la vida, dondequiera que ella se manifieste, y es nuestra norma no impedir su desarrollo. Esa fue una de las razones por las cuales hicimos a la vida una parte de nuestra desfiguración; ello haría a nuestros perseguidores refractarios a examinar estos planetas con suma atención.

»Ciertamente, siempre os hemos apreciado y observado vuestra evolución con interés desde nuestras ocultas guaridas.

Inconscientemente quizás hasta hayamos modelado vuestro desarrollo en ciertos aspectos, constantemente tratando de apartaros de la guerra por la instrucción y por fin consiguiéndolo; lo cual quizás haya dado el revelador indicio a nuestros perseguidores.

»Vuestros planetas tienen que ser hechos pedazos —este particular planeta en el área del Pacífico— de suerte que tengamos nuestra última oportunidad para escapar. Aun cuando no entráramos en acción, nuestros perseguidores os destruirían con nosotros. No os podemos invitar a venir a nuestras naves; no por falta de espacio, sino porque no podríais sobrevivir a las enormes aceleraciones a que estaríais sujetos. Necesitaríais, sabéis, comodidades muy especiales, de las cuales tenemos sólo lo suficiente para unos cuantos.

»Esos pocos los llevaremos con nosotros, como la semilla de la cual puede —si nosotros mismos de algún modo sobrevivimos— nacer una nueva raza humana.

* * *

Rosalind e Ivan se miraron mudamente el uno al otro en la plateada sala en forma de huevo, sin entrada o salida visibles, colocados en una floja postura. Pero sus pensamientos ya no eran sobre viajes de treinta y tantas millas a través de la sólida tierra, o sobre el fresco que se sentiría después del calor del trayecto, o respecto a cuán grotesco era ser entrampados aquí, el fragmento de un matrimonio. Los dos estaban escuchando la voz que hablaba dentro de su espíritu.

«En unos minutos vuestros cuerpos serán disgregados en capas de un solo átomo de espesor, aptos para ser guardados o almacenados de tal manera que resistan aceleraciones casi infinitas. Simples células cubrirán acres de espacio. Pero no os alarméis. La operación es sin dolor y cada partícula será catalogada para futura reunión. Vuestra conciencia continuará durante toda la operación».

Rosalind miraba a los dedos de sus pies guarnecidos de oro. Se estaba preguntando: «¿Fenecerán ellos primero, o mi cabeza? ¿O seré mondana como una manzana?».

Miró a Ivan y percibió que él estaba pensando lo mismo.

Arriba en la sala de reunión, los otros Wólver estaban hundidos en sus asientos alrededor de la mesa. Sólo la pequeña Dotty permanecía erguida y mirando fijamente, sobrecogida y sin habla, totalmente fuera del alcance de ellos, como un teléfono descolgado y con la conexión puesta, pero no llegando ninguna voz del otro extremo.

Acababan de apagar la televisión después de escuchar una confusa mezcla de contradicciones, rezos, charlas de partidarios de Kometevsky, y unos cuantos comentarios pasmosamente realistas sobre la posibilidad de supervivencia.

Estos últimos señalaban que, por el lado de la Tierra opuesto al Pacífico, los cataclismos llegarían lentamente cuando la enterrada nave espacial saltara con violencia; con tal que, como parecía ser el caso, marchara sin mecanismos de retropropulsión o reacción.

Sería como si el vasto núcleo de la Tierra simplemente desapareciera. La gravedad se disminuiría de repente a una fracción de su anterior valor. La vacía envoltura de roca, agua y aire empezaría a huir de los despojos porque ya no habría la masa requerida para retenerla.

Sin embargo, pudiera haber exactas probabilidades de supervivencia temporal y hasta prolongada para personas dentro de fuertes construcciones herméticamente cerradas, tales como submarinos y naves espaciales. Se decía que las pocas naves espaciales de la Tierra se habían deteriorado, o se estaban preparando para partir, con tantos pasajeros como podían ser transportados.

Pero la mayoría de las personas, al parecer, no podían meditar ninguna clase de acción. Sólo podían estar sentados e imaginar, como los Wólver.

Una tenue sonrisa aflojó el rostro de Celeste.

«¡Qué maravilloso!», estaba pensando. «Esto significa la destrucción del sistema solar, el cual es un concepto subjetivo horripilante. Objetivamente, sin embargo, sería un espectáculo más pavoroso que todo lo que un ser humano haya visto o podido ver jamás. Es desear una cosa absurda y hasta inhumana, pero desearía poder ver todo el cataclismo desde el principio hasta el fin. Ello

haría parecer la muerte muy insignificante, un menudo incidente personal».

El semblante de Dotty estaba perdiendo su vacía expresión, volviéndose atento e inquieto.

—Estamos en contacto con nuestros perseguidores —dijo con la familiar y extraña voz—. Hay negociaciones en curso ahora. Parece haber... hay ciertamente un cambio en ellos. Donde antes eran duros y vengativos, ahora son apacibles y conciliatorios —se paró, la inquietud pintada en las tiernas facciones contrayéndose en una penosa incertidumbre—. Nuestros perseguidores siempre han sido astutos. El cambio en ellos puede ser falso, destinado simplemente a aquietarnos e inducirnos a permitirles que se acerquen lo suficiente para destruirnos. No debemos caer en la trampa llenándonos de esperanzas...

Los otros se inclinaron hacia adelante, asiéndose de las manos, mirando al pequeño rostro como si fuera una pantalla de televisión.

Celeste tenía la extraña sensación de que estaba escuchando un comunicado de una guerra tan inconcebiblemente vasta y violenta, entre adversarios tan astronómicamente grandes y casi inmortales, que se sentía como un razonante zoófito... y en seguida se dio cuenta con un violento impulso de reír que esa era exactamente la situación.

—¡No! —dijo Dotty. Sus ojos empezaron a brillar como un ascua—. ¡Realmente han cambiado! Durante las edades en las cuales estuvimos alejados y escondidos de ellos, no sabiendo nada de ellos, se rebelaron contra la tiranía de una mente comunal para la cual ningunos pensamientos son secretos... la tiranía de que nosotros huimos para esquivarla. ¡No vienen para destruirnos, sino para devolvernos con gusto a una sociedad que nosotros y ellos podemos hacer verdaderamente grande!

Frieda se hundió en el sillón, temblando entre accesos de risa e histérico llanto, Theodor tenía un aspecto tan pálido como tuviera Dotty mientras esperaba a recibir mensajes para hallar. Edmund se dirigió rápidamente a la ventana, Celeste hacia el televisor.

Saliendo temblorosamente del sillón, Frieda se encaminó a la ventana dando trompicones y atisbó afuera junto a Edmund. Con violenta excitación, vio luces que se movían a lo largo de las sendas con sacudidas.

En la pantalla de la televisión, Celeste observó dos naves brillantemente iluminadas que daban vueltas en el cielo; si eran naves espaciales humanas o Phobos y Deimos que habían venido para ayudar a la Tierra a alegrarse, eso no lo podía determinar.

Dotty habló de nuevo, el júbilo de su extraña voz hizo que se volvieran.

—Y a vosotros, queridos hijos, criaturas de nuestra desfiguración, os recibimos con gusto —sea cual fuere vuestro futuro curso en estos planetas u otros semejantes— en la sociedad de esclarecidos mundos. ¡No habéis de sentirnos nunca más pequeños y solos y desvalidos, porque siempre estaremos con vosotros!

Se abrió la puerta exterior. Ivan y Rosalind entraron tambaleándose, ebriamente sonriendo, del brazo.

—Igual que cohetes —dijo alegremente Rosalind—. Atravesamos la durasfera y la sólida roca... y subimos rápidamente en derechura a la superficie.

—No habían de llevarnos con ellos —añadió Ivan con una nublada sonrisa—. Pero sabéis eso ya, ¿no? Son demasiado buenos para dejaros vivir con miedo, por tanto deben haberos informado ya.

—Sí, lo sabemos —dijo Theodor—. Deben ser casi divinos en su bondad. Me siento... sosegado.

—Yo más sosegado de lo que me sintiera nunca antes —dijo seriamente Edmund—. Supongo es el saber que... bien, que no estamos solos.

Dotty parpadeó, mirando alrededor; y sonrió a todos ellos con una sonrisa cabalmente infantil.

—Oh, mamá —dijo, y era imposible saber si hablaba a Frieda, o a Rosalind o a Celeste—. Acabo de tener el sueño más extraño.

—No, querida —dijo dulcemente Rosalind—, somos nosotros que hemos tenido el sueño. Acabamos de despertar.

LA GRAN JORNADA

No sabía cómo, por qué extraña distorsión del espacio o del tiempo, había ido a parar a aquel siniestro lugar. Pero me sentía agotado como tras una larga caminata. Todo recuerdo había desaparecido. Al despertarme no había encontrado más que el desierto a mi alrededor, sólo el desierto bajo la plomiza cúpula del cielo. Nada más... excepto la gran caravana. Un espectáculo lo suficientemente dantesco como para hacerme renunciar a perseguir mis recuerdos y echar una mirada a mi propia persona, a fin de asegurarme de mi cualidad de ser humano.

Era una fila de seres (¿animales o cosas?) que zigzagueaba, ininterrumpida, de uno a otro extremo del horizonte, como surgida de ninguna parte para dirigirse a ninguna parte, y pasaba por las proximidades de la roca a cuyo lado me encontraba. Los miembros de la caravana avanzaban de cuatro en fondo. Algunos andaban sobre dos pies, otros más numerosos sobre seis u ocho, algunos se propulsaban arrastrándose, rodando, revoloteando o dando saltos. Pero todos tenían una forma de desplazarse que se parecía menos a una marcha que a una danza. Sus tamaños eran de lo más dispar. Había grandes y pequeños. Algunos tenían sus cuerpos cubiertos de escamas o de plumas, un caparazón brillante de coleópteros o extrañas rayas parecidas a las de las cebras; algunos otros llevaban trajes transparentes que contenían su medio nutritivo (líquido o gaseoso) y que se ajustaban tanto a una docena de tentáculos como a un cuerpo sin piernas.

Aquella multitud era demasiado heteróclita como para ser un ejército, y tampoco se trataba de un éxodo, ya que los fugitivos no bailan al son de una música, si se puede calificar de baile los movimientos efectuados por múltiples pies, y de música los extraños

sonidos de indefinibles instrumentos. Podría decirse que era el enorme muestrario destinado a una nueva arca de Noé, pero su cohorte no estaba animada por el pánico, ni tampoco por la inminencia de un solemne destino. Se contentaban con desfilar tranquilamente, de forma casi alegre. ¿Acaso era la parada de un gigantesco circo? ¿Pero un circo dirigido por quién, y destinado a qué público como no fuera yo?

Hubiera debido horrorizarme ante aquella horda monstruosa, pero no experimentaba miedo. Abandoné, pues, el abrigo de mi roca, eché a mi alrededor una última mirada para asegurarme de que no existía ninguna huella que explicara mi presencia, y me dirigí hacia ellos.

No se detuvieron, no gritaron, no me amenazaron, no huyeron. No se movieron para capturarme o escoltarme.

Simplemente continuaron desfilando, sin romper su cadencia, pero miles de ojos tranquilos me miraban, desde lo alto de vacilantes pedúnculos o desde lo profundo de vacías órbitas. Me acerqué a ellos. En aquel momento, en el borde de la fila ante mí, un ser en forma de rueda con un ojo verde en medio aceleró un poco su marcha, mientras que tras él un pulpo opalescente vestido con un bocal lleno de agua frenaba un poco la suya, ofreciéndome así un lugar.

Un instante después estaba integrado en la gran caravana y andaba, preguntándome cómo lo hacía el ser rodante para mantener el equilibrio, y por qué el pulpo desplazaba sus tentáculos de tres en tres, y por qué milagro tantas dispares movilidades podían unirse, como los distintos instrumentos de una orquesta. Oía a mi alrededor el murmullo de voces hablando lenguas desconocidas, y observaba en algunos de mis compañeros sorprendentes variaciones de formas, de colores, que quizá fueran un modo de comunicación visual.

Intenté yo mismo los dialectos de una docena de planetas, sin obtener respuesta. Iba a utilizar la lengua de la Tierra, pero algo me retuvo de hacerlo. En aquel mismo instante, un enorme pájaro que flotaba bajo una bolsa de aire unida a su cuerpo se posó suavemente en mi hombro, susurró algo en mi oído, dejó caer unas sospechosas bolitas negras y volvió a alzar el vuelo. Después fue una criatura bípeda la que, saliendo de las filas anteriores de la caravana, vino hacia mí describiendo un vago paso de vals y ofreciéndome un

trozo de algo parecido a coco. La criatura parecía femenina, quizás a causa de su grácil constitución y de la corola de plumas violetas que rodeaba su cabeza, pero en lugar de nariz y boca su rostro tenía un apéndice cónico terminado en un pequeño orificio rosa, y en el lugar de sus senos florecía un ramillete de pétalos del mismo color. Emplé de nuevo las lenguas que conocía, también sin resultado. Cuando callé, la criatura llevó el fragmento que sostenía a la altura del orificio rosa, entreabrió éste haciendo como si comiera, y después me tendió de nuevo su ofrenda. La acepté y la probé. Era de consistencia hojaldrada y tenía gusto de leche cuajada, un poco rancia. Mientras la comía, dirigí con una sonrisa un gesto de agradecimiento a la criatura; ella hinchó sus pétalos e hizo un movimiento circular con la cabeza antes de irse de nuevo. Sentí deseos de gritarle: «¡Gracias, pollita!» (lo cual, en el fondo, era bastante apropiado), pero de nuevo algo me impidió emplear mi lengua.

Así fui aceptado por la gran caravana, pero a medida que transcurría el día (si es que allí había días) me fui dando cuenta de que no me sentía a gusto allí. Que me hubieran dado de comer en lugar de devorarme, que hubiera encontrado la armonía y no la discordia, no bastaba para satisfacerme. Quizá fuera demasiado exigente. Pero después de todo no es muy tranquilizador el deambular al lado de animales inteligentes a los cuales uno no puede dirigir la palabra, incluso si su comportamiento es amistoso, incluso si cantan y bailan y tocan algo parecido a música. Debiera haberme sentido entre ellos como en mi casa, pero no podía soportar el peso de una soledad estelar. Aquellos monstruos me parecían cada vez más y más extraños; dejaba de ser sensible a sus indicios de personalidad humana para no ver en ellos más que su poco reconfortante apariencia exterior. Alargué el cuello intentando ver a la hembra de los pétalos en el pecho, pero había desaparecido. Finalmente, lo dejé correr. Unas ruinas con apariencia de rascacielos derrumbados acababan de aparecer en el paisaje, a alguna distancia, e íbamos a pasar por su lado. Aproveché aquello para abandonar bruscamente las filas de la caravana, pese al cielo oscurecido de pronto y a los lejanos truenos (o sonidos que se parecían a truenos).

Nadie me detuvo, y muy pronto estuve oculto entre las ruinas.

Unas reconfortantes ruinas al primer momento, ya que parecían haber sido edificadas por mis antepasados. Entonces distinguí los mayores edificios... Eran efectivamente rascacielos medio derrumbados, y sin embargo algunos de ellos eran aún tan altos que su cima se perdía entre las nubes. Oí a lo lejos un grito agudo que hizo rechinar mis dientes, como el ruido de un trozo de tiza sobre una inmensa pizarra. Al mismo tiempo me pregunté qué podía haber causado la destrucción de los rascacielos y qué había pasado con sus habitantes. Poco después, me di cuenta de que ya no estaba solo: unas formas oscuras se desplazaban entre los muros en ruinas; eran seres aproximadamente de mi tamaño, pero andaban a cuatro patas. Empezaron a seguirme, acercándose más y más, como lobos de torpes movimientos. Vi que sus rostros eran peludos, al igual que sus cuerpos, y que agitaban sus mandíbulas. Apresuré el paso, al tiempo que les oía intercambiar gruñidos perrunos. Lo peor era que, a través de aquellos roncós sonidos medio articulados, reconocí como una sardónica parodia de sílabas y palabras de la Tierra:

—¡Vamos! ¡Sí, sí! ¡Vaaaamos!

—¡Síííí! ¡Vaaaaamos, amiiiiigos!

—¡Ya, ya, vaaaamos! ¡Cooooogedleeeee!

—¡Cooooogeeeedleeeee, yaaaaaaa! ¡Hooou, hooooooooou!

Supec entonces el error que había cometido metiéndome entre aquellas ruinas. Di media vuelta para huir; me persiguieron, jadeando tras de mí, saltando de forma desordenada... y lo más horrible era que tenía la certeza de que no querían matarme sino simplemente arrastrarme con ellos, hacer que les siguiera para correr como ellos a cuatro patas y gruñir como un perro.

Las ruinas eran ahora más pequeñas, pero era más oscuro. Temí por un momento haberme perdido, después haber dejado pasar el final de la gran caravana. Pero de pronto la vi desfilando a lo lejos en la luz crepuscular; corrí en su dirección, y mis perseguidores me abandonaron.

No me uní a la misma porción de la caravana, por supuesto, pero había las suficientes similitudes como para sorprenderme. Vi a un nuevo ser en forma de rueda, pero con el ojo azul y un tamaño más pequeño que el precedente, lo cual lo obligaba a rodar más aprisa. Vi a otro pulpo rodeado de agua y provisto de múltiples tentáculos. Y vi a otra hembra danzante, con la corola roja y los

pétalos pectorales anaranjados.

De pronto la caravana disminuyó su marcha, y aquel cambio de velocidad aproximó las filas unas a las otras. Miré hacia delante. Un enorme agujero redondo se abría en la unión del cielo con la tierra, y a su través se veían las estrellas. Y la caravana pasaba por aquel agujero, y cada criatura, al llegar allí, salía volando en dirección a las estrellas, hacia aquellos puntos de luz que salpicaban la negrura.

Nuestro avance proseguía. Ahora veía a cada lado de la caravana escafandras espaciales con cohetes, autónomas, apiladas en la desértica superficie, concebidas para adaptarse a todas las morfologías imaginables y hacer viajar con seguridad a sus ocupantes por el vacío. Muy pronto llegó mi turno, y encontré una escafandra de mi talla; me metí dentro y la cerré, localizando los botones de control situados al alcance de mis dedos en la palma de los guantes. En aquel momento sentí otros contactos en mis dedos; levanté la vista y vi que estaba, mano contra mano, entre un octópodo cuya escafandra protegía sus tentáculos y recubría su bolsa de agua, y una hembra enfundada también en su traje que exhibía una corola negra y pétalos gris perla.

Describió un círculo con su cabeza y yo hice lo mismo, y el octópodo trazó un círculo más pequeño con un tentáculo. Comprendí entonces una de las razones por las cuales no había empleado el lenguaje de la Tierra: porque debía esperar a aprender (o recordar) *sus* lenguajes. Y supe también la otra razón: que los velludos cuadrúpedos que me habían perseguido en las ruinas eran de mi raza, habían sido hombres como yo... pero me repugnaban, y mis verdaderos congéneres eran esos seres que estaban ahora a mi lado. Juntos habíamos venido a ver la Tierra por última vez antes de su autodestrucción, a ver a los terrestres degenerados que se habían quedado en el planeta, aquellos que no habían huido como yo. Y volver así a mi planeta ancestral me había causado un choque tal que el espectáculo de su decadencia había hecho que perdiera la memoria.

Nuestras manos se cerraron y se apretaron, y esto tuvo como efecto accionar los mandos de las palmas. El chorro de nuestros reactores nos impulsó hacia arriba y abandonando aquel mundo, nos sumergimos unidos en el cielo, hacia las estrellas, a través de la enorme abertura en el cielo. Y supe así que el espacio no estaba

vacío, y que aquellos puntos de luz no eran unos puntos solitarios perdidos en las tinieblas.

EL BOSQUE ENCANTADO

La oscuridad era rancia como las hojas de un arbusto formalhautiano, acre como un monte rigeliano en llamas, y sin embargo temblaba tenuemente, igual que una de las danzantes casas de los salvajes. Estaba llena de un quisquilloso y débil zumbido, en nada semejante al ronroneo de una herida avispa de la Tierra.

La maquinaria zumbó floja y brevemente. Una ovalada puerta se abrió en la oscuridad. Se infiltró una suave luz verde, y el singular olor, aromático en este caso, pero de una herbosa acidez, de un planeta nuevo.

El color verde era dado a la luz por las espinosas ramas o las enredaderas que se deslizaban en entrelazadas formas junto a la entrada. Para los ojos cansados del profundo subespacio, el óvalo de entrelazados y gruesos zarcillos era un asombroso cuadro.

Una mano humana surgió delicadamente de la oscuridad, adelantándose hacia la verde barrera. Las translúcidas espinas largas como los dedos se estremecieron, se doblaron hacia atrás lentamente, luego batieron; a la distancia del ancho de un pelo, porque la mano se había parado.

La mano no se apartó, pero se demoró justamente al alcance, acariciando el peligro. Una viva y alegre risa se grabó frente a la herida, gimiente oscuridad.

«Tenemos que quitar esos endiablados pequeños puñales verdes para salir de los despojos», pensó Elven. «Fue una suerte que estuvieran ahí sin embargo. El efecto amortiguador del bosque de espinos quizás haya sido la fruslería que salvó el espinazo de la lancha espacial, o al menos el mío».

Luego Elven se enderezó. El susurro detrás de él se plasmó en

indistinta habla inglesa alterada por siglos de farfallo, pero todavía esencialmente la misma.

—Vuelas de prisa, Elven.

—Más de prisa que ninguno de tus perros de caza —convino tranquilamente Elven sin mirar alrededor, y añadió—: MRL —significando Más Rápido que la Luz.

—Vuelas lejos, Elven. Decenas de años luz —continuó la voz quejumbrosa.

—Veintenas —rectificó Elven.

—Sin embargo te hablo, Elven.

—Mas no sabes dónde estoy. He salido a una oscura extensión a través del profundo subespacio. Y vuestra radio MRL no puede tomar ninguna posición de la nave espacial. Estás voceando al infinito, Fedris.

—Y siempre vuelas tan de prisa y tan lejos, Elven —insistió la voz quejumbrosa—, que finalmente has de dar en tierra, y entonces te buscaremos.

De nuevo Elven rió alegremente. Sus ojos estaban todavía posados en la verde entrada.

—¡Me buscaréis! ¿Dónde me buscaréis, Fedris? ¿En qué lado de los millones de planetas que alcanza el código de señales? ¿En cuál de los cientos de millones de planetas que están fuera del código?

—Vuestro planeta nativo está marchito, Elven —la voz quejumbrosa se volvió más débil—. Entre todos los Salvajes, sólo tú atravesaste nuestro cordón.

Esta vez Elven no hizo observaciones verbalmente. Palpó su cuello y cuidadosamente sacó de un brillante broche de allí una menuda y blanca esfera no mayor que un botón de señora. Manteniéndola como un pequeño tesoro en la ahuecada palma de la mano, la examinó con aire de cavilosa burla. Luego, todavía tocándola como si fuera un temible objeto, la repuso dentro del broche.

La voz quejumbrosa se había debilitado hasta quedar reducida a un susurro de duendes.

—Estás solo, Elven. Solo entre el misterio y el terror del universo. Lo desconocido dará contigo, aún antes que nosotros. El tiempo y el espacio y el sino, todos conspirarán contra ti. El azar mismo se...

La espectral voz de la radio MRL se extinguió mientras la misma potencia restante de la destrozada maquinaria se agotaba del todo. El silencio llenó la rota tripa de la lancha espacial.

Silencio que fue alegremente quebrado, cuando Elven rió una última vez. ¡Fedris el sicólogo! ¡Fedris el necio! ¿Pensaba Fedris minar mi fortaleza con amenazas de médico hechicero y el poder de la sugestión? ¡Como si un hombre —o una mujer— de los Salvajes pudiera ser inducido en modo alguno a creer en lo sobrenatural!

No es que no hubiera una sobrenatural calidad suelta en el universo. Elven se recordó a sí mismo sombríamente; una especie de sobrenatural belleza nacida del peligro y la primaria propia expresión. Pero sólo los Salvajes percibían esa sobrenatural condición. No podía ser conocida de las humildes y sumisas hordas del código, las cuales siempre reverenciarían la seguridad y la timidez como la mayor parte de los miembros del código humano —o sociedad— lo han hecho, y aborrecerían a todos los amantes de la belleza y el peligro.

Lo mismo que habían aborrecido a los Salvajes y de igual modo los habían destruido.

A todos excepto uno.

¿Uno solo, había dicho Fedris? Elven sonrió ocultamente, tocó el broche de su cuello, y se levantó prontamente de un salto.

Poco después tenía lo que necesitaba de los despojos.

—Y ahora, Fedris —susurró—, he de efectuar un trabajo de creación —y sonrió—. ¿O quizás debiera decir de recreación?

Apuntó a la verde entrada la embotada boca de una pistola de chorro. No hubo ningún ruido o fagonazo, pero las verdes ramas temblaron, se ennegrecieron —las espinas desaparecieron— y se transformaron en un flotante polvo fino y oscuro como las cenizas que alfombran la luna de la Tierra. Elven se precipitó a la entrada y, por un momento, estuvo suspendido allí, el pelo amarillo, los labios fríos, los ojos rientes, gallardo como un joven dios —o un adolescente demonio— con la negra túnica recamada de pía uno. Luego se inclinó hacia afuera y apuntó el ultrasónico de la pistola hacia abajo hasta que hubo clarificado un pedazo de terreno del bosque de espinos. Cuando este trabajo de un momento estuvo acabado, descendió ligeramente, el fino polvo subiendo hasta sus rodillas, al impacto.

Elven soltó el artefacto, se quitó el sudor del rostro con ligereza, riéndose de su creciente exasperación, y miró alrededor al bosque de espinos. No se había alterado un ápice durante las millas que había recorrido. Nuevamente las vítreas espinas y las hojas en forma de lanza y las ramas surgiendo de la rasa y rojiza tierra. No era un distinto planeta lo que se veía. Tampoco había captado la más menuda vislumbre de vida moviente, grande o pequeña, excepto los espinos mismos, que lo «avisaban» cuando quiera que se acercaba demasiado. Como experimento había dejado que uno pequeñito lo pinchara y había escocido terriblemente.

¡Qué medio ambiente! ¿Qué sugería, de cualquier modo? ¿Cultivo? O una hierba que saturaba los alrededores de ponzoña, como el pino gigantesco de California, en la Tierra, su leñoso cuerpo. Hizo una mueca al sentir el escalofrío que pasó como un relámpago a lo largo de su espina dorsal.

Y, si no hubiera vida animal, ¿para qué diablos estaban los abrojos?

¡Un bosque ridículo! En su simplicidad, sugiriendo los bosques encantados de los antiguos cuentos de hadas terrestres. ¡Esa idea debiera complacer al médico hechicero Fedris!

Si siquiera tuviese alguna percepción de la general posición del planeta en que estaba, podría hacer mejores conjeturas acerca de sus otras formas de vida. Los gérmenes de vida ciertamente flotaban por el espacio, de modo que los sistemas solares y hasta regiones de estrellas propendían a tener semejanzas biológicas. Pero había venido demasiado aprisa y con demasiada curiosidad, demasiado aprisa hasta para ver las estrellas, en la más veloz y más extraña lancha de los Salvajes, para saber dónde estaba.

O para que Fedris supiera dónde él estaba, se recordó a sí mismo.

O para que algún sistema de aviso de aproximación penetrante en lo profundo del espacio, suponiendo que hubiera uno en este planeta, hubiese localizado su llegada. Por lo que concernía a eso él mismo no había previsto su llegada. Había habido sólo el brusco ascenso del subespacio, el siniestro y negro confeti del enjambre de aerolitos, el choque, la violenta caída de la destrozada lancha espacial, asiéndose al planeta más cercano.

Debiera poder considerar su posición cuando llegara la noche y

pudiera ver las estrellas.

Es decir, si la noche llegaba en modo alguno a este planeta. O si esa alta niebla se disipaba alguna vez.

Examinó la brújula. La aguja del primitivo, pero útil instrumento se mantenía fiel. Al menos este planeta tenía polos magnéticos.

Y probablemente tenía noche y día, para sostener la vida vegetal y una temperatura tan suave.

Una vez que saliera de este bosque, podría discurrir algo. ¡Que le dieran sólo ciudades! ¡Una ciudad!

Metió la brújula en su ropón, acariciando el broche del cuello de un modo extrañamente afectuoso, casi reverente.

Miró a las entrelazadas ramas al frente. Sí, era exactamente como esos bosques de hadas que cuestan a los caballeros de los libros de cuentos tanto trabajo de tajo con sus espadas de dos usos.

Era más fácil con una pistola de chorro; y tenía material para despejar veintenas de millas de senda en el depósito de cargas ultrasónicas.

Echó un vistazo atrás al ligeramente torcido túnel que había abierto.

Por entre las pizarreñas cenizas de su suelo estaban ya brotando juguetones retoños verdes.

Hizo funcionar la pistola.

Las ramas eran tan gruesas en su extremidad que el claro cogió a Elven de sorpresa. En un momento estaba observando una enredada esterilla verde que se ennegrecía bajo el invisible rayo del arma. En el momento siguiente, había salido, no a la tierra de las hadas, sino a la clase de lugar donde primero fueron contados los cuentos de hadas.

El claro tenía aproximadamente media milla de diámetro. Alrededor de él el bosque de espinos formaba un círculo. Un riachuelo salía murmurando del ponzoñoso verdor a un centenar de pasos a su derecha y atravesaba el claro por un bajo valle. Al otro lado del río se alzaba una pequeña colina.

En la ladera había un desigual grupo de grises casas. De una de ellas subía un lápiz de humo. Afuera había un par de carros y unos primitivos aparatos agrícolas.

Excepto por el espacio ocupado por las casas, el valle estaba bajo intenso cultivo. La colina estaba sembrada a regulares

intervalos de arbolejos que llevaban racimos de fruta roja y amarilla. En otra parte había hileras de matosas plantas y campos de grano ondeantes con la brisa. Toda vegetación sin embargo, parecía terminar aproximadamente a una yarda del bosque de espinos.

Hubo un lastimero mugido. Alrededor de la ladera aparecieron media docena de reses. Un hombre con una sencilla blusa las estaba arreando despacio hacia las casas. Un menudo animal, quizás un gato, salió de la casa del humo y anduvo con el ganado, rozando las patas de las reses. Una joven se paró a la puerta después de que saliera el gato y estuvo observando con los brazos cruzados.

Elven embebía la atmósfera de paz y tierra fértil, sintiéndose como un hombre de un antiguo paraje. Paisajes tan idílicos como este debieron haber sido los de la Tierra en tiempos pasados. Sentía aflojarse sus tirantes músculos.

Otra joven salió de un matorral de árboles justamente al frente y se paró, mirándole con asombro. Llevaba una verdosa blusa de reblandecidas, hiladas y tejidas fibras vegetales. Elven percibió en ella cierto atractivo, medio sofisticado, medio primitivo. Era como una de las muchachas de los Salvajes con un sencillito trato de deporte. Pero su rostro era el de una niña espantada.

Elven se dirigió hacia ella a través del crujiendo grano. La muchacha cayó de rodillas.

—Usted... usted —susurró con dificultad. Luego, más ligeramente, en perfecto inglés—: No me dañe, señor, Acepte mis respetos.

—No la dañaré, si responde a mis preguntas convenientemente —repuso Elven, aceptando la ventaja de posición que parecía haberle sido dada—. ¿Qué lugar es este?

—Es el Lugar —respondió simplemente la joven.

—Sí, pero ¿qué lugar?

—Es el Lugar —repitió la muchacha con temblor—. No hay otros.

—Después, ¿de dónde vengo? —preguntó Elven.

—No sé —los ojos de la muchacha se dilataron un poquito, con expresión de terror. Era pelirroja y realmente muy bella.

—¿Qué planeta es este? —dijo Elven, frunciendo el ceño.

—¿Qué es un planeta? —inquirió la joven, mirándole

perplejamente.

«Quizás iba a haber dificultades de lenguaje al fin y al cabo», pensó Elven.

—¿Qué sol? —preguntó.

—¿Qué es un sol?

—¿No se va nunca ese chisme? —dijo Elven, señalando hacia arriba impacientemente.

—¿Quiere usted decir —balbuceó temerosamente la muchacha—, si el cielo se va alguna vez?

—¿El cielo es siempre el mismo?

—A veces se despeja. Ahora viene la noche.

—¿A qué distancia está el extremo del bosque de espinos?

—No comprendo —respondió la joven. Luego su fija mirada se deslizó más allá de Elven, hacia el desigual pasillo abierto por el artefacto. Su expresión de miedo se había hecho más intensa, había en ella una pincelada de horror—. Usted ha vencido a las agujas venenosas —susurró. En seguida se humilló hasta que su suelto cabello rojo tocó los bermejos retoños del grano—. No me haga daño, omnipotente —dijo, con sonidos entrecortados.

—No puedo prometer eso —le dijo brevemente Elven—. ¿Cómo se llama usted?

—Séfora —susurró la joven.

—Muy bien, Séfora. Condúzcame hacia su gente.

La joven se levantó de un salto y retrocedió, rápida como una liebre, hacia los edificios de la hacienda.

Cuando Elven llegó a la casa de cuyo tejado ascendía el humo, con el pausado paso propio de su rango de dios o todopoderoso señor, o sea lo que fuere aquello por lo que la muchacha lo había tomado, la comisión de bienvenida se había ya formado. Dos mozos inclinaron las rodillas ante Elven, y la joven que había visto parada a la puerta le ofreció un platel de fruta anaranjada y morada. El Vencedor de las Agujas Venenosas cató este refrigerio, luego lo apartó con una rápida seña de aprobación con la cabeza, aun cuando lo encontró delicioso.

Cuando entró en la tosca alquería fue recibido por la sonrojada Séfora, que llevaba manteles y un humeante cuenco. La joven,

tímidamente, señaló a sus botas. Elven le enseñó el ardid de las ataduras y unos momentos después estaba tendido sobre un lecho de corambre relleno de hojas aromáticas, mientras que Séfora respetuosamente le lavaba los pies.

La muchacha tenía unos veinte años, descubrió Elven hablándole ociosamente, no preocupándose de importante información por el momento. Su vida era de trabajo de hacienda y sencilla diversión. Uno de los jóvenes —Alfors— recientemente se había hecho su compañero.

Afuera el grisáceo cielo se estaba oscureciendo rápidamente. El otro joven, al cual Elven había visto antes arrear el ganado y que respondía al nombre de Kors, ahora traía brazadas de nudosa leña, parte de la cual echó al flaco fuego, de suerte que crepitó con vivos matices amarillos y rojos. Mientras que Tulya —la compañera de Kors— se ocupaba cerca en trabajo que implicaba perfumes para lavados de la boca.

La atmósfera era hogareña, aun cuando algo tensa. Al fin y al cabo, Elven se recordó a sí mismo, no se tiene a un dios para la cena todas las noches. Pero después de una comida de estofado de carne, pan recién cocido, conserva de fruta, y un vino claro, sonrió con aire de aprobación y la atmósfera pronto se hizo más festiva, en verdad bastante alegre, Alfors cogió un arpa encordada con cuerda de tripa y cantó sencillas alabanzas a la naturaleza, si bien después Séfora y Tulya danzaron. Kors mantenía el fuego vivo y el vaso de Elven lleno, aunque una vez desapareció por algún tiempo, evidentemente para cuidar de los animales.

Elven se avivó. Esta rústica gente débilmente se asemejaba a su propia raza de Salvajes. Parecían tener una pizca de ese temerario y estático espíritu tan aborrecido por la sumisa gente del código. (Sin embargo poco después la semejanza se hizo tan fuerte que resultaba demasiado penosa, y con un imperioso gesto Elven moderó el alborozo de ellos).

Mientras tanto, por observación y preguntas, estaba averiguando rápidamente, aun cuando lo que averiguaba era asombroso más bien que útil. Estas cuatro jóvenes personas eran los únicos vecinos de su comunidad. No conocían otra cultura que la suya propia.

Nunca habían visto el sol o las estrellas. Evidentemente éste era un planeta cuyos centros de rotación y de revolución alrededor del

sol eran los mismos, de modo que el clima era siempre uniforme en todas las latitudes, la presente localidad estando bajo una faja de nubes. Más tarde podría comprobar esto, se dijo a sí mismo, determinando si los días y las noches eran siempre de igual duración.

Lo más extraño de todo, las dos parejas nunca habían estado al otro lado del claro. El bosque de espinos, que imaginaban como extendiéndose hasta el infinito, era una barrera que estaba fuera de su alcance quebrantar. Los incendios, le explicaron, eran fuertes obstáculos para ello. Sus hachas más cortantes se embotaban rápidamente. Y ellos tenían un terrible miedo a los espinos diabólicamente sensibles.

Todo esto sugería un claro orden de preguntas.

—¿Dónde están sus padres? —Elven preguntó a Kors.

—¿Padres? —La frente de Kors se arrugó.

—¿Quiere usted decir los relucientes? —interpuso Tulya. Parecía estar triste—. Se fueron.

—¿Relucientes? —inquirió Elven—. ¿Personas como ustedes mismos?

—Oh, no. Seres de metal con ruedas por pies y largos y expertos brazos que se doblaban en todas partes.

—Siempre he deseado que yo estuviera hecha de lindo y brillante metal —comentó ansiosamente Séfora—, con ruedas en lugar de feos pies, y una dulce voz que nunca se alterara, y una mente que lo comprendiera todo y nunca perdiera los estribos.

—Nos explicaron cuando se fueron por qué tenían que hacerlo —continuó Tulya—. Para que nosotros pudiéramos vivir por nuestras propias fuerzas tan sólo, como debieran todos los seres. Pero los queríamos y siempre lo hemos sentido.

No se podía huir de ello, juzgó Elven después de hacer un accidental uso de sus facultades de exploración de la mente para comprobar la veracidad de las respuestas. Estas cuatro personas, en efecto, habían sido educadas por robots de alguna clase. Pero ¿por qué? Se le ocurrió una docena de fantásticas e indemostrables posibilidades. Recordó lo que Fedris había dicho sobre el misterio del universo, y sonrió torcidamente.

Luego fue su vez contestar preguntas, vacilantes y despavoridas.

—Soy un ángel negro de lo alto —respondió sencillamente—.

Cuando Dios creó el universo juzgó que sería un lugar un poco aburrido si no hubiera unas cuantas almas en él dispuestas a correr todos los riesgos y arrostrar todos los peligros. Por tanto aquí y allá entre las infinitas multitudes de sumisos ángeles, parcamente, introdujo una clase salvaje, de suerte que siempre hubiera algunas almas que tascaran el freno y saltaran por encima de cualesquiera vallas. Sí, y abatieran esas vallas también, abandonando a los sumisos rebaños a las tinieblas con sus bellezas y peligros desconocidos —sonrió alrededor maliciosamente, la luz del fuego echando extraños reflejos sobre sus labios y mejillas—. Lo mismo que yo he abatido la valla de espinos.

Afuera estaba ya muy oscuro. La jarra del vino estaba casi vacía. Elven bostezó. Inmediatamente se hicieron preparativos para su reposo. El gato surgió del hogar y vino a restregar las piernas de Elven.

El primer pálido brillo del alba despertó a Elven y él se salió de la cama tan silenciosamente que no despertó a nadie, ni siquiera al gato. Por un momento vaciló en la grisácea habitación cargada del olor de ascuas y las heces del vino. Se le ocurrió que sería algo agradable pasar la vida aquí como un dios selvático adorado por ninfas y rústicos.

Pero luego su mano tocó su cuello, y movió la cabeza. Este no era un lugar para efectuar él su misión; por un lado, no había bastante gente. Necesitaba ciudades. Con una última mirada a sus anfitriones arrebujaos en las mantas —el cabello de Séfora en este mismo instante había empezado a volverse rojo con la creciente luz —, salió.

Como había esperado, el bosque de espinos hacía mucho que había reparado la rotura que él hiciera cerca del río. Siguió la dirección contraria y ladeó la colina hasta que llegó a la verde pared al otro lado. Allí, examinando la brújula, desvió su dirección de la destrozada lancha espacial. Luego empezó a hacer funcionar la máquina fulminante.

A primera hora de la tarde —discerniendo el tiempo transcurrido por la cambiante intensidad de la luz— había hecho una docena de millas y estaba pensando que quizás debiera hacer

permanecido cerca de los despojos el tiempo suficiente para intentar apañar una palanca. ¡Si siquiera pudiese subir un centenar de pies para ver lo que le iba a acaecer —si es que algo iba a ocurrirle— a este ridículo bosque!

Porque todavía le hacía frente de un modo inalterable, como alguna mágica vegetación de un libro de cuentos de hadas. Las vítreas espinas todavía se doblaban hacia atrás y batían todas las veces que él se acercaba demasiado.

Y detrás de él los verdes retoños aún surgían vigorosamente a través del pizarreño polvo.

«Qué transición», pensó, «del vuelo a una velocidad mayor que la de la luz en una lancha espacial, a este arrastramiento de gusano». Suficiente para aburrir a un Salvaje hasta la desesperación, para hacerle pensar dos veces respecto a los simples encantos de una vida pasada como un dios selvático.

Pero luego se desató el broche del cuello y sacó la menuda esfera blanca. Su sonrisa se avivó con un destello de inspiración mientras contemplaba fijamente el brillante objeto que mantenía en la palma de la mano.

Solo uno de los Salvajes había escapado de su sitiado planeta, había dicho Fedris.

¿Qué sabía Fedris?

Sabía que antes que Elven llegara a la lancha espacial, había atravesado con disfraz los formidables cordones del código. Que en el curso de esa huida había por dos veces sido registrado tan a fondo que habría sido un milagro si pudiera haber ocultado algo más que esta menuda plancha.

Pero esta menuda plancha bastaba.

Dentro de ella estaban todos los Salvajes.

Los primitivos humanos con frecuencia habían sido fascinados por la idea de un hombre invisible. Sin embargo no se les había ocurrido que el hombre invisible siempre ha existido, que cada uno de nosotros empieza como hombre invisible: la simple célula de la cual todo humano se desarrolla.

Aquí en el interior de esta blanca plancha estaban los elementos genéticos de todos los Salvajes, los cromosomas y los genes de cada individuo. ¡Aquí estaban el feroz Vlana, el fanfarrón Nar, el riente Forten! ¡Ellos y un billón de otros! Los idénticos gemelos de toda

postrera persona destruida con el planeta de los Salvajes, esperando sólo ser encerrados en adecuadas células de crecimiento desnucleadas y recibir nutrición de alguna apropiada madre. Todo girando lindamente en la palma de la mano de Elven.

Suficiente por el lado de la herencia física.

Y en cuanto a la herencia social, ahí estaba Elven.

Luego todo ello podría volver a empezar. Otra vez los Salvajes podrían soñar sus formidables sueños de lanzarse a la conquista del Cosmos y arrostrar sus bellos peligros. Otra vez podrían intentar producir, si lo preferían, esos gigantescos átomos, semillas de nuevos universos, a causa de los cuales los del código los habían destruido. Muy atrás en la Edad de los Albores los físicos habían contemplado el único y gigante átomo del cual se había formado el entero universo, y ya era hora de ver si se podían crear más de tales átomos con energía sacada del subespacio. ¿Y quiénes eran Fedris y Elven y los del código para decir si los nuevos universos podían o no —o debieran o no— destruir al viejo? ¿Qué importaba hasta qué punto los sumisos rebaños temieran a esos preciosos huevos de creación submicroscópicos?

Todo ello tenía que volver a empezar, resolvió Elven.

Sin embargo, era tanto la percepción de los renuevos de espinos que surgían de debajo de sus pies, como su firme resolución, lo que le impulsaba.

Una hora después su máquina disgregó una maraña de ramas que tenía sólo cielo detrás de ella. Elven entró en un claro de media milla de diámetro. Justamente al frente un murmurante riachuelo atravesaba un pequeño valle, donde ondeaba bermejo grano. Al otro lado del valle había una menuda colina cubierta de huerto. En la ladera de acá, bajas y grises casas se agrupaban desigualmente. De una ascendía un hilo de humo. Un hombre rodeó la colina, conduciendo ganado.

La segunda reflexión de Elven fue que algo le debía haber ocurrido a la brújula, alguna fuerza la debió haber estado desviando invariablemente, para hacerlo retroceder en un círculo.

Su primer pensamiento, que había reprimido prontamente, había sido que ahí estaba el misterio que Fedris le ofreciera, algo sobrenatural del mundo de los antiguos cuentos de hadas.

Y como si también al tiempo se lo hubiera hecho retroceder en

un círculo —Elven reprimió esta idea aún más prontamente— vio a Séfora parada en el familiar soto de árboles justamente al frente.

Elven voceó su nombre y corrió hacia ella, un poco sorprendido de su alegría de volverla a ver.

Séfora le vio afeó la mano y rápidamente le tiró algo. Elven hizo un movimiento para pararlo frente a su pecho, creyendo que era una brillante fruta.

Se apartó de un brinco escasamente a tiempo.

Era un reluciente cuchillo de hoja perversamente maciza.

—¡Séfora! —gritó.

—¡Alfors! ¡Kors! ¡Tulya! —vociferó la pelirroja ninfa, volviéndose y huyendo como una liebre.

Elven corrió tras de ella.

Fue justamente detrás de la primera dependencia accesoria que se metió en la emboscada, la cual parecía haber sido organizada de repente en una antigua carpintería. Alfors y Kors llegaron rugiendo hasta Elven desde el establo; el uno blandiendo un grueso mazo, el otro una larga sierra, Mientras que de la puerta de la cocina, más cerca, Tulya acometía con un hacha.

Elven agarró su muñeca y los dos se bambolearon con la fuerza del impulso. De mala gana luego —aborreciendo su acción y sólo obedeciendo a la necesidad— sacó la fulminante pistola para un rápido disparo, sin apuntar, al más cercano de los otros.

Kors se tambaleó, levantó la mano hasta sus ojos y se quitó el mortífero polvo. Ahora Alfors era el más inmediato. Elven podía ver los dientes de una pulgada de largo de la vibrante y cantante hoja de la sierra. En seguida la reluciente extensión inferior de ella se disolvió junto con la mano de Alfors, mientras que la mitad superior escapaba más allá de su cabeza chillando.

Kors avanzó, gritando de dolor, blandiendo el mazo ciegamente. Elven lo lanzó abierto de brazos y piernas al suelo con un disparo de plena intensidad que hizo de su pecho un pequeño volcán de polvo, y batió y derribó a Alfors; se agachó justamente a tiempo en el momento en que el hacha, trasladada a la otra mano de Tulya, descendía sobre su cuello. Cayeron juntos en un montón, la fulminante pistola junto al cuello de Tulya.

Quitándose frenéticamente la fina ceniza gris del rostro, Elven levantó la vista y vio a Séfora que corría hacia él de prisa. Su

flameante cabello rojo y su lívido rostro estaban precedidos por las tres relucientes puntas de una horquilla.

—¡Séfora! —gritó Elven, y trató de levantarse; pero Alfors había caído contra sus piernas—. ¡Séfora! —gritó otra vez de un modo suplicante, pero la joven no pareció oírle y su rostro mostraba sólo odio.

Por tanto Elven hizo funcionar la pistola, y puntas de horquilla y rostro y cabello se disiparon en una nube gris. El descabezado cuerpo de la muchacha le acometió con un extraño saltito mientras la embotada horquilla enterraba su cabo en el suelo. La mucha pegó y se revolvió por dos veces. Luego todo quedó muy tranquilo, hasta que una vaca mugió inquietamente.

Elven se arrastró de debajo de lo que quedaba de Alfors y se levantó temblorosamente. Tosió un poquito, después con una repugnancia un tanto horrorizada salió corriendo de la sedimentada nube gris. Tan pronto como estuvo fuera al aire puro vació los pulmones varias veces, tembló un poquito, y sonriendo tristemente a las cuatro inmóviles figuras sobre las cuales el polvo se estaba posando, se puso a resolver las cosas.

Evidentemente alguna fuerza magnética había desviado la aguja de la brújula, haciéndolo andar a él en un círculo. Quizás uno de los polos magnéticos de este planeta estaba en la inmediata localidad. Por supuesto este no era un ordinario clima polar o un regular ciclo de día y noche; sin embargo, no había ninguna razón por la cual los centros de magnetismo y rotación de un planeta no pudieran estar muy alejados el uno del otro.

El comportamiento de sus anfitriones de la noche era un problema más difícil. Parecía increíble que su simple desaparición, aun concediendo que lo juzgaran ser un dios, los hubiera ofendido tanto que se hubiesen vuelto asesinos. Los antiguos pueblos de la Tierra habían destruido los dioses y los símbolos de las deidades, por supuesto, pero eso había sido un asunto de cauto ritual, no un repentino frenesí de sangre.

Por un momento se estuvo preguntando si Fedris había de algún modo envenenado sus mentes contra él, si Fedris poseía algún medio MRL que hubiera hecho al entero universo alérgico para Elven. Pero eso, lo reconocía, no era más que una morbosa fantasía, una especie de desabrido humor.

Quizás los agradables rústicos habían estado sujetos a alguna clase de locura cíclica.

Se encogió de hombros, luego entró resueltamente en la casa y se preparó una comida. Cuando estuvo lista el cielo se había oscurecido. Hizo un gran fuego y empleó algún tiempo construyendo con materiales de su burujo, una pequeña brújula giratoria. Trabajaba con una absorta destreza, como uno que talla un juguete para un niño. Advirtió que el gato le observaba desde la entrada, pero huyó cuando lo llamó y rechazó el señuelo de la comida que Elven había puesto sobre el hogar. Elven levantó la vista hacia las botijas de vino colgantes de las vigas, pero no las tocó.

Poco después se colocó sobre el lecho que Kors y Tulya habían ocupado la noche anterior. La habitación se volvía oscura a medida que el fuego se extinguía. Logró mantener sus pensamientos alejados de lo que yacía afuera, excepto que una vez o dos su mente imaginó el extraño saltito que el cuerpo de Séfora había dado inclinándose sobre él. En la entrada, los ojos del gato centelleaban.

Cuando se despertó era pleno día. Prontamente juntó sus cosas, agregando un poco de fruta a su burujo. El gato se apartó rápidamente mientras Elven trasponía la puerta. Elven no miró al escenario de la lucha de ayer. Podía oír zumbas de moscas allí. Atravesó la colina por donde había entrado en el bosque de espinos la mañana anterior. Los abrojos, con su ridícula insistencia de los cuentos de hadas, habían reparado la abertura que Elven había hecho. No había señales de ella. Abrió la llave del menudo motor de la brújula giratoria, apuntó la fulminante pistola a la verde pared y empezó a polvorear.

Era una tarea tan monótona como siempre, pero la emprendió con un nuevo y casi ceñudo vigor. A regulares intervalos examinaba la brújula giratoria y volvía a apuntar cuidadosamente a lo largo del pasillo verde de retoños y recto como una flecha que se estrechaba con más perspectiva. ¡Era extraña la rapidez con que crecían esos espinos!

En su mente repasó su plan de acción de largo alcance. Podía contar, debía esperarlo, con la libertad de una generación fuera del

dominio de Fedris y las fuerzas del código. Durante ese tiempo que tenía que encontrar una gran civilización, preferentemente urbana, o con un gran número de la conveniente especie de animales domésticos, y hacerse jefe absoluto de ella, probablemente estableciendo una nueva religión. Luego debían disponerse las adecuadas ayudas para la crianza. Después habían de separarse las simientes de los Salvajes encerradas en el broche de su cuello — tantas como lo permitieran las facilidades para ello— y colocarse dentro de las madres vivientes o no vivientes. Probablemente vivientes. Y probablemente no humanas; eso pudiera ofrecer demasiadas dificultades sociológicas.

Le divertía pensar en los Salvajes renacidos de ovejas o cabras, o quizás de algunos animales rumiantes o herbívoros totalmente extraños, y su mente evocó un gracioso cuadro de sí mismo conduciendo sus raros rebaños por montañosos pastos, tocando el caramillo como el antiguo dios Pan, hasta que se dio cuenta de que su mente había representado a Séfora y Tulya danzando a lo largo cerca de él y quebró el cuadro mental con vivo desagrado.

Luego vendría el asunto de la crianza y educación de los Salvajes. Su hipotética comunidad de subordinados cuidaría de aquéllos; estos últimos tenían todos que obrar de acuerdo con su propio cerebro, recibiendo suplementaria instrucción de la biblioteca de microcintas educacionales de la destrozada lancha espacial. Robots de alguna clase serían una absoluta necesidad. Recordó la conversación de anteanoche, la cual había indicado que había o había habido robots en este planeta, y se perdió su sutil especulación, aunque no olvidando la observación de la brújula giratoria.

Así se pasó lentamente el día para Elven, caminando hora tras hora detrás de una máquina pulverizadora dentro de una nube de polvo, hasta que estuvo casi hipnotizado a pesar de la vigilancia de sí mismo y una multitud de inquietantes recuerdos caprichosamente atestaba su mente: la oscuridad del subespacio; los ojos del gato en la entrada, la percepción de la piel del animal contra el tobillo; el polvo alzándose en olas del cuello de Tulya; el saltito que el cuerpo de Séfora había dado inclinándose sobre él, casi como si hendiera una invisible ola en el aire; una imaginaria vista del destruido planeta de los Salvajes, su lado oscuro encendido con elementos

radioactivos visibles hasta en el profundo espacio; el zumbido semejante al de una avispa en la destrozada lancha espacial; el misterioso susurro de Fedris: «Lo desconocido dará contigo, Elven...».

La brecha del bosque lo cogió de sorpresa.

Entró en un claro de media milla de diámetro. Justamente al frente un riachuelo atravesaba murmurando un pequeño valle ondeante de bermejo grano. Al otro lado habla una menuda colina cubierta de huerto frente a cuya ladera en la parte inferior, grises casas se agrupaban desigualmente. De una ascendía una cinta de humo.

Apenas sintió que las espinas le pincharan mientras retrocedía hacia el interior de la maraña, si bien el estímulo que daban bastó para enviarlo hacia adelante otra vez unos cuantos pasos. Pero tales bagatelas no hacían ningún efecto en la furiosa actividad de su mente. Debía, se dijo a sí mismo, enfrentarse con una fuerza que falseaba una brújula giratoria tanto como un imán, que hasta falseaba las líneas visuales del espacio.

O bien estaba realmente en un mundo de cuento de hadas donde por más que uno intentara escapar a través de un bosque encantado, era siempre llevado atrás a la noche hacia...

Imaginó que podía ver una negra nube de moscas cerniéndose junto a las bajas y grises casas.

Y entonces percibió un crujido en el soto de árboles en frente mismo y oyó una voz horriblemente familiar que gritaba con excitación:

—¡Tulya! ¡Ven aprisa!

Elven empezó a temblar. Luego sus fibrosos músculos, obedeciendo a algún fortuito estímulo, lo lanzaron hacia adelante sin propósito, y lo pararon de un modo igualmente repentino. Hundido hasta los muslos en la fronda de grano, miró alrededor ansiosamente. En seguida su mirada se fijó en un movimiento del grano iluminado por la luz del crepúsculo; dos cursos de movimiento, que agitaban el grano pero no mostrando nada más. Dos cursos de movimiento que se abrían camino desde el soto, hacia Elven.

Y entonces de repente Séfora y Tulya aparecieron delante de él, saliendo de su escondrijo como niñas traviesas, los ojos fulgurando,

las bocas sonriendo con un perverso gozo. El cuello de Tulya, que ayer había visto disolverse en ondas de polvo, se combaba de risa. El rojo cabello de Séfora, que había visto disiparse en una nube gris, se agitaba con la brisa.

Elven trató de retroceder hacia el interior del bosque pero las dos jóvenes lo interceptaron y lo agarraron con risotadas. Al contacto de sus manos toda fuerza huyó de Elven, y le parecía que sus huesos se estaban transformando en una helada masa blanda mientras las muchachas lo arrastraban a través del grano con tropiezos.

—No le haremos daño —le aseguró Tulya entre picarescas carcajadas.

—Oh, Tulya, ¡pero tiene miedo!

—Algo lo ha hecho desdichado, Séfora.

—¡Necesita cariño, Tulya!

Y Elven sintió que los fríos brazos de Séfora rodeaban su cuello y los húmedos labios apretaban los suyos. Sofocándose, trató de separarse, y los labios barbotaron más risa. Cerró los ojos estrechamente y empezó a sollozar.

Cuando después los abrió, estaba parado cerca de las grises casas, y alguien le había puesto coronas de flores alrededor del cuello y tizado la barbilla con fruta: Alfors y Kors habían venido, y la totalidad de los cuatro estaban danzando bulliciosamente en derredor de él entre dos luces, de la mano, riendo, riendo.

Luego Elven rió también, más y más fuerte; los brillantes ojos de los otros lo animaron, y empezó a dar vueltas y más vueltas dentro del giratorio círculo, mientras que los otros expresaban con gestos su alegría por su compañerismo. Y entonces Elven levantó su máquina rociadora, la hizo funcionar, y siguió dando vueltas hasta que el círculo de los otros reidores fue sólo un creciente anillo de polvo. Después, todavía riendo, corrió por la colina, un gato pasando velozmente a su lado, hasta que llegó a una espinosa pared. Cuando sus manos y su rostro se estuvieron hinchando por las punzadas, se acordó de levantar algo que había estado sosteniendo con la mano y tocar un botón de su parte superior. Inmediatamente entró en una nube de polvo, cantando.

Toda la noche caminó y cantó, parando sólo para cargar el arma de nuevo con un alegre automatismo, o para sacar de su burujo otra

lámpara de luz fría, que revelaba el pequeño mundo de verdes espinos y motas de polvo alrededor de él. Mayormente cantó un viejo lied centauriano que decía:

Descenderemos por entre las estrellas, Deborah mía.

Descenderemos por entre las madejas de luz.

Y te besaré otra vez de noche.

Sólo que algunas veces cantaba Séfora en lugar de Deborah y mataré en lugar de besaré. A veces le parecía que era seguido por cabras y ovejas cabriolantes y monstruos extraños que eran realmente sus hermanos y hermanas. Y otras veces danzaban a lo largo cerca de él dos ninfas, una pelirroja. Cantaban con él en agudas y melodiosas voces y le sonreían picarescamente. Hacia la mañana se sintió fatigado; desató el lío de su espalda y lo tiró; y más tarde soltó algo de su cuello y tiró eso, también.

A medida que el cielo palidecía por entre las ramas, las ninfas y las bestias desaparecían y Elven recordó que él era alguien peligroso e importante, y que verdaderamente le había ocurrido algo del todo imposible. Pero que si realmente podía arreglárselas para resolver las cosas...

El bosque de espinos terminó. Elven entró en un claro de media milla de diámetro. En frente mismo un río atravesaba borboteando un pequeño valle. Al otro lado había una colina cubierta de huerto. Bermejo grano ondeaba en el vane. En la parte inferior de la ladera bajas y grises casas se agrupaban desigualmente. De una ascendía una delgada cinta de humo.

Y hacia él, atravesando flojamente el grano a zancadas, venía Séfora.

Elven gritó de un modo horripilante y apunto la fulminante máquina Pero la distancia era demasiado grande. Solo una faja de grano que se extendía a medio camino de Séfora voló hecha polvo. La joven se volvió y corrió hacia las casas de prisa. Elven la siguió, el arma todavía apuntada y la hizo funcionar a plena potencia, corriendo furiosamente a lo largo de la senda de polvo, atravesando las grises nubes con impetuosos saltos.

La senda de polvo se acercaba más y más a Séfora, hasta que casi le lamió los talones. La muchacha entró precipitadamente en

un espacio entre dos casas.

Luego algo se estrechó como una culebra alrededor de las rodillas de Elven, y mientras él se inclinaba hacia adelante otra cosa se estrechó alrededor de la parte superior de su cuerpo, arrojando sus codos contra sus costados. El arma fulminante se escapó de su mano mientras él se daba un tope contra el suelo.

Después estaba yaciendo de espaldas, jadeante, y a través de la adelgazada nube de humo Alfors y Kors le estaban mirando mientras enrollaban los lazos más y más apretadamente alrededor de él, liándolo.

—¿Estás bien, Séfora? —oyó decir a Alfors.

—Sí. Déjame verle.

Y entonces el rostro de Séfora apareció a través de la nube de polvo y miró al suyo con fría curiosidad, su rojo cabello rozándole la mejilla. Elven cerró los ojos y gritó.

* * *

—Todo ello fue muy sencillo y no hubo, por supuesto, absolutamente nada de sobrenatural —aseguró el director del Centro de Investigación Humana a Fedris, tomando un sorbo de suave vino magallánico del vaso cerca de su codo—. Elven simplemente marchó en línea recta.

Fedris frunció el ceño. Era un hombre bajo de estatura, con un aire preocupado que el más eficaz psicoanálisis no había podido extirpar.

—Por supuesto, la Galaxia le está sumamente agradecida por apresar a Elven. No imaginábamos que hubiera llegado tan lejos como las Magallánicas. No se puede decir qué horrores quizás hayamos esquivado...

—No merezco buena fama —le dijo el director—. Todo ello fue pura casualidad, y también el asunto del colapso nervioso de Elven. Por supuesto, usted había preparado el terreno ahí insinuándole que lo sobrenatural pudiera tomar parte en ello.

—Eso fue meramente una vacía amenaza, nacida de la desesperación —interrumpió Fedris, poniéndose un poquito colorado.

—Sin embargo, ello preparó el terreno. Y entonces Elven tuvo la

endiablada desdicha de aterrizar justamente en el centro de nuestro proyecto en la Magallánica 47. Y eso, reconozco, pudiera bastar para asustar a cualquiera.

—Exactamente, ¿qué es su proyecto? —dijo Fedris, levantando la vista—. Todo lo que sé es que es más bien algo que ha de mantenerse especialmente secreto.

—La comprensión científica del comportamiento humano siempre ha presentado extraordinarias dificultades —el director se reclinó en el sillón—. Desde la Edad de los Albores los hombres han querido analizar sus problemas sociales del mismo modo que analizan los problemas de física y química. Han querido saber exactamente cuáles causas producen exactamente cuáles efectos. Pero un gran obstáculo los ha vencido siempre.

—La falta de controles —dijo Fedris, con una seña afirmativa.

—Justamente —convino el director—. Con ratas, digamos, sería fácil. Se pueden tener dos familias de ratas, o un centenar; cada familia con idéntica herencia, cada una en un idéntico medio ambiente. Luego se puede variar un factor de una familia y observar los resultados. Y cuando se consiguen resultados se puede confiar en ellos, porque la otra familia es el control, mostrando lo que ocurre cuando no se varía el factor.

—¿Quiere usted decir...? —inquirió Fedris, mirándole con asombro.

El director asintió.

—En la Magallánica 47 estamos fomentando esa misma clase de trabajo, no con ratas, sino con seres humanos. Las jaulas son claros de media milla con clima, terreno, plantas y animales idénticos; todo idéntico hasta el más menudo detalle. Las rejas de las jaulas son los espinos, los cuales nuestros botánicos desarrollaron especialmente al propósito. Los huéspedes de las jaulas —los animales experimentales humanos— son gemelos idénticos, aunque *centillizos* se acercaría más a la justa palabra. Idéntica educación está asegurada para cada grupo por el servicio de amas y mentores robots, destinados a efectuar siempre la misma uniforme rutina. Estos robots son sacados cuando los miembros del grupo están suficientemente maduros para nuestros fines. Todas nuestras experiencias son, por supuesto, completamente secretas; y también intermitentes, lo cual tuvo la infortunada consecuencia de permitir

que Elven hiciera algún serio daño antes que fuese capturado.

»¿Vislumbra usted la estructura, ahora? En el bosque de espinos en el cual Elven cayó había aproximadamente un centenar de idénticos claros establecidos en idénticos intervalos. Cada claro se parecía exactamente al otro, y cada uno contenía una Séfora, una Tulya, un Alfors y un Kors. Elven creía que estaba marchando en un círculo, pero realmente estuvo yendo en línea recta. Cada tarde era un claro diferente a que llegaba. Cada noche encontraba a una nueva Séfora.

»Cada grupo con que daba era idéntico excepto por un factor — el factor que estábamos variando— y eso tenía por consecuencia hacerlo un poquito más espantoso para él. Usted sabe, con esos grupos estábamos haciendo por casualidad un experimento para determinar las causas de las normas de comportamiento humanas para con extraños. Habíamos hecho ligeras alteraciones en su medio ambiente y en la educación dada por los robots, con el resultado de que el primer grupo que Elven encontró era sumiso para con los extraños; el segundo era violentamente hostil; el tercero favorable con la misma intensión: el cuarto sumamente receloso. Es una pena que no encontrase al cuarto grupo primero; aun cuando, por supuesto, ellos no hubieran podido gobernarlo, excepto que estaba medio loco de terror de lo sobrenatural.

»Por tanto usted ve que todo ello fue la más pura casualidad —el director terminó su vino y sonrió a Fedris—. Nadie se sorprendió más que yo cuando, haciendo un rutinario examen, encontré que mis “animales” tenían a este farfullante y liado intruso. Y me habrían podido derribar de un simple dedazo cuando descubrí que era Elven.

—Puedo compadecerme del pobre diablo —dijo Fedris tras de manifestar su asombro con un ligero silbido—, y puedo comprender, igualmente, por qué su proyecto ha de mantenerse secreto.

—Ciertamente —asintió el director—, experimentar con seres humanos es para la mayoría de la gente una idea algo difícil de aceptar. No obstante, vale más eso que manejar a toda la humanidad como un único y gran experimento sin controles. Y somos extremadamente benévolos para con nuestros «animales». Tan pronto como nuestro experimento con cada uno ha terminado, es

nuestra norma graduarlos, con adecuada instrucción suplementaria, en el código.

—Sin embargo... —dijo Fedris.

—¿Usted cree que es un poquito parecido a algunos de los planes de los Salvajes?

—Un poquito —concedió Fedris.

—A veces yo lo creo también —confesó el director con una sonrisa, y echó más vino para su invitado.

Mientras, en lo profundo del bosque de espinos de la Magallánica 47, retoños y zarcillos verdes se cerraban alrededor de un broche que contenía una blanca cápsula, sepultando a todos los Salvajes excepto Elven en una verde y menuda tumba.

LUNA MORTÍFERA

Casi a un cuarto de millón de millas por encima de la Tierra, la Luna rodaba hacia el Este en su órbita alrededor de la mayor esfera a la velocidad cósmicamente moderada de dos tercios de milla por segundo, aun cuando para los del planeta de abajo que giraba hacia el Este, completando 27 vueltas por la sola de la Luna, ella parecía marchar hacia el Oeste cada noche con las estrellas.

Como un globo de compacta roca blanqueada por el Sol, de casi dos mil millas de extensión, la Luna colgaba actualmente cerca de la Tierra, pero trasladándose más allá de ella, lejos del Sol. La única faz de ella que los habitantes de la Tierra vieron siempre estaba ahora medio bajo el pleno brillo de la cruda luz del Sol, medio en la oscuridad. Era la noche de la media Luna, o cuarto creciente como vulgarmente se lo llama.

Pero en esta noche de la media Luna, la Luna al fin tenía dos lunas propias, si bien eran tan invisibles para los miradores del lado de la Tierra como las dos menudas lunas de Marte. Descendiendo libremente alrededor de ella a casi una milla por segundo en estrechas órbitas a unas cuantas veintenas de millas por encima de su superficie cubierta de cráteres, con sus mares de más oscura roca, estaban dos pequeñas naves tripuladas, una de la Fuerza Espacial Norteamericana, una de la Fuerza Espacial Rusa. Completando un rápido circuito de la Luna cada dos horas, los pilotos de estas naves estaban cada uno efectuando de prisa independientes reconocimientos de la traicionera superficie de la Luna cubierta de polvo de piedra pómez, como preliminar para efectivos aterrizajes de mayores naves de exploración en el inmediato futuro.

Por lo cual, más gente de lo ordinario estaba levantando la vista

hacia la Luna desde el lado vespertino de la Tierra. Pero la mayor parte de tales personas lo estaban haciendo más bien con temor que con admiración. La pasada década había sido de pendencia cada vez más airada entre los Jefes de las dos grandes naciones. La largamente temida Tercera Guerra Mundial parecía estar muy cerca y la pareja carrera para establecer la primera base de guerra en la Luna parecía ser sólo otro paso que la acercaba más.

No había sido aligerada la densa atmósfera de guerra por la reciente sugerencia, hecha casi simultáneamente por un científico ruso y un perito militar norteamericano, de que la Luna sería un lugar ideal para la experimentación —particularmente con explosiones subterráneas de profundidad— de bombas atómicas, una actividad de investigación teóricamente proscrita en la Tierra misma.

En el momento, la Costa del Pacífico de América estaba entrando en la sombra de la Tierra débalo de la media Luna. El elevado monte siempre verde de las Montañas de las Cataratas se estaba sumergiendo y oscureciendo en la noche.

En una solitaria cumbre que salía del monte con dirección al centro del Estado de Washington, no lejos al este de Puget Sound, dos hombres y una muchacha estaban observando atentamente la «salida» de la Luna —la Luna estaba ya muy alta en el cielo meridional— por encima del puntiagudo techo de una vivienda de blancas paredes estilo Cabo Cod.

El más joven apenas tendría unos años más que la muchacha —de unos veinticinco años a lo sumo—, pero daba la impresión de una reflexión y equilibrio madurados. Iba vestido con ropa propia para andar por la ciudad, con la moderada elegancia de un próspero profesional.

El de más edad parecía tener unos cincuenta años, aun cuando el bigote y las cejas eran todavía oscuras y todo el rostro fuertemente viril con sus hondos surcos verticales y asimétricos entre las cejas. La tosca ropa de deporte le sentaba bien.

Tenía un brazo ceñido alrededor de los hombros de la muchacha, la cual igualmente llevaba ropa de campo. Su rostro era bello, pero ahora si bien la noche era fría, estaba perlado de sudor y

mostraba el tenso y apenas reprimido terror de una mujer que se violenta para mirar un penosísimo o mortífero espectáculo.

—Vamos, Janet —indicó ásperamente el hombre de más edad—. ¿En qué te hace pensar la Luna?

—En una araña —respondió la muchacha al instante—. Una hinchada y pálida araña coleando justamente sobre mi cabeza en una invisible tela. Usted sabe, tengo horror a las arañas también, doctor —la última observación la lanzó como una aclaración al más joven—. ¡O en un revólver! ¡Sí, eso es! Un revolver niquelado con asideros de nácar apuntado a mi pecho —¡apuntando a todos nosotros!— por una babeante y riente vieja loca cuyo rostro está blanco de polvos y cuyas mejillas tienen cercos de colorete violado y cuyo descolorido vestido de encajes...

—Creo que eso es suficiente demostración, profesor McNellis —interrumpió el más joven—. Ahora si pudiéramos pasar adentro con su hija...

—¡No! Primero quiero probarle, doctor Snowden, que son sólo las pesadillas las que suponen una verdadera molestia para Janet, que este miedo a la Luna en modo alguno ha alterado seriamente sus vivos nervios.

—No, y tampoco lo queremos —replicó sosegadamente el más joven.

—Continúa, Janet —dijo el de más edad, pasando por alto la implícita censura—. ¿Y qué más ves en la Luna?

—Un hombre, un conejo, un payaso, una bruja, un murciélago, una hermosa dama —respondió la muchacha con rápido sonsonete. Parecía haber perdido parte de su terror, o al menos parte de su sumisión, durante el intercambio entre los dos hombres. Rió entre dientes inquietamente y dijo—: ¡Papá, cualquiera creería que tú eres el psiquiatra, por el modo que estás usando la Luna para un examen de Rorschach! —Luego su voz tomó un grave tono de perspicacia—. La Luna es la original mancha de tinta de Rorschach, sabes. Los mares son la descolorada tinta. Durante miles de años ha estado colgando ahí arriba sin la menor variación externa y la gente ha estado viendo cosas en ella. Es la única cosa sólida a que una puede mirar en el cielo que tiene alguna forma o definidas partes.

—Eso es muy cierto —dijo el hombre de más edad en una extraña voz, mientras su brazo se retiraba un poco de la muchacha

—. Pero nunca lo conceptué exactamente de ese modo. En el curso de una vida de trabajo astronómico nunca tuve exactamente ese concepto.

El más joven se acercó, puso su propio brazo alrededor de los hombros de la muchacha y la desvió de la Luna. El hombre de más edad hizo un movimiento para oponerse, luego cedió.

—Y ahora, señorita McNellis, después de que ha hecho una original contribución a la ciencia de la astronomía —dijo alegremente el más joven—, creo que eso será suficiente observación lunar, por esta noche.

—Usted es el doctor —le dijo la muchacha, mostrando una ligera sonrisa.

—Ese título es una estúpida exageración, Janet, que me ha sido dado por un disparatado artículo de periódico —le aseguró el más joven, devolviendo la sonrisa—. Realmente, no me acercaría al lugar. Temo al espacio.

—A pesar de eso, papá fue a buscarlo porque es el doctor de la Luna.

—Él sabe un millón de veces más acerca de la Luna que yo. Y estoy seguro que también sabe que es perfectamente normal que una muchacha cuyo compañero está dando vueltas alrededor de la Luna esté asustada por él y contemple el lugar que él está explorando —o inspeccionando— como un enemigo casi sobrenatural.

—El miedo de Janet a la Luna data de mucho más atrás que su noviazgo con Tom Kimbro —interpuso argumentando el hombre de más edad.

—Sí, papá, pero estoy asustada por Tom.

—No debieras estarlo. Doctor Snowden, he mostrado a Janet que no está en peor condición que una muchacha prometida a uno de los primitivos exploradores polares. Es mejor, porque los exploradores polares estaban ausentes durante años.

—Sí, papá, pero su compañera no podía salir al patio y ver la Antártida o el tapón de hielo septentrional colgando del cielo y saber que él estaba allá arriba, invisible, pero marchando a través del espacio. —El tono lindante con el histerismo había vuelto a su voz y la muchacha empezó a volverse lentamente—. Pienso que la Luna parece como si estuviera hecha de hielo —dijo con

atemorizada timidez—. Hielo sucio y con muchas burbujas.

—¡Janet, eso es una necia teoría! —dijo airadamente su padre—. ¿Cómo pudiste siquiera empezar a considerar esos folletos de *Welt-Eis-Lehre*, cuando tu padre es un genuino astrónomo...?

—Hace frío aquí fuera. Podemos continuar adentro —dijo firmemente el doctor Andreas Snowden.

La estancia era una habitación bastante cómoda a pesar de la manera que estaba atestada de libros y estantes con caras de cristal que contenían pequeños aerolitos y otros artículos de interés astronómico. Después que se hubieron instalado y el profesor McNellis hubo echado café por indicación del doctor Snowden, éste fijó la atención de la hija del profesor con una benévola sonrisa por unos momentos y entonces dijo:

—Y ahora quiero saberlo todo sobre ello. Janet. Ordinariamente le hablaría solo, y mañana lo haré, pero de este modo parece cómodo ahora. Veamos, su madre murió cuando usted era una niña y por tanto ha pasado la vida con su padre, el cual es un gran investigador de la Luna, si bien su especialidad son los meteoritos; y recientemente usted se ha prometido al teniente comandante Tom Kimbro, piloto y tripulante de la primera nave de reconocimiento circunlunar de América e infinitamente más calificado para llamársele el Hombre de la Luna que a mí el Doctor de la Luna.

—Hace años que conozco a Tom, sin embargo —añadió la muchacha, sonriendo descansadamente ella misma ahora que estaban bajo cubierto—. Papá siempre ha estado asociado al Proyecto Lunar.

—Sí. Ahora hableme de este horror suyo a la Luna. Y por favor, profesor McNellis, ninguna interrupción profesional, surja lo que surja, aunque sea la Teoría del Hielo Cósmico.

Lo dijo en chanza, pero sonó como una orden a pesar de ello. El profesor, menos tenso, ahora que estaba desempeñando el papel de anfitrión, lo tomó de buen talante.

Su hija miró agradecidamente al joven médico. Luego se puso pensativa.

—Las pesadillas son la peor parte —dijo un poquito después—. Especialmente después que se volvieron tan malas dos meses ha. Temo volverme loca mientras las estoy teniendo. En verdad, creo que ciertamente pierdo el juicio y permanezco de esa manera por

diez minutos o cosa así después que me despierto. Eso fue lo que ocurrió hace dos meses cuando me levanté de la cama y, cogiendo el revólver de papá, descargué todas sus balas a través de la ventana del cuarto de dormir en derechura a la Luna. Comprendía a la sazón que ello era alguna especie de gesto que yo estaba haciendo: sabía que no podría dar en la Luna, o a lo menos estaba bastante segura de que no podría, pero al mismo tiempo comprendía que era algo que tenía que hacer para conservar el sano juicio. La única otra cosa que podía haber hecho habría sido meterme en nuestro refugio de protección contra las bombas y no salir. Usted sabe, era como cuando algo le ha destrozado los nervios a una y hecho que se encogiera de miedo, y si no se toma una resolución inmediatamente, por muy agitada que...

—Comprendo —dijo sobriamente el médico. Había aprobación en su voz—. Janet, ¿qué sucede en estos sueños?

—Pesadillas, querrá usted decir. Pesadilla, realmente, porque siempre es casi lo mismo. Se repite —Janet cerró los ojos—. Bien, estoy afuera y es de noche y en seguida la Luna atraviesa el cielo muy de prisa, sólo que es mucho más grande y más brillante. A veces casi parece rozar los árboles. Y me agacho como si fuera un grande y plateado tren expreso surgido de alguna parte detrás de mí y estoy terriblemente asustada. Se lanza fuera del alcance de la vista y creo que estoy sin peligro, pero en seguida sube rugiendo por encima del horizonte opuesto, aún más baja esta vez. Hay un acre olor, como si el aire estuviera siendo quemado por la fricción. Esto prosigue una y otra vez, más y más de prisa, aun cuando cada vez creo que es la última. Empiezo a sentirme como el personaje de Poe en *El abismo y el péndulo*, atada al suelo de plano y levantando la vista hacia el brillante péndulo que sigue acercándose más con cada silbante golpe hasta que el filo de la cuchilla está a punto de partirlo en dos.

»Pero finalmente no puedo remediarlo yo misma, la curiosidad me domina. Sé que es positivamente lo peor que puede ocurrirme, que hay alguna terrible ley contra ella, que estoy contraviniendo a alguna autoridad fantásticamente poderosa, pero a pesar de ello alargo el brazo hacia arriba; no me pregunte cómo me las arreglo mientras que la Luna está marchando tan de prisa, no lo sé, y no me pregunté cómo llego tan lejos cuando ella está todavía en las copas

de los árboles; a veces parece empujar su faz cubierta de cráteres hacia abajo al patio y a veces saco un brazo largo como el mágico troncho de las hortalizas; pero de cualquier modo alzo el brazo, sabiendo que no debiera hacerlo, ¡y toco la Luna!

—¿Cómo es la Luna para sus dedos cuando la toca? —preguntó el doctor Snowden.

—Hirsuta, igual que una gran araña —respondió rápidamente Janet. Luego abrió los ojos con asombro—. Nunca antes recordé eso, La Luna es roca. ¿Por qué lo he dicho, doctor?

—No sé. Olvídelo. ¿Qué ocurre después? —preguntó prosaicamente el médico.

—La Luna se despedaza —susurró Janet. Estrechó los codos y juntó las rodillas apretadamente—. Se resquebraja toda como un blanco plato. Por un momento, los trozos se agitan alrededor, luego todos ellos descienden hacia mí repiqueteando. Pero en el instante antes que yo sea destruida y el mundo conmigo, mientras los trozos están aún bajando velozmente hacia mí como balas o un alud de rocas o un muñeco en una caja de resorte al revés, volviéndose del tamaño de una montaña en un momento, en ese instante, siento esta terrible culpabilidad y comprendo que soy responsable de todo ello porque he tocado la Luna. Es entonces que pierdo el juicio —dicho esto, soltó un suspiro.

—Usted sabe, Janet —dijo el doctor Snowden, sonriendo—, no puedo menos de pensar en qué extensión de dos o tres mil años ha su sueño habría sido considerado como un claro aviso de los dioses de no aterrizar en la Luna, más una previsión de las terribles cosas que nos ocurrirían si seguíamos entrometiéndonos sacrílegamente con los cuerpos celestes. No, profesor McNellis, no pienso una palabra de eso seriamente —añadió con presteza en el momento en que notó la expresión del rostro del astrónomo se había vuelto agresivamente censurante—. Es sólo que me he acostumbrado en sesiones como ésta a decir todo lo que se me ocurre. Creo en la conveniencia de exponer hasta las ideas supersticiosas y considerarlas. Dicho sea de paso, yo aseguraría que el sueño de Janet muestra algunos elementos de la Teoría del Hielo Cósmico, ¿no creen? Vean, quebranto mis propias reglas tan pronto como las constituyo.

—Dado que usted lo dignifica con el nombre de Teoría —replicó

burlonamente el profesor—. Un ingeniero vienés llamado Hoerbiger inició todo el asunto de la *Weit-Eis-Lehre*, un nombre sin ninguna instrucción astronómica. Su fantástica y pasmosa idea era que la Luna está constituida de hielo y fango, que ella entró moviéndose en espirales procedente del infinito y pronto se acercará tanto a la Tierra que ello causará desbordamientos y terremotos y entonces se despedazará, regándonos con un ígneo y helado pedrisco. Lo que es más, según Hoerbiger, la Tierra ha tenido seis anteriores lunas, todas las cuales se desmenuzaron de la misma manera. Esta que tenemos actualmente es la séptima. Incidentalmente, el desmenuzamiento de la sexta luna se supone haber dado razón de todas las leyendas de diluvios universales, dragones exhaladores de fuego, cayentes torres de Babel, el Ocaso de los Dioses, y lo que usted quiera.

»Todo ello no es nada nuevo, sea dicho de paso. En el siglo pasado Ignacio Donnelly, el cual hasta llegó a ser miembro del Senado y la Cámara, describió todo eso en su libro *Ragnarok*, excepto que empleaba cometas en lugar de lunas; en aquel tiempo consideraban los cometas como más macizos. Y ahora Velikovsky lo ha hecho otra vez; desertado de Hoerbiger en otro tiempo ligeramente, con los cometas. Embaucó a personas tenidas por listas, además.

»Hoerbiger tuvo un poderoso grupo de partidarios, de todos modos: los nazis. La mayor parte de ellos eran devoradores de pseudociencia. El Hielo Cósmico se acomodaba perfectamente al superhombre nórdico.

»Por supuesto, Janet tiene conocimiento de todo esto. Ha leído esas tonterías, ¿no es verdad, querida?

—¿Me equivoco, profesor McNellis —preguntó el médico con prontitud, irguiendo la cabeza—, o no hay sin embargo alguna sombra de una verdadera teoría científica detrás de esta idea de lunas que se desmenuzan?

—Oh, ciertamente. Si un satélite de un núcleo plástico se acerca lo suficiente a su planeta materno, la acción periódica de este último lo senara con violencia. Eso es lo que se supone produjo los anillos de Saturno: el desmenuzamiento de una luna de Saturno que se acercó demasiado. La distancia decisiva se la llama límite de Roche. En el caso de la Tierra es sólo de seis mil millas por encima

del suelo; la Luna tendría que estar a esa proximidad, aun cuando tuviera la propia clase de núcleo, o que no lo tiene. Se ha sugerido —fue George Gamow quien lo hizo— que si todo salía exactamente, esta situación pudiera de hecho producirse... ¡dentro de cien billones de años! —El profesor rió entre dientes—. Usted puede ver que nada de este género se aplica a nuestra actual situación en modo alguno.

—Sin embargo, es interesante. —El médico apartó la vista del padre para fijarla en la hija y preguntó accidentalmente—: Janet, ¿cree usted en esta *Welt-Eis-Lehre*?

La muchacha movió la cabeza mientras que su padre resoplaba.

—Pero es interesante —añadió con una nerviosa, casi endiablada sonrisa.

Estoy de acuerdo —dijo el doctor Snowden, haciendo una seña afirmativa—. Usted sabe, Hans Schindler Bellamy, el discípulo británico de Hoerbiger, tuvo un sueño muy lúcido en la niñez casi exactamente igual al suyo, que más tarde ayudó a hacerlo partidario de Hoerbiger.

—Luego, ¿usted ya sabía lo que le estaba explicando del fárrago del Hielo Cósmico? —dijo acusadoramente el profesor McNellis.

—Sólo un poquito aquí y allá —le aseguró el médico—. Uno o dos de mis enfermos fueron conversos —no prosiguió el punto—. Janet —dijo—, deduzco que sus propios sueños de la Luna datan de la niñez, pero no eran tan aterradores entonces.

—Exacto. Excepto por una vez en que papá me llevó a un viaje por el océano poco después de que muriera mi madre. Solía ver la luz de la Luna danzando sobre el agua. Los sueños eran muy malos, entonces.

—Fuimos al Caribe —dijo el profesor McNellis, haciendo una señal de asentimiento—. Tenías sólo siete años. Casi todas las noches te despertabas lloriqueando y con los ojos turbios. Naturalmente, doctor Snowden, suponía que Janet estaba reaccionando a la muerte de su madre.

—Por supuesto. Dígame, Janet, ¿dónde está la verdadera Luna cuando usted tiene estos sueños? Quiero decir, si tienden a agruparse cerca del tiempo de la luna llena.

La muchacha movió la cabeza con energía.

—Una vez —sólo una vez— recuerdo haber tenido la pesadilla

de día y cuando desperté, vi la Luna por la ventana, tenuemente plateada en el cielo azul claro de la tarde.

De nuevo el profesor McNellis asintió con una seña y dijo:

—Durante años he mantenido un registro de los sueños de Janet, En todas las ocasiones la Luna estaba sobre el horizonte cuando acaeció el sueño. No hubo ninguno durante la sombra de la Luna; ninguno de los ciento diecisiete que Janet me refirió, de cualquier modo.

—Eso es una circunstancia algo asombrosa, ¿no cree? —dijo el médico, frunciendo el ceño extrañamente—. ¿A qué lo atribuye?

—No sé. —El profesor se encogió de hombros—. Quizás la luz de la Luna es el estímulo que pone en movimiento el mecanismo del sueño, o lo fue en el comienzo.

—Sí —dijo Janet, solemnemente—. Doctor, ¿no es una vieja teoría que la Luna causa trastornos mentales? Usted sabe, la Luna se asocia a la locura intermitente. ¿Y no se supone haber algo muy especial en la luz de la Luna? Algo que influye en el crecimiento y en los períodos mensuales de las mujeres, en los impulsos eléctricos de la sangre y el cerebro.

—No te lances por esa senda, Janet —dijo severamente su padre—. Otra real posibilidad, doctor Snowden, es que Janet tenga un reloj de Luna en el cerebro y que su subconsciencia sólo produzca el sueño cuando la Luna está en el lado de arriba. No hago más que referirle los hechos.

—Sólo recordaba —dijo agitadamente Janet, levantando la cabeza—, que la exacta posición de la Luna en el cielo tenía mucho que ver con el hecho de que mis sueños del Caribe fueran tan malos. Doctor Snowden —continuó ansiosamente—, usted sabe que aquí arriba en el norte, la Luna nunca está exactamente sobre la cabeza, que hasta cuando está en su más alta posición en el cielo está sin embargo al sur del cenit.

—Sí, lo sé —dijo el médico, con una abierta sonrisa.

—Bien, recuerdo que cuando íbamos hacia el Caribe papá me explicaba que ahora que estábamos en la zona tropical la Luna podría estar exactamente sobre la cabeza. En efecto, una noche del viaje por mar estuvo exactamente sobre la cabeza —la muchacha tembló.

—Creo recordar haberte informado de eso —dijo su padre—,

pero no recuerdo que ello hiciera ninguna impresión en ti, entonces. Al menos no me dijiste nada.

—Lo sé. Temía que te enojases.

—Pero ¿por qué? ¿Y por qué debiera especialmente asustarte la Luna estando en el cénit?

—Sí, Janet, ¿por qué? —repitió el doctor Snowden.

—¿No comprenden? —dijo Janet, mirando de aquí para allá entre los dos hombres—. Si la Luna estuviera directamente encima de la cabeza, podría caer en derechura sobre mí. En cualquier otro lugar, pudiera no acertarme. Es la diferencia entre estar en la boca de un túnel que puede hundirse en cualquier momento y estar dentro del túnel.

Esta vez fue el profesor que rió entre dientes.

—Janet —dijo—, ciertamente tomabas esto en serio cuando eras una niña traviesa.

—Todavía lo tomo en serio —replicó la muchacha, mirándole con ojos fulgurantes—. Mis sentimientos lo toman en serio. ¿Qué sostiene a la Luna arriba? ¡Una gran cantidad de leyes científicas! ¿Qué pasaría si esas leyes fuesen anuladas, o destruidas?

—Oh, Janet —fue todo lo que su padre pudo decir, todavía riendo entre dientes, mientras el doctor Snowden hacía observaciones.

—Sus sentimientos lo toman en serio; eso es una bonita frase, Janet. Pero su mente no lo toma en serio, ¿verdad?

—Creo que no —reconoció Janet, de mala gana.

—Por ejemplo —insistió el doctor Snowden—, no sé si es posible, pero supongamos que hubiera una erupción volcánica en la Luna; usted sabe que los trozos de roca echados al aire retrocederían hacia la Luna, ¿no? Que ellos no podrían dar en la Tierra. Aun cuando fueran lanzados hacia la Tierra.

—Creo que tiene razón —convino Janet, un momento después.

—No, usted no tiene razón, doctor Snowden, no del todo —interpuso el profesor McNellis, levantándose. Estaba sonriendo con una afable malicia—. Usted dice que es un hombre que cree en la conveniencia de decir lo que piensa y exponer nada más que la realidad. ¡Bien! Esos son mis propios sentimientos —Se paró en frente de uno de los anaqueles con caras de cristal—. Venga aquí, tengo algo para enseñarle. Tú también, Janet; nunca te informé de

estas cosas. Después que comenzaron tus pesadillas, siempre creí en la conveniencia de ofrecerte una engañosa imagen de la Luna, hasta que el doctor Snowden me convenció de la superior virtud de decir siempre toda la verdad.

—No he dicho exactamente... —empezó el doctor Snowden, y se interrumpió.

Fue hacia el anaquel. Janet McNellis se paró justamente detrás de él.

El profesor McNellis señaló unas muestras de lo que parecía ser negruzco vidrio, primorosamente ordenadas sobre cartón blanco. La mayor parte de ellas se asemejaban a fragmentos de pequeños discos de cúpula, pero unas cuantas eran casi perfectos botones de media pulgada a una pulgada de través.

El profesor McNellis tosió ligeramente antes de hablar.

—A los meteoritos de esta clase se los llama tectitas —explicó—. Se encuentran solamente en la zona tropical o cerca de ella; en otras palabras, debajo de la Luna. La teoría es que cuando grandes meteoritos dan en la Luna, algunos fragmentos de la silíceo —vítrea o arenosa— superficie de la Luna, son lanzados hacia arriba a velocidades mayores que la rapidez de débil escape de la Luna de una milla y media por segundo. Algunos de estos fragmentos son capturados por el camino gravitacional de la Tierra. Durante su caída a la Tierra son fundidos por el calor de la fricción con el aire y toman su característica forma de botón. Por tanto ahí mismo, con toda probabilidad, ustedes están mirando a trozos de real roca de la Luna, menudos fragmentos de... Janet, ¿qué es ello?

El doctor Snowden miró alrededor. Janet se estaba inclinando tiesamente hacia adelante, su mirada hipnóticamente fija en las tectitas.

—... semejante a arañas —el doctor Snowden le oyó decir con débil voz.

De repente el rostro de Janet se crispó en una expresión equidistante del miedo y la ira. Levantó los puños por encima de la cabeza y se abalanzó hacia el vidrio. El doctor Snowden la asió alrededor de la cintura, usando el otro brazo para obstruir los descendentes puños, y a pesar de los forcejeos de la muchacha la hizo girar de suerte que no estuviera mirando al anaquel. Janet continuó forcejeando y el doctor Snowden podía percibir que la

muchacha aún estaba temblando, además.

El profesor vaciló, luego salió al pasillo y llamó:

—¡Señora Pulaski!

La muchacha cesó de forcejear, pero el médico no la soltó.

—Janet —susurró vivamente—, ¿qué cree usted que causa sus sueños?

—Usted pensará que estoy loca —respondió débilmente la muchacha.

—Todo el mundo está loco —le aseguró el doctor Snowden con gran convicción. Sus brazos ciñeron a la muchacha un poco más apretadamente.

—Creo que mis sueños son avisos —susurró Janet—. Creo que son de algún modo emitidos a mi mente por una estación de la Luna.

—Gracias, Janet —dijo el médico, soltándola.

El profesor McNellis volvió con una robusta y maternal mujer. Janet se dirigió hacia ella.

—Dispensen todos, estaba tonta —dijo—. Buenas noches, papá, doctor.

Cuando las dos mujeres se hubieron ido los dos hombres se miraron el uno al otro. El médico levantó su vacía taza de café. Mientras el profesor echaba para los dos, dijo tristemente:

—Creo que yo fui el tonto, horrorizando a Janet de ese modo.

—Es casi imposible decir con anticipación cómo acabará algo semejante a eso —le confortó el médico—. Aun cuando confieso que yo mismo me he asustado de esas tectitas. Nunca había oído hablar de tales cosas.

—Hay muchas cosas en la Luna que la mayoría de la gente ignora —el profesor frunció el ceño—. Pero ¿qué piensa usted de Janet?

—Es demasiado pronto para decirlo. Excepto que parece ser notablemente firme, mental y emocionalmente, sea lo que fuere que ella está pasando.

—Me alegro de oírle decir eso.

—No debe inquietarse por el estallido de Janet, profesor, pero también le aconsejo que no la meta en más situaciones de prueba.

—¡No lo haré! Creo que he aprendido la lección —el tono del profesor se volvió confidencial—. Doctor Snowden, con frecuencia

me he preguntado si alguna lesión de la niñez no puede haber sido la causa del miedo a la Luna de Janet. Quizás ella creyese que mi interés en la astronomía —la Luna, para una niña— era de algún modo responsable de la muerte de su madre.

—Podría ser —asintió el médico, de un modo pensativo—. Pero tengo la idea de que la verdadera causa de los sueños de Janet no tiene nada que ver con el psicoanálisis o la *Welt-Eis-Lehre* o su ansiedad por Tom Kimbro.

—¿Y qué más, pues? —preguntó el profesor.

—Aún es demasiado temprano para decirlo —el médico se encogió de hombros.

—Explíqueme —dijo el profesor, escudriñándole—, ¿por qué le llaman el Médico de la Luna? Los del Proyecto Luna lo alabaron; no busqué más.

—Tuve suerte tratando un par de administradores del Proyecto que tuvieron colapsos nerviosos; pero esa no es la razón principal. —El médico aguantó la taza para que le echara más café. Después de tomar un trago, se reclinó—. Hace casi dos años —empezó—, tuve una serie de enfermos particulares que tenían horror a la Luna, sentimiento mezclado con sus otras molestias. Parecía demasiada coincidencia, por lo cual mandé propuestas y preguntas a otros psiquiatras, analizadores profanos, hospitales mentales, salas de tratamiento psíquico, etcétera. ¡Las contestaciones llegaron de prisa! —Evidentemente había docenas de médicos que estaban tan perplejos como yo—. Resultó que había literalmente miles de casos de extravío mental caracterizado por miedo a la Luna, cientos de ellos implicando sueños muy semejantes a los de Janet en la circunstancia de que la Luna se desmenuzaba estallando, sufriendo gigantescas erupciones volcánicas, chocando con un cometa o con la Tierra misma, resquebrajándose bajo la tensión de la marea, y así por el estilo.

—Sabía que el Proyecto Lunar había provocado una pizca de reacción de pánico —dijo el profesor, haciendo un mohín—, pero nunca imaginé que llegara a ese punto.

—En cientos de casos —aun semejantes al de Janet— había una historia de ligero miedo a la Luna que databa de la niñez —dijo el médico.

—Humm... eso suena como la irrupción de la neurosis colectiva,

o sea lo que fuere que se le llame, coincidiendo con los comienzos del lanzamiento de grandes naves cohetes y los viajes espaciales.

—Aparentemente. Pero luego, ¿cómo se explica usted esto? Obtuve fechas de casi cuatro mil sueños de desmenuzamiento de la Luna; día, hora, minuto aproximado. En el noventa y siete por ciento de esos casos la Luna estaba sobre el horizonte cuando acaeció el sueño. Me he convencido de que alguna directa influencia que viaja desde la Luna hasta el soñador recorriendo una línea recta, está trabajando; algo que, como las ondas cortas de la radio, puede ser interceptado por la curva y la masa de la Tierra.

—¿La luz de la Luna? —sugirió prontamente el profesor.

—No. Estos sueños acaecen con la misma frecuencia cuando el cielo local está excesivamente nublado que cuando está claro. No creo que la luz o ninguna otra parte del espectro electromagnético sea responsable. Juzgo que es una clase de ondas enteramente diferente.

—Seguramente, usted no estará sugiriendo algo semejante a las ondas del pensamiento. —El profesor frunció el ceño—. Usted sabe, doctor, aun cuando exista tal cosa como la telepatía o la percepción extrasensorial, las probabilidades son que ella se verifica instantáneamente, por completo fuera del mundo del espacio y el tiempo. La idea de ondas del pensamiento similares a las de la luz y el sonido es anticuada.

—No sé —dijo el médico—. Galileo creía que la luz avanzaba instantáneamente también, pero resultó que era solamente demasiado rápida para que él pudiera medirla. Pudiera ser lo mismo con respecto a las ondas del pensamiento; que su velocidad sea de tal modo superior a la de la luz que parezcan propagarse instantáneamente. Pero sólo parecerlo; otro siglo puede perfeccionar las técnicas para medir la velocidad.

—Sin embargo, Einstein... —El profesor se encogió de hombros—. En todo caso la noción de la telepatía es completamente hipotética.

—No sé —repitió el médico—. Mientras usted estaba llamando al ama, Janet se aquietó y aproveché la oportunidad para preguntarle qué creía que estaba causando sus sueños. Dijo: «Creo que mis sueños son emitidos a mi mente por una estación de la Luna». Profesor McNellis, esa no es, de ningún modo, la primera vez

que un enfermo con horror a la Luna me ha hecho esa indicación.

—Creo que yo tampoco lo sé —susurró el profesor. Dobló la cabeza, friccionándose la frente como si le estuviera empezando a doler.

—Pero quizás lo sabe —dijo tranquilamente el médico, sus ojos avivados. Se inclinó hacia adelante—. Profesor McNellis —continuó—, ¿qué es lo que está realmente ocurriendo en la Luna? ¿Qué es lo que ustedes, los del Proyecto, han estado observando en la superficie de la Luna que no quieren revelarlo a los extraños, ni siquiera a mí? ¿Qué es lo que Tom Kimbro puede estar vislumbrando ahora?

El profesor no levantó la vista, pero su mano cesó de friccionar la frente.

—Profesor McNellis, sé que ustedes han estado observando algo extraño en la Luna. Recibí inequívocos indicios de ello por uno de mis enfermos del Proyecto, pero hasta en su estado el hombre dejó que lo hicieran callar las reglas de seguridad. ¿Qué es? Usted no creerá que hice el viaje hasta aquí sólo para tratar a Janet, ¿verdad?

Por unos momentos ninguno de los dos hombres se movió o habló. Era una pugna de voluntades. Luego el profesor levantó la vista artificiosamente.

—Durante siglos algunos astrónomos, usualmente los menos dignos de confianza, han estado observando toda clase de «extrañas» cosas en la Luna —empezó evasivamente—. Ciento cincuenta años ha Gruithuisen declaró haber visto una fortaleza cerca del cráter de Schroeter. Y cien años ha Zentmayer vio objetos del tamaño de una montaña que marchaban o se movían a través de la Luna durante un eclipse. Se han visto manchas brillantes, manchas negras, manchas semejantes a gigantescos murciélagos; los libros de vulgarización científica de Charles Fort están atestados de ejemplos. Realmente, doctor Snowden, las extrañas cosas vistas en la Luna son una vieja historia, muchas veces refutada. —Su voz se había vuelto fuerte y asertiva, pero él no hizo frente a la mirada del médico.

—Profesor McNellis, no me intereso por las pasadas observaciones de extrañas apariciones en la Luna —prosiguió insistentemente el médico—. Lo que quiero saber es lo que está siendo observado en la Luna ahora mismo. Es mi conjetura que ello

no tiene nada que ver con las actividades de los rusos; he sabido por colegas europeos que ha habido alguna irrupción de alguna clase de sicosis lunar, más sueños lunares, en la Unión Soviética también; por tanto no se tiene esa razón para hacer las reglas de seguridad sacrosantas. Haga el favor de informarme, profesor McNellis; necesito esa información si he de tratar a Janet con buen éxito.

El profesor se encogió en su asiento, por último dijo mezquinamente:

—Se ha hecho de ello un superior secreto. Temen extremadamente provocar un mayor pánico, o ver anulado todo el Proyecto.

—Profesor McNellis, se está provocando un pánico y quizás el Proyecto debiera ser anulado, pero eso me es ajeno. Mi interés es solamente profesional, de mi propia profesión.

—Aun cuando me recomendaron a usted como psiquiatra, fui advertido contra la disposición a enterarle de las observaciones. Y si Janet oyera una palabra de ellas, se enloquecería.

—Profesor McNellis, soy un hombre hecho. Soy razonablemente responsable. Puedo necesitar esa información para conservar el sano juicio de su hija.

—Lo arriesgaré —dijo el profesor. Levantó la vista, los ojos muy hundidos, al fin haciendo frente a la mirada fija del médico—. Hace dos meses nuestro telescopio lunar del satélite, de 24 horas, donde la visión no está empañada por la atmósfera, empezó a observar actividad de una desconocida naturaleza en cuatro distintas áreas de la Luna: cerca del Mare Nectaris, en el Mare Fecunditatis, al norte del Mare Crisium, y en el mismísimo centro de la Luna, cerca del Sinus Medii, Fue imposible determinar la naturaleza de la actividad. Al principio creíamos que eran los rusos que secretamente se habían adelantado a nosotros, pero la Oficina de Información Espacial se deshizo de esa posibilidad. Las observaciones mismas ascendían simplemente a un limitado y variable oscurecimiento de las cuatro áreas; sombras, se diría, aun cuando un mirador describió lo que vio como «torres, algunas movientes».

»Luego, hace dos días, la nave de reconocimiento entró en órbita; de propósito una órbita que la reportara al Nectaris y al Fecunditatis. A su primer paso Tom Kimbro informó vislumbrar en

los dos sitios —repito sus palabras exactas— “máquinas semejantes a arañas o de forma de esqueleto, destacándose de delgados seres vivientes, no hombres, y evidencia de que están siendo cavados hondos túneles”.

»Eso es todo —dijo el profesor con un rápido encogimiento de hombros, y levantándose de un brinco—. Desde ese primer informe, en el Proyecto han cesado de darme noticias también. Cualquier otra cosa que Tom haya visto —confirmando o anulando esas primeras vislumbres— y sea lo que sea que le haya ocurrido, no me lo han revelado».

La puerta del pasillo se abrió.

—Profesor McNellis —dijo la señora Pulaski—, ¿no está aquí Janet? Dijo que quería hablarle, pero veo que la puerta exterior está abierta.

—¿Cree usted que Janet estaba escuchando desde el pasillo? —el profesor preguntó al médico. Había un aire de culpa en su semblante, mientras le miraba—. ¿Cree que me ha oído? —El médico había ido más allá de donde estaba la señora Pulaski.

Localizó a Janet en seguida. Su acojinada bata de seda se destacaba como blanca pintura. La muchacha estaba parada en el centro del césped, mirando arriba, por encima del tejado.

Indicando a la señora Pulaski que se retirara y asiendo el brazo del profesor para que se estuviera callado, el doctor Snowden fue a situarse al lado de la muchacha.

Janet no pareció advertir el acercamiento de ellos. Sus labios estaban moviéndose con un poco de nerviosidad. Sus pulgares continuaban restregando ligeramente las puntas de los dedos. Su asombrada y aturdida mirada estaba fija sobre la Luna.

El médico sabía que su primer cuidado debiera ser por su paciente, pero ahora se daba cuenta de que, aun antes de eso, él también debía mirar a la Luna.

Medio oscura y confundida con el espacio, en parte tenuemente moteada de blanco, la Luna colgaba totalmente, su resplandor haciendo palidecer a todas menos las más brillantes estrellas cercanas. Le parecía al médico ser más pequeña de lo que él la había estado considerando. Se daba cuenta, con un desatinado sentimiento de culpabilidad, que si bien había estado reflexionando mucho acerca de la Luna durante los últimos dos años, no se había

molestado en mirarla con frecuencia y ciertamente no la había examinado.

—¿Y los cuatro sitios? —Se oyó a sí mismo preguntar, en voz baja.

—Tres de ellos están cerca del curvo borde exterior de la iluminada mitad —respondió el profesor, en voz baja también—. El cuarto está justamente en medio de la línea de sombra.

Janet no parecía oírles. Luego, sin más aviso que un hondo suspiro, gritó.

El médico echó el brazo alrededor de los hombros de la muchacha, pero no quitó su mirada de la Luna.

Pasaron dos segundos. Quizás tres. La Luna no se alteró.

Luego, en el borde curvo, creyó ver tres menudas manchas. Se preguntó qué podrían ser, a un cuarto de millón de millas. ¿Gigantescas hendeduras de muchas millas de través? ¿Enormes porciones que se estaban alzando? Abrió y cerró los ojos para aclararlos.

Después estuvo mirando a las violadas estrellas. Había cuatro de ellas, más brillantes que Venus, aun cuando tres estaban dentro del iluminado medio disco en los mismos puntos donde había visto las manchas. La cuarta, la más brillante de todas, estaba enteramente dentro, dividiendo en dos partes iguales el recto límite entre las mitades brillante y oscura del disco.

Continuó mirando —habría estado completamente fuera de su poder no hacerlo— pero la parte del psiquiatra de su mente, funcionando independientemente, le hizo decir en voz alta:

—¡Yo lo estoy viendo también, Janet! Todos lo estamos viendo. ¡Es real!

Dijo eso más de una vez, asiendo los hombros de Janet apretadamente.

—Diez segundos —oyó murmurar al profesor McNellis, y se dio cuenta de que debió dar a entender el tiempo transcurrido desde que aparecieron las manchas.

Las violadas estrellas se estaban volviendo menos resplandecientes y al mismo tiempo se estaban dilatando. Se convirtieron en globos o redondos puntos violados, aún más lucientes que la Luna, pero palidecientes, tan grandes en el momento como bolas de

ping-pong

si se consideraba a la Luna como una pelota de basquetbol, pero estaban creciendo.

—Frentes de explosión —susurró el profesor, continuando a intervalos marcando el tiempo.

Dos de los puntos, próximos al borde, se sobrepusieron sin perder su perfecta forma circular. El punto central era todavía el más brillante, especialmente donde se dilataba hacia el interior de la oscura mitad. Los puntos eran grandes como pelotas de tenis, ahora, grandes como pelotas de béisbol.

—Cargas atómicas. Tienen que serlo. Enormes, más allá de lo que se pueda imaginar. Colocadas a centenares de millas de profundidad. —El profesor estaba todavía susurrando.

El médico estaba doblando la espalda a la espera de una arrasadora explosión; luego recordó que no había aire para transportar el sonido desde la Luna. Algún día tenía que preguntar al profesor cuánto tardaría el sonido en llegar de la Luna a la Tierra si hubiera aire para conducirlo. Miró a Janet de soslayo y en el mismo momento la muchacha volvió la vista hacia él de manera preguntona. El doctor Snowden simplemente inclinó la cabeza de una vez, luego los dos levantaron la vista de nuevo.

Los cuatro puntos todos se sobreponían ahora, cada uno desarrollado hasta la mitad del diámetro de la Luna, y se estaba haciendo difícil verlos frente a la brillante mitad —apenas una tenue capa violada ribeteada de un color violado más oscuro—. Pronto fueron indistinguibles excepto por el que se extendía desde el centro de la Luna a través del lado oscuro. Por un imponente momento perfiló el borde oscuro de la Luna con un semicírculo violado, luego se disipó también.

—Un minuto —puntualizó el profesor—. Velocidad del frente de explosión, 17 millas por segundo.

Donde habían estado las primeras manchas y estrellas violadas había ahora cuatro oscuras marcas, casi negras. La central era la más difícil de distinguir —una muesca en la línea de sombra—. Eran sólo lo suficientemente grandes para mostrar irregulares bordes a los ojos penetrantes.

—Cavidades de explosiones. Cien, doscientas millas de través. Igual de profundas, probablemente más profundas. —El profesor

guardó su comentario.

Los surgidos de las cavidades del Crisium y el Fecunditatis estaban ya desprendidos del lado de la Luna y ellos mismos brillando con la reflejada luz del Sol, Tres eran suficientemente grandes para mostrar su mellada forma.

—Los mayores. Un vigésimo del diámetro de la Luna, de vista. Cien millas de través. Grandes como el asteroide Juno. New Hampshire cubicada.

Casi parecía posible ver el movimiento de los trozos. El médico finalmente juzgó que él no podía absolutamente. Era como tratar de ver el movimiento del minuterio de un reloj. Sin embargo, cada vez que pestañeaba y miraba de nuevo, parecían haberse extendido un poco más.

—Cuatro minutos.

Se hizo evidente que los trozos se estaban moviendo a diferentes velocidades aparentes. El médico juzgó que pudiera ser porque habían sido echados al aire en diferentes ángulos. Se preguntaba por qué quería de tal modo continuar observándolos. ¿Quizás para no tener que reflexionar acerca de ellos? Miró a Janet de soslayo. La muchacha parecía estar mirándolos con una sosegada atención. Probablemente no tenía que inquietarse más por el estado de la mente de Janet. Ahora que sus temores se habían vuelto algo real y compartido, ella difícilmente caería en extravíos. Ninguna neurosis de tiempo de guerra. Una cosa parecía verosímil en Janet, sin embargo; que ella percibiera las explosiones telepáticamente. Había gritado dos o tres segundos antes que él hubiera visto nada, y le lleva a la luz un segundo y medio hacer el viaje de la Luna a la Tierra.

Había algunas luces brillando ahora sobre el lado oscuro de la Luna, cerca de su centro, una de ellas suficientemente grande para tener un aspecto irregular. Esos debían ser trozos procedentes del Sinus Medii, se dijo el médico. Se estremeció.

Los trozos del Crisium, los que se movían con mayor rapidez, eran ahora de la propia anchura de la Luna y estaban fuera del lado del satélite.

—Ocho minutos.

La voz del profesor era casi normal otra vez, si bien todavía mitigada, mientras calculaba alto:

—El diámetro de la Luna en ocho minutos. Redondeado, dos mil millas en quinientos segundos. Da a un trozo una velocidad de cuatro millas por segundo. No hay que inquietarse por el material procedente del Crisium, el Fecunditatis, ni siquiera el del Nectaris. No se acercará a nosotros en modo alguno; errará la Tierra por cientos de miles de millas. Pero los trozos salidos del Medii van dirigidos aquí, o cerca de aquí. Principiando la carrera cerca de la Luna a una velocidad de huida de una milla y media por segundo, les llevaría a los trozos cuatro días para el viaje. Pero principiando a una velocidad aproximada de cuatro millas por segundo, representa poco más o menos un día. Ciertamente, esos trozos del Medii debieran errarnos por poco o acertarnos en aproximadamente 24 horas, o al menos lo bastante cerca de ese tiempo para que estemos en el lado de la Tierra que reciba el impacto.

Cuando terminó ya no estaba hablando para sí mismo y por primera vez desde que empezó la catástrofe había quitado los ojos de la Luna y estaba mirando a su hija y al médico.

Que lo estuviera haciendo no era excepcional. Por todo el lado vespertino de la Tierra las personas que habían estado levantando la vista hacia el cielo estaban ahora mirándose unas a otras en derredor.

Las Islas Británicas y el Africa Occidental perdieron el espectáculo. Allí la Luna, poniéndose cerca de la medianoche, había estado abajo por una buena hora.

En Asia y la mayor parte de la Unión Soviética era de día.

Pero todo el Hemisferio Occidental —todas las Américas— tuvo una clara visión de ello.

La primera consecuencia notoria fue el rumor, propagado como el incendio de una pradera, que los comunistas rusos estaban probando bombas destructoras de planetas en la Luna, o que la Tercera Guerra Mundial había ya comenzado allí. Este rumor persistió mucho después de que Conelrad estuviera en el aire y el Plan contra el Desastre Nacional en operación. En el Hemisferio Occidental se metamorfoseó en el rumor de que los capitalistas norteamericanos, siempre indiferentes a la seguridad de la raza humana e invariablemente despilfarradores de los recursos

naturales, estaban arrebatando la Luna, devastando la única Luna de la Tierra para satisfacer los vehementes anhelos de insensatos bolsistas y dementes generales de artillería.

De una manera menos manifiesta, pero igualmente rápida, los telescopios del occidente empezaron a ordenar los trozos del Sinus Medii y a hacer preliminares cálculos de sus particulares trayectorias. Organizados aficionados vigilantes de meteoros prestaron importante ayuda, especialmente manteniendo al día, minuto a minuto, el mapa de la avanzante mezcla de trozos.

Muy afortunadamente para el mundo, prevaleció el tiempo claro, la envoltura de nubes en todas partes estaba en un mínimum—aun cuando en todo caso las nubes no podrían haber puesto obstáculos probablemente al más importante involucrado— eso con respecto al satélite de 24 horas que colgaba a 22.100 millas sobre el Océano Pacífico, al sur de Méjico.

Primeras observaciones sumadas a esto: dirigida hacia la Tierra estaba una mezcla de trozos variantes en tamaño de un planetoide de noventa millas de diámetro, una docena de fragmentos de diez o más millas de través, con una masa de unas sesenta veces la medida de una milla cúbica, y probablemente alguna cantidad de trozos más pequeños más una tenue nube de cascajo y polvo de la Luna. Llegarían a la inmediata vecindad de la Tierra en casi exactamente un día, conforme, señaladamente, al cálculo aproximativo del profesor McNellis. Los que entraran en la atmósfera de la Tierra lo harían a una velocidad pequeña para los meteoritos, pero suficientemente grande para consumir a los más menudos y garantizar que los trozos grandes, poco retardados en el aire a causa de su fuerte masa relativa a la parte transversal, darían contra el suelo o los mares con velocidades de choque de cerca de seis millas por segundo. El golpe estaría casi enteramente limitado al Hemisferio Occidental, agrupándose alrededor del meridiano 20.

Tan pronto como fue hecha pública esta última noticia, las línea aéreas transoceánicas fueron asediadas por personas cargadas de dinero para pasajes y sobornos, y muchas ciertamente escaparon al otro lado de la Tierra antes que la mayor parte de los aviones comerciales hubieran partido o aterrizado. Mientras tanto numerosos aviones particulares despegaban para emprender vuelos transoceánicos fantásticamente peligrosos.

Fue bueno que los telescopios de las Américas se pusieran a trabajar rápidamente. En seis horas la rotación de la Tierra los había llevado fuera del alcance de la vista respecto a la Luna y el enjambre del Sinus. Primero los rusos y Asia, después Europa y Africa, entraron en la noche y tuvieron su visión de la catástrofe que se abatía con violencia.

A la sazón los trozos procedentes de los tres sitios de explosión del borde occidental de la Luna se habían alejado lo suficiente para ser casi indiscernibles entre las estrellas. Pero el enjambre del Sinus, invariablemente creciendo en tamaño aparente y gradualmente extendiéndose en forma de abanico, ofrecía un brillante espectáculo; los que estaban frente a la oscura mitad de la Luna moteándolo con puntos de luz, los de en frente de la brillante mitad más difíciles de distinguir pero los más grandes visibles como oscuras manchitas, mientras que los que se habían extendido mucho formaban un titilante halo alrededor de la Luna.

Telescopios asiáticos y rusos, luego europeos y africanos empezaron la tarea de seguir las trayectorias de los trozos, hábilmente completando el inapreciable trabajo del telescopio lunar del satélite de 24 horas, el cual mantuvo una constante corriente de observación excepto por las dos horas que el interpuesto bulto de la Tierra le impidió la visión del enjambre del Sinus. El telescopio del satélite fue especialmente útil porque, observando en turnos radio sincronizados en tándem con un telescopio de la Tierra, pudo proporcionar triangulaciones sobre una base de unas 25.000 millas de longitud.

Con incrédulos temblores de alivio gradualmente se hizo evidente que el planetoides de 90 millas y varias de las otras grandes partes del enjambre iban a pasar velozmente más allá de la Tierra por el lado fuera del Sol. Al principio habían parecido ser los que estaban más a tiro, pero puesto que estaban en ángulo recto con su velocidad comunicada por la explosión todos ellos también recibían la propia velocidad orbital de la Luna de dos tercios de una milla por segundo, y derivaban invariablemente hacia el este. Unos cuantos pudieran, quizás, perturbar la capa más alta de la atmósfera, inflamándose a su paso, y la totalidad de ellos entrarían en largas y estrechas órbitas elípticas alrededor de la Tierra, algunos de ellos quizás yendo más despacio y cayendo en un lejano

futuro, pero eso ahora de una importancia menos que nula.

Era en los trozos que aparentemente habrían de errar la Tierra por una gran distancia marchando hacia el oeste, donde estaba el peligro. Porque éstos inevitablemente derivaban hacia el Este también, poniéndose a tiro.

Con enloquecedores pero inevitables retrasos los más grandes trozos del centro del blanco fueron ordenados y los puntos de sus impactos calculados aproximativamente, con más estrecha aproximación, y finalmente examinados de una manera minuciosa. Una vez dada, una orden de evacuación no puede ser efectivamente anulada, y un error de veinte millas en el calculado punto del impacto significaría la huida de muchos evacuados hacia una muerte segura.

Al anochecer, en Londres era manifiesto que un trozo de más de diez millas de diámetro daría en alguna parte del sur del Pacífico y un trozo de más de una milla en el noroeste de América o la Columbia británica.

Estos dos trozos eran de especial interés, porque eran los que las naves de reconocimiento lunar rusa y norteamericana escogieron para seguirlos finalmente.

Ambas naves de reconocimiento tuvieron la buena fortuna de esquivar las explosiones, y las dos tenían amplias reservas de combustible, ya que originalmente se había proyectado que cada una cambiara la órbita varias veces durante el reconocimiento. Tan pronto como fueron conscientes de las explosiones y sus consecuencias cada piloto independientemente juzgó que la máxima utilidad estaba en emparejar trayectorias con el enjambre del Sinus y seguirlo hacia la Tierra. Por consiguiente se separaron de sus órbitas circumlunares y volaron hacia la titilante mezcla de roca lunar entre ellos y el brillante semicírculo azul celeste de la Tierra, para ellos en su fase media. Luego que, exponiéndose a colisiones con cabos de fragmentos, pudieron informar que habían alcanzado el enjambre, sus señales de radio fueron de particular utilidad determinando la trayectoria del enjambre, completando las observaciones telescópicas.

Pero la tarea de propia imposición de las naves de reconocimiento había de hacerse aún más peligrosa. Exactamente emparejando trayectorias con un gran trozo —cuestión mayormente

de trabajo de vista y delicados vuelos de corrección— y entonces manteniendo ese curso por cosa de minutos, las señales de radio de la nave de reconocimiento ofrecían a las estaciones de la Tierra una exacta posición sobre ese trozo y su marcha, aun cuando al principio hubo confusiones en cuanto a con cuál trozo, juzgando por el telescopio, la nave de reconocimiento estaba emparejando órbitas. Después de eso fue para los pilotos cuestión de volar cuidadosamente hacia el inmediato trozo más grande, exponiéndose a colisiones con menores fragmentos a cada momento, y emparejando trayectorias con ese.

Durante su final emparejamiento de trayectorias, la nave rusa convenció a las estaciones de la Tierra de que el trozo de más de diez millas aterrizaría a mitad de camino del libre Pacífico entre la Baja California y la Isla de Pascua y entre las Galápagos y las Marquesas, Avisos de olas gigantescas habían salido hacia las islas del Pacífico y las áreas costeras, pero eran ya seguidos de más precisas alarmas.

Inmediatamente después de eso la nave rusa quedó fuera de contacto por radio a 30.000 millas sobre el ecuador, posiblemente decentada por uno o más trozos mientras volaba oblicuamente hacia el interior de una órbita circumterrestre. Su exacta suerte como agregado material nunca se supo, pero su acción estaba guardada como una reliquia en los corazones de los hombres y ayudó a erigir la estructura de la Guardia de Meteoros Internacional.

Veintidós minutos después el satélite de 24 horas tuvo su propio choque inicial con el borde occidental del enjambre. Fue dos veces agujereado, pero el adaptado personal efectuó reparaciones. Un hombre del equipo de radar resultó muerto y el telescopio lunar fue destrozado.

Mientras tanto las dos Américas tenían una sin igual visión del enjambre del Sinus a medida que la propia línea de sombra de la Tierra se trasladaba de Recife a Quito y seguía adelante desde Halifax a Portland. Mientras que se acercaba a su «confortable» posición de errada de la Tierra por una distancia de 15.000 millas, el «Vermont cubicado», trozo de 90 millas, alcanzó el aparente tamaño de una mellada luna de la Luna, tomando una forma semejante a una punta de flecha de piedra. Feroces indios pintados

con hollín respondieron tirándole dardos de púas desde las bandas del Orinoco, mientras que en Walpi y Oraibi, los kachinas hopi cubiertos con blancas máscaras seguían danzando imperturbablemente hora tras hora.

En todas partes de los Estados Unidos las familias estaban sentadas al raso o dentro de sus coches, escuchando a Conelrad, preparadas para marchar si se las avisaba. Ya algunas estaban saliendo en fila como desalojadas hormigas de reconocidos puntos de peligro, atestando carreteras y vías férreas, llenando enteramente los interiores y pegándose a los exteriores de carruajes, autobuses y coches particulares, muchos simplemente andando o corriendo con inquietud, con sus radios portátiles murmurando; la mayor parte de los fugitivos procuraban seguir el insistentemente repetido consejo de Conelrad de «permanecer atentos para ulteriores posibles revisiones de los puntos de impacto locales».

En unas cuantas ciudades hubo un totalmente ordenado movimiento hacia el interior de los refugios de protección contra las bombas. Los tropes, tumultos y otros disturbios fueron pasmosamente pocos; el asombroso espectáculo del cielo en la noche parecía tener un efecto inhibitorio.

Las reacciones raras se dieron esparcidamente. Unos fraccionados grupos religiosos y devotos de diferentes cultos se congregaron en cimas de colinas para observar el Juicio de Dios sobre Sodoma y Gomorra. Otros hacían lo mismo simplemente por puntillazo, por lo regular con ayuda del alcohol. Un grupo de la villa de Greenwich dirigió unos solemnes ritos sobre el tejado para aplacar a la Triple Diosa en su papel de Diana la Destructora.

Durante la última hora varios aeropuertos fueron invadidos por bandas de supervivencia y muchedumbres convencidas de que sólo las personas que estuvieran en el aire cuando el enjambre batiera sobrevivirían al sacudimiento del impacto, y unos cuantos sobrecargados aviones, algunos con provisiones y pertrechos de guerra, despegaron trabajosamente o estallaron en el intento.

Tom Kimbro dirigía la nave de reconocimiento de los Estados Unidos a lo largo del curso final del trozo de más allá de una milla, manteniéndose aproximadamente a un cuarto de milla al oeste del áspero y grisáceo lado. Mientras su fluctuante radio emitía señales con rítmicos sonidos, profirió un mensaje a través del circuito de la

VOZ:

—La nave está perdiendo aire. Debe haberse formado una hendedura con el último topetazo. Pero estoy seguro con mi traje. Mientras salía de detrás de la Luna en mi última vuelta, adelantándome hacia la línea de sombra y el Nectaris y poco antes de que avistara el frente violado y los trozos del Sinus elevándose al sur, creo que distinguí «sus» naves alejándose velozmente del Sol. Había cinco de ellas —naves de esqueleto— podía ver las estrellas a través de ellas, con chorros verdosos apenas visibles. Hicieron estallar esos explosivos como uno haría estallar triquitraques para asustar a los perros. No sé. Den mis cariñosos recuerdos a Janet.

Inmediatamente después de eso felizmente giró al oeste hacia el interior de una entrenadora órbita e hizo bajar la nave sin peligro al día siguiente en las planicies de sal, de Utah. Su final emparejamiento de trayectorias había ayudado a fijar el exacto sitio cerca del centro del Estado de Washington donde aterrizaría el Gran Trozo.

La Luna está constituida de roca que da un promedio de un poco más de tres veces tan pesada como el agua. El Gran Trozo tenía una masa de algo más de mil millones de toneladas. Su impacto a una velocidad de casi seis millas por segundo libentaría una energía cruda equivalente a aproximadamente 1.500 nominales bombas atómicas (del tipo de la de Hiroshima), nada imaginable en una era de bombas de fusión. No habría el inicial fogonazo cromático y electromagnético (calor, luz, rayos gamma) de un arma atómica. Se elevaría una característica nube en forma de hongo, pero el resultado sería limpio, falto de sustancias radioactivas. La onda de la explosión sería la misma, la sacudida de la Tierra más fuerte.

El Gran Trozo sería sólo uno de varios casi tan grandes que darían en el Hemisferio Occidental junto con casi innumerables otros meteoritos lunares, muchos de ellos suficientemente grandes para producir energía de impacto del orden de la bomba atómica.

Mientras el enjambre del Sinus recorría los últimos pocos cientos de millas para hacer impacto o pasar cerca, brillando con reflejada luz del sol en el cielo nocturno de la Tierra como otros tantos astros recién nacidos, unos cuantos mostrando melladas formas, había una sorprendente transformación. Empezando (para los miradores norteamericanos) con las que se dirigían hacia el sur, pero

rápida­mente atravesando el cielo hacia el norte, las luces del enjambre del Sinus se debilitaban con trémulo centelleo a medida que los trozos se sumergían en la sombra de la Tierra. Para los observadores era como si los trozos hubieran desaparecido. Algunas personas se postraron de rodillas y dieron gracias, creyendo que habían presenciado un milagro, una intervención divina de última hora. Luego, de nuevo adelantándose hacia el sur, chispas de un rojo oscuro empezaron a brillar casi donde habían estado las luces del Sinus y con el mismo patrón general, mientras que los trozos entraban en la atmósfera y se calentaban cerca del punto de incandescencia por la fricción con las moléculas del aire.

Comenzando en la California meridional, pero rápidamente desplegándose en abanico hacia el norte y el este, cada Estado de la federación americana tuvo su propio Chubasco del Gran Sinus. Fajas y colas deslumbrantes, brillos de la ionización, soflamas de calor, silbidos y estruendos extraños en la radio que procedían del suelo mismo (vigorizados por macizas emanaciones de radio de las colas de trozos de la ionosfera), explosiones en el aire mientras unos cuantos trozos torturados por el calor estallaban, luego las hirvientes y ensordecedoras ondas de explosión de los impactos, estampidos de los meteoros mientras que el estruendo de su paso finalmente alcanzaba a los trozos, nubes de polvo que se elevaban a borbotones para cubrir a las estrellas con grisácea manta, vientos salvajemente arremolinantes, retumbos repetidos por el eco.

Después, al fin, silencio.

Todos los Estados de la federación norteamericana tuvieron sus desastres, heroísmos y monstruosidades. Setecientas muertes fueron subsiguientemente comprobadas, horriblemente arreglando de una vez por todas la fútil discusión en cuanto a si un ser humano había sido alguna vez realmente destruido por un meteorito, y se suponía que por lo menos trescientos más perecieron sin ser registrados. La ciudad de Globe, Arizona, fue destruida por un directo choque después de una evacuación loablemente ordenada y completa. Tres telefonistas de una población próxima a Emporia, Kansas, y cuatro hombres del equipo de radar de una estación de temprano aviso al norte de Milwaukee permanecieron en sus puestos enviando avisos de SALGAN por teléfono y haciendo observaciones de última hora hasta que fuese demasiado tarde para escapar físicamente de sus

sitios de punto de impacto. Los vecinos de una aldea de Saskatchewan tomaron la carretera 9 en dirección a la muerte, en lugar de la carretera 5 hacia la seguridad, víctimas de la descuidada pronunciación de alguien. Un Douglas

DC-9

fue batido y destrozado en el aire. Un golpe en el Panhandle de Texas desprendió un pozo de petróleo. Un barrio de 25 manzanas cuadradas del lado meridional de Chicago, empizarrado tiempo ha para espacio libre, fue arrasado por los meteoros.

Excepto en el espacio de millas de los principales puntos de impacto, la sacudida de la Tierra fue asombrosamente ligera, menor que la de un gran terremoto, las señales de los sismógrafos no indicando en ninguna parte liberaciones de energía de más de 5 grados en la escala de Richter.

Las gigantescas ondas no obraron totalmente de acuerdo con lo esperado tampoco y aun cuando, según algunos cálculos el Trozo del Pacífico, debiera haber elevado el nivel del agua de los océanos de la Tierra en cuatro centésimas de pulgada, este crecimiento no fue comprobado por las subsiguientes mediciones. Ni fue creada en el Pacífico ninguna isla de roca lunar de millas de elevación; únicamente el Bajío del Sinus, formado por el desmenuzamiento del Trozo del Pacífico al hacer impacto y el esparcimiento de los fragmentos por el fondo. Nunca se volvió a tener noticia de los diversos barcos de pesca, yates particulares, y un pequeño buque de vapor que estaba en la mar cuando ocurrió el impacto, y que probablemente fueron tragados por las aguas. Otro buque resultó con el envés roto a consecuencia de la primera gigantesca oleada y se hundió, pero la tripulación, felizmente, abandonó el barco y sobrevivieron todos sus componentes, como también tres personas en una balsa. Estas últimas afirmaron después haber visto el Trozo del Pacífico a corta distancia «colgando en el cielo como una montaña candente». Horas después, las playas de California, mejicanas y sudamericanas, fueron cubiertas por las aguas de un modo impresionante y hubo alguna pérdida de vidas humanas en las Islas Hawai, si bien los habitantes del 50 Estado se interesaban entonces mucho más en la erupción volcánica que había sido provocada por el extraño azar de algún trozo grande de la Luna cayendo dentro de uno de los cráteres del volcán Mauna Loa.

Alaska, la Siberia oriental y la mayor parte de las islas del Pacífico informaron sobre estruendos de meteoros oídos de día y también de algunos dispersos impactos —incluyendo los espectaculares penachos de rociada de los golpes en el océano— mientras que por una casi divertida coincidencia las muy alejadas ciudades de Canberra, Yokohama, y la población de Ikhotsk estaban cada una simultáneamente aterrorizadas por un meteoro de día que relucía y devoraba millas (¡algunos decían yardas!) por encima de los tejados y entonces, según se decía, se fue hacia el interior del espacio otra vez sin chocar con ningún lugar.

Janet McNellis, su padre, y el doctor Snowden lucharon felizmente contra la ráfaga de Washington sin gran incomodidad dentro del refugio subterráneo del profesor, aun cuando el médico siempre miraba con un poquito de aspereza a la gente que hablaba de los «triviales» efectos convulsivos del Chubasco del Gran Sinus. Al amanecer el polvo se había aclarado suficientemente, la gran nube en forma de hongo apartándose hacia el este, de modo que desde allí en la cima de la colina tenían una clara visión de un considerable segmento del área de la ráfaga, en la margen de la cual habían sobrevivido.

La casa detrás de ellos tenía las paredes y el tejado algo abollados, pero no se había derrumbado. Los cristales de todas las ventanas habían estallado, aun cuando ellas habían sido dejadas abiertas antes del impacto. En todas partes la pintura blanca estaba suavemente oscurecida de verde, como por un gigantesco cepillo aéreo; como si el gran puño de la onda de la explosión hubiera llevado un verde guante de hojas y agujas de pino.

Los desnudos árboles de los cuales éstas habían sido quitadas marchaban desconsoladamente ladera abajo. Aproximadamente a una milla de distancia estos derechos esqueletos de madera empezaban a ceder en un ilimitado llano de árboles caídos de desnudo tronco que la ráfaga había peinado tan primorosamente como lacio cabello. Mientras uno los observaba se bacía evidente que los caídos troncos irradiaban de un centro de explosión detrás del horizonte y a unas quince millas de distancia.

—¡Exactamente como las fotografías tomadas por Kulik del sitio del impacto del Gran Meteoro Siberiano de 1908! —comentó el profesor McNellis.

—Saben —observó Janet—, no creo que vaya a tener más pesadillas de la Luna. —Suspiró y se acomodó la chaqueta más ajustadamente al cuerpo.

—No me figuro que las tenga —dijo cuidadosamente el doctor Snowden—. La Tierra ya ha recibido la advertencia de la cual sus sueños telepáticos y los de muchos otros, fueron una previsión.

—¿Cree usted que realmente eran telepáticos? —preguntó escépticamente Janet.

El doctor Snowden hizo una seña afirmativa.

—Pero ¿por qué una advertencia? —demandó el profesor—. ¿Por qué semejante advertencia? ¿Por qué al menos no hablarnos a nosotros primero?

Parecía estar haciendo las preguntas más a los desnudos troncos de árboles que a su hija o al médico; sin embargo, éste arriesgó una especulativa respuesta.

—Quizás ellos no creen que valga la pena hablarnos, que sólo merecemos que nos asusten. No sé. Tal vez ciertamente nos hablaron, tal vez eso era lo que los sueños fueron. Pudiera ser una raza telepática, usted sabe, y dar por supuestos los mismos medios de comunicación. Quizás lanzaron sus ráfagas de intimidación después que no les contestamos, o parecimos hacerlo locamente.

—Sin embargo, semejante advertencia...

—Quizás creían que era exactamente lo que merecíamos —se encogió de hombros—. Al fin y al cabo, debemos parecer una amenazante especie de algún modo; tratando de alcanzar las estrellas cuando estamos todavía inseguros en cuanto a si no sería mejor que una mitad de nuestra raza destruyera a la otra mitad. —Suspiró—. Por otra parte —dijo—, quizás algunos de los seres vivientes con los cuales compartimos el universo, sencillamente no son cuerdos según nuestras normas. Acaso si supiéramos todo lo que pudiésemos saber de ellos con nuestras limitadas mentes, todavía los consideraríamos locos. No sé. Lo que ciertamente sabemos al presente es algo que debiéramos haber sabido todo el tiempo: que no somos los únicos habitantes de la galaxia y obviamente no —todavía no— los más poderosos.

LA ÓRBITA DEL MONTÓN DE NIEVE

I

Las estrellas polares de los otros planetas se agrupan alrededor de Polaris y Octans, pero Urano gira sobre un eje ostentosamente diferente entre Aldebarán y Antares. El Toro es su coronilla y el Escorpión su escabel. Querido y desaliñado viejo planeta de rameras, hinchado, pálido y frío, rabioso con las lunas shakesperianas, profusamente cubierto de manchas blancas por la Plaga Venérea, girando al lado de uno como una corrompida y repleta cucaracha, dando vueltas alrededor del sol como una ebria mujerzuela de verde cabello que se bamboleara sobre el negro suelo de una inmensa sala de bar, qué bella última perspectiva del sistema solar eres para un bien tallado joven cosmonauta...

Grunfeld cortó de repente ese curso de pensamiento. Era joven y la Primera Guerra Interestelar lo había agarrado, y ahora iba a sacarlo a él y a veinte otros mozos del Sistema con una rápida curva de evasión alrededor de Urano... ¿y qué ocurriría? Se agitó para recibir un poco de calor y en seguida se aplicó a la observación de la ocultada estrella que estaba rastreando con el telescopio del puente del Próspero. Las líneas transversales mostraban que la estrella estaba en un vigésimo de diámetro planetario adentro de Urano; era un destello casi perdido en una extensión de un verde claro. Eso significaba que su luz estaba perforando en 1.600 millas de profundidad la densa atmósfera de hidrógeno del séptimo planeta, a no ser que estuviera viendo a la estrella con una trayectoria de espejismo, y al menos la profundidad concordara con el tiempo desde el contacto del borde.

A 2.000 millas la perdió. Eso significaría 2,000 millas más de capa de hidrógeno sobre el océano de metano, una tonga de materia gaseosa de la extensión de América por la cual el capitán podía

lanzarse con la flota.

Grunfeld no creía que el capitán quisiera obrar como un temerario héroe. El capitán no se había vuelto un necio cosmonauta de ninguna obvia manera como Croker y Ness. Y no era, como Jackson, un visionario torturado por la telepatía, y fascinado por el Diabolo. La inquietud y la responsabilidad habían dirigido la vista del capitán hacia el interior de una calavera que flotaba en la imaginación de Grunfeld aun cuando él no estaba realmente viéndola, pero los fatigados ojos muy hundidos en las oscuras cuencas estaban todavía serenos y quizás cuerdos. Mas a causa de la inquietud el capitán siempre quería tener el último dato relacionado con la menos verosímil maniobra, y dos demostraciones valían más que una. Grunfeld encontró la inmediata estrella de tamaño proporcionado que debía ocultarse. De cinco a seis minutos para el contacto del borde. Grunfeld se separó un pie del telescopio, extendiendo su delgado cuerpo en el plano de la eclíptica — ¡extraño cómo automáticamente tomaba esa orientación en libre caída!—. Pestañeó una y otra vez, luego puso la vista en el mismo planeta por el cual la había estado forzando.

El bulto de un color verdoso claro de Urano estaba colocado en el centro de la gran rodela espacial del puente frente a la oscuridad de terciopelo negro y a las estrellas relucientes como bayonetas, una pelota de tenis salpicada de agua, de marchitado color verde manzana claro sobre el lecho de la noche claveteado de diamantes. A ocho millones de millas parecía de la mitad de la anchura de la Luna vista desde la Tierra. Sus blanquecinas fajas ecuatoriales iban de abajo arriba, donde, Grunfeld tenía conocimiento de ello, quedaba fuera del alcance de la vista girando a una velocidad de tres millas por segundo; una helada cascada que imaginaba tirando de él con verdes y gangrenosos dedos como los de un espectro y arrastrándolo hacia el interior de un Niágara de hidrógeno.

De una anchura de la mitad de la Luna. Pero un día sobrellenaría la portilla mientras pasaban velozmente más allá de él con una nueva errada y en otro día volvería a ser de nuevo tan pequeño como era ahora, pero por detrás de ellos, hacia el sol, habiendo ellos alterado su curso exterior en algún pequeño y todavía incierto ángulo, sin embargo no pudiendo disminuir la marcha del Prospero y las naves gemelas o hacerlas retroceder en su

velocidad de 100 millas por segundo, más de lo que los chorros solares de la flota espacial podían operar a esta friolenta distancia del Sol. Adiós, flota. Adiós, cosmonauta de la C.C.Y.

Grunfeld buscó las lunas del pálido planeta. Miranda y Umbriel eran demasiado menudas para constituir discos, pero distinguió a Ariel a cuatro diámetros por encima del planeta y a Oberón a una docena por debajo. Espectrales cequiones. Si la flota espacial iba a recibir una señal de radio de alguna de ellas, tendría que ser de Titania, ocultada en este momento por el planeta y la ruidosa estática natural de su enturbiada atmósfera de hidrógeno e hirvientes mares de metano; pero siempre había sido sólo una débil esperanza de que hubiera sobrevivientes de la Primera Expedición a Urano.

Grunfeld aflojó el cuello y dejó que su fija mirada descendiera por el curvo borde exterior orlado de estrellas del enorme espejo del *Prospero* y las delgadas y sobresalientes viguetas del brazo del enrejado hacia los caliginosos indicadores iluminados con luz roja bajo la rodela espacial.

Temperatura del casco, siete grados Kelvin. Casi suficientemente baja para que el helio se arrastrara, si se traía algo de helio. El aislamiento del *Prospero*, originalmente destinado a resistir el calor solar, estaba haciendo un buen trabajo a la inversa.

A popa (hacia el sol) la temperatura del casco, 75 grados Kelvin. Aproximada a la faz de Urano iluminada por el Sol. Comprobación.

Temperatura de la cabina, 43 grados Fahrenheit. ¡Brrr! El capitán era un tacaño con respecto al combustible químico restante. Y con razón... pues cabalmente tenía que arrastrar la vida en tanto que fuera posible a través de la vacía nevera más allá de Urano.

Gravedades de Aceleración, cero. Muchos otros ceros.

Los cuatro axiómetros para la flota espacial invariablemente brillaban con la más oscura luz azul, uno para cada una de las naves, *Caliban*, *Snug*, *Moth* y *Starveling*, que seguían a la *Prospero* por la popa con forzada marcha automática, aun cuando durante meses la inercia había hecho enteramente el pilotaje de las cinco naves. Una vez las luces de los botones habían sido verdes, pero habían borrado ese color del tablero a causa del *Enemigo*.

Los manómetros todavía indicaban sus últimas máximas. Casco, 793 Kelvin; Cabina, 144 Fahrenheit; Gravitaciones, 3,2. Todas ellas

habían sido ludidas un año ha, cuando fueron arrastrados más allá del Sol. La fija mirada de Grunfeld retrocedió sesgadamente hacia los cinco bulbosos trajes de presión, otra vez rígidamente enhiestos en las ensambladas perchas, que habían estado llevando durante aquel lapso de aceleración dentro de la órbita de Mercurio. Se sobresaltó. Por un momento creyó ver los ojos rodeados de oscuros cercos del capitán atisbando entre dos de los combantes trajes negros. ¡Nervios! El capitán tenía que estar en su cabina, preparando alternativos programas de pilotaje para Copperhead.

De repente Grunfeld volvió el rostro de un tirón hacia la rodela espacial, tan violentamente que su cuerpo empezó con mucha lentitud en la dirección contraria. Esta vez creyó ver el verde centelleo del Enemigo cerca del borde del planeta; de un verde brillante, subido, mucho más vivido que el del propio Urano. Se arrastró hacia el telescopio y examinó el área de un modo febril. Nada en absoluto. Nervios otra vez. Si el Enemigo estuviera mucho más cerca que a un minuto luz, Jackson lo espiaría y daría aviso. El pensamiento de Grunfeld retrocedió a las circunstancias que habían traído el *Prospero* (entonces no era más que el *Mercury One*) aquí afuera.

II

Cuando estalló la Primera Guerra Interestelar, las flotas espaciales de las naciones de la Tierra apenas habían empujado sus exploraciones más allá de la órbita de Saturno. Excepto por las naves de la Guardia de Meteoros Internacional, los vuelos espaciales eran todavía una empresa bélica de Norteamérica, Rusia, Inglaterra y las otras grandes potencias.

Durante los primeros meses la ventaja estaba totalmente con los tenues cruceros negros del enemigo, los cuales tenían una antigravedad que les permitía acercarse a los planetas sin entrar en órbita; y un asustador grado de control sobre la luz misma. Realmente, su arma principal era un compacto rayo de luz visible, un denso punzón fotónico con un efectivo alcance de varios diámetros de Júpiter en el vacío. También usaban luz visible, con la verde franja, para comunicación, como los hombres usan la radio, a veces difundiéndola y a veces radiándola flojamente con extrañas imágenes abstractas que parecían ser parte de su lenguaje. Sus naves inmunes a la gravedad marchaban a reacción con chorros fotónicos cuya impermeabilidad los hacía invisibles excepto cerca del Sol, donde contribuían a ionizar electrónicamente sucios volúmenes de espacio. Era probablemente esta efectiva invisibilidad, fundamentada en el control de la luz, que les permitía penetrar en el sistema solar a un punto de profundidad tal como la órbita de la Tierra sin ser descubiertos, más bien que alguna capacidad para viajar en el tiempo o el subespacio, como se supuso primero. Los hombres de la Tierra sólo podían barruntar la aparición física del Enemigo, puesto que no se hacían prisioneros en ninguno de los dos lados.

A pesar de su impresionante juego de maniobras y su potente

armamento, el Enemigo era extrañamente temeroso tocante a atacar a planetas vivos. No mostraba miedo de los grandes planetas de gases, en efecto acercándose mucho a sus turgentes superficies, como si tuviera algún medio para conseguir combustible de ellos.

Cerca de la Tierra la primera táctica de los cruceros negros, después de destruir Lunostrovok y Circumluna, fue rondar detrás de la Luna, como si compartiera la trabazón de la marea; circunstancia que llevó a una salida de la Flota Unida de la Tierra, exceptuando a Inglaterra y Suecia.

En la totalmente desastrosa Batalla del Lejano Lado, que fue visible en parte para los miradores a simple vista en la Tierra, la Flota Unida fue aniquilada. Ninguna nave enemiga fue apresada, abordada, o seriamente dañada; excepto por una que, aparentemente por casualidad, fue golpeada por un antiproyectil con punta de fisión y después de la ráfaga comenzó a «arder», significando con ello que sufrió una lenta y sorprendente disgregación, acompañada de un deslumbrante e iridiscente despliegue de radiación visible. Esto fue antes que fuera advertida la «estupidez» del Enemigo en cuanto a pequeños proyectiles atómicos, o su alergia a ciertas franjas de ondas de radio, y también antes que los telépatas terrestres empezaran a afirmar haber establecido oscuro contacto con las mentes del Enemigo.

Subsiguientemente al Lejano Lado, el Enemigo entró en actividad, acosando a las naves espaciales de la Tierra hasta Mercurio y Saturno, si bien todavía mostrando gran cautela en la maniobra y no efectuando ningún directo ataque sobre los planetas. Era como si una raza de marinos fuertemente armados hundieran a todos los barcos que iban por el océano o los impelieran hacia el puerto, pero no efectuaran ningún acometimiento más allá de la línea de la costa. Por un año entero la Tierra, aun cuando su parte terrestre y los astilleros de los satélites estaban furiosamente activos, no tuvieron ningún vehículo en el profundo espacio, con una sola excepción.

En el primer ímpetu de la Guerra una flota de cinco bases móviles de la Fuerza Espacial de los Estados Unidos estaba en órbita hacia Mercurio, donde se había proyectado que ocuparan posiciones en los satélites con antelación a la exploración y la explotación mineral del pequeño planeta marchito por el Sol. Estas cinco naves,

cada una con una flaca tripulación de cinco hombres, eran esencialmente estaciones espaciales Ross-Smith con una transmisión solar, montadas en el espacio y destinadas únicamente a vuelos interestaciales dentro de la órbita de la Tierra. Un enorme espejo paraboloide, cuyo diámetro era de cuatro veces la largura del casco de la nave, sobrecalentaba su foco el hidrógeno que era expelido como un plasma a una alta velocidad de escape. Cada nave, además, llevaba un giratorio equipo de radio-radar montado sobre dobles brazos de rejilla y transportaba como lancha de la nave un volador de combustible químico para dos hombres, adaptable como torpedo con punta de fusión.

Después del Lejano Lado, a esta flota «de lata» se le ordenó que omitiera a Mercurio y, virando sobre el Sol, formara una órbita para Urano, principalmente porque ese remoto planeta, efectuando su vuelta alrededor del Sol en 84 años, estaba corrientemente en el opuesto lado del Sol para los cuatro planetas interiores y los dos más cercanos gigantes de gases Júpiter y Saturno. En las vacías regiones del espacio la relativamente inerme flota pudiera quizás escapar a la atención del enemigo.

Sin embargo, mientras estaba todavía apresurando la marcha hacia el Sol para un máximo empuje, la flota recibió información de que dos cruceros del Enemigo estaban en seguimiento. Las cinco naves se lanzaron hacia adelante con toda la velocidad posible, sacando la alta eficiencia de la transmisión solar cerca del Sol y gastando todo el hidrógeno y la mayor parte del material apto para ser vaporizado, incluyendo algunos de los tanques de ligero metal para almacenaje de hidrógeno; como un viejo buque de vapor que quemara el equipo de cabina y las cabinas mismas para ganar una carrera. Gradualmente el curvo curso que habría necesitado años para alcanzar el planeta exterior se igualó, transformándose en una hipérbola que haría el viaje en 200 días.

Dentro de la faja del asteroide los cruceros perseguidores se desviaron para juntarse en la decisiva Batalla de los Troyanos contra la, en gran parte nueva, más fuerte y juiciosamente armada Flota Unida de la Tierra; una batalla que resultó ser sólo un preludio para la conclusiva Batalla de Júpiter.

Mientras tanto, la flota de las cinco naves avanzaba velozmente, la transmisión solar enteramente inútil en esta oscura región, aun

cuando podría haber amontonado la requerida hirviente masa de expulsión para retardar el vuelo. Las semanas se convertían en meses. A las naves se les cambió el nombre, poniéndole nombres de los satélites del planeta hacia el cual se dirigían. Al menos la trayectoria de la flota había sido exactamente fijada.

Casi con una carrera de colisión se acercaba a Urano un globo de misterioso núcleo y frío gas, de 32,000 millas de anchura, que se deslizaba por el espacio a través del curso de la flota a unas tardas cuatro millas por segundo. Ahora la flota estaba corriendo a una velocidad de 100 millas por segundo. Al otro lado de Urano estaba sólo la noche interestelar, dentro de la cual la flota inevitablemente desaparecería...

A menos..., se dijo Grunfeld, a menos que la flota mudara la velocidad chocando con la masa gaseosa de Urano. Esta idea de enfrenamiento atmosférico en gran escala había parecido posible a la primera sugerencia, medio año ha; era un poco parecido a un hombre que cayera de un monte o de un avión y salvara la vida dando en una gran espesura de ligera y recién caída nieve.

Suponiendo que el chorro solar diera resultado aquí y la nave tuviese la masa de reacción, Prospero podría haber mudado su actual velocidad en cinco horas, decelerando sobre una cómoda uniforme gravedad.

Pero concediéndole 12.000 millas de viaje en línea recta a través de la fría y densa atmósfera de Urano —y eso pudiera ser acercarse mucho a los mares de metano que cubren el hipotético núcleo mineral del planeta—, el *Prospero* tendría dos minutos para mudar la velocidad.

Dos minutos, en una gravedad de 150.

Los hombres habían aguantado gravedades de 40 y 50 por unos segundos.

Pero por dos minutos... Grunfeld se dijo que la única manera segura de perecer sería chocar con una parte de la flota del Enemigo. Según un cálculo, el casco de la nave se fundiría por el calor de la fricción en 90 segundos, a pesar de la baja temperatura de la rozante atmósfera.

La estrella que Grunfeld había estado esperando tocó el brumoso borde de Urano. Grunfeld retrocedió hacia el ocular del telescopio y empezó a rastrearla mientras el hidrógeno del pálido planeta

alteraba su diamantada brillantez.

III

En la cabina de a popa, el flaco y vellosa Croker sujetó otra manta alrededor del atezado Jackson mientras éste se estremecía. Luego Croker encendió una pequeña luz a la cabecera de la hamaca.

—Al capitán no le gustará eso —observó tranquilamente el rechoncho y pálido Ness desde el sitio donde flotaba en agachada posición al otro lado de la cabina—. El enemigo puede percibir un destello de nuestra luz, dice el capitán, a diez millones de millas de distancia.

Balanceó los codos para producir un calor moderado y su cuerpo se bamboleó en reacción semejante a la de un renacuajo.

—Y Jackson oye pensar al Enemigo... y Heimdall oye crecer la hierba —comentó Croker con una áspera y frenética risa—. No es un enemigo para un billón de millas, Ness. —Se lanzó a popa desde la hamaca—. No hemos visto su luz verde desde la órbita de Saturno. No hay lugar posible para ellos.

—Hay el lejano lado de Urano —señaló Ness—. Eso está a menos de diez millones de millas ahora. A ocho. Un sólo día. Podrían estar allá.

—Sí, esperando para tendernos una emboscada mientras pasamos velozmente camino de la eternidad —Croker rió entre dientes mientras se encogía frente a la portilla de la popa, perdiendo impulsión—. Eso es probable, ¿no?, cuando no tuvieron tiempo para nosotros allá atrás en la Faja.

Miró ceñudo al menudo y blanco sol, un disco no mayor que Venus, pero sin embargo de cien veces tanta luz como la Luna llena derrama de él, demasiada luz para mirarla cómodamente. Empezó a cerrar la cubierta interior sobre la portilla.

—No haga eso —opuso Ness, sin convicción—. No hay mucho

calor dentro pero hay un poco. —Estrechó los codos y tembló—. No recuerdo haber estado caliente desde la órbita de Marte.

—El sol me desespera —dijo Croker—. Es como mirar a una luz de arco por el agujero de un alfiler. Es como una alta, alta luz de una cárcel en un frío patio de cemento. Las estrellas son las partes más brillantes del alambre de púas. —Continuó tapando el sol.

—¿Estuvo alguna vez en la cárcel? —preguntó Ness.

Croker hizo una mueca.

Con el tropismo de un pez, Ness empezó a remar hacia la pequeña luz de la cabecera de la hamaca de Jackson, moviendo las manos desde las muñecas igual que aletas de foca.

—Tengo algo contra el sol —dijo sosegadamente Ness—. Está apagando la radio. Me gustaría que recibiésemos un mensaje más de la Tierra. No hemos probado a aparejar el espejo para captar las ondas de la radio. Me gustaría oír cómo ganamos la batalla de Júpiter.

—Supuesto que la ganásemos —dijo Croker.

—Los telescopios no muestran ya luz verde alrededor de Júpiter —le recordó Ness—. Contamos 27 arco iris sobre los cruceros del Enemigo, «ardientes». El capitán comprobó el cómputo.

—Repito: supuesto que la ganásemos —Croker dio un impulso a su cuerpo para avanzar y derivó otra vez hacia la hamaca—. Si hubo un mensaje de real victoria lo harían llegar, aun cuando el sol sirviera de estorbo y necesitase tres horas para alcanzarnos. Los que ganan, grita.

—De un modo u otro, debiéramos recibir la noticia pronto de la estación de Titania —dijo Ness, encogiéndose de hombros mientras remaba—. Estarán informados.

—Si están todavía con vida y hubo alguna vez una Estación de Titania —rectificó Croker, empujando el aire violentamente para pararse mientras se acercaba a la hamaca—. Mire, Ness, sabemos que la Primera Expedición a Urano llegó, Al menos hicieron resaltar sus destellos. Pero eso fue tres años antes de la Guerra y no tenemos ninguna idea de lo que les haya ocurrido desde entonces y si en modo alguno se las arreglaron para establecer equipos domésticos en Titania, o Ariel u Oberón o siquiera en Miranda o Umbriel. Al menos si construyeron una estación que podía recoger a la Tierra, no se me ha informado. Lo cierto es que el *Prospero* no ha tenido

noticia de nada... y nos estamos acercando.

—No quiero discutir —dijo Ness—. Aun cuando las recojamos, serán sólo palabras de salutación —hola, adiós— con acaso un intervalo para una noticia sobre la batalla.

—Y de unos tantos marcados en el fútbol y una breve carta de casa, diez segundos por hombre mientras la estación se debilita —Croker frunció el ceño y añadió—: Si el capitán se hubiera avenido a mi proyecto, dos de nosotros de cualquier modo podíamos habernos apeado de este tren expreso en Urano.

—Dígame cómo —pidió secamente Ness.

—¿Cómo? Una de las lanchas de la nave. Sustituir la punta de fusión con la cabina. Meter todo el combustible químico en los depósitos en vez de dividirlo entre la nave y la lancha.

—No tengo el talento que tiene Copperhead para las matemáticas, pero sé restar —dijo Ness, refiriéndose al robot de pilotaje del Prospero—. Enteramente provista de combustible, una de las lanchas tiene una variación de velocidad máxima en libre caída de 30 millas por segundo. Usémosla toda con el frenado y sólo se habrá sustraído 30 de 100. La lancha está todavía marceando más allá de Urano y saliendo del sistema planetario a una velocidad de 70 millas por segundo.

—Usted no ha oído todo mi proyecto —dijo Croker—. Se ponen medianos depósitos en la lancha y se los remata con el combustible de las otras cuatro lanchas. Luego tenemos 100 millas de frenado y una reserva para maniobras. Sólo hay que echar 90 millas, de cualquier modo. Diez millas por segundo es la aproximada velocidad circumuraniana. Éntrese en la órbita circumuraniana y espérese a que Titania envíe su «jeep» para recogerle a uno. Se debe empezar la maniobra con cuatro horas en este lado de Urano, sin embargo. Lleva ese tiempo a la gravedad, efectuarla.

—Ingenioso —convino Ness—. Especialmente lo del «jeep». Pero me alegro lo mismo de que tengamos el 70 por ciento del combustible químico en los depósitos de las naves en lugar de las lanchas. Estamos en una tan certera carrera hacia Urano —Copperhead realmente obró un milagro trazando nuestra órbita— que quizás necesitemos un empujón oblicuo para errarlo. Si pegáramos en esa fría masa de hidrógeno a nuestra velocidad de 100 millas por segundo...

—A pesar de eso, podíamos haber descendido una pareja de nosotros —dijo Croker, encogiéndose de hombros.

—El capitán tiene que cuidar de toda la flota —dijo Ness—. Usted está empezando a discutir, Croker, como si fuera Grunfeld.

—Pero si en la Estación de Titania están con vida, una pareja de hombres soltada haría a la flota algún bien. Incitando a Titania a hacer llegar un mensaje a la Tierra y disponer que una nave de recuperación y socorro, de una velocidad realmente grande, saliera en busca de nosotros. Supuesto que hayamos ganado la Guerra.

—Mas la Estación de Titania está extinta o nunca existió, y no hay por qué hablar del «jeep». Y hemos perdido la Batalla de Júpiter. Usted mismo lo ha dicho —afirmó solemnemente Ness—. El capitán tiene que cuidar de toda la flota.

—Sí, de esta manera él se mata agitándose y el resto de nosotros morimos de vejez en las cercanías del sistema solar. ¡Únanse a la Fuerza Espacial y visiten las estrellas! Ness, ¿sabe usted cuánto nos llevaría llegar a la estrella más cercana —excepto que no nos dirigimos hacia ella— a nuestra velocidad de 100 millas por segundo? ¡Ocho mil años!

—Eso es matar mucho tiempo —dijo Ness—. Juguemos al ajedrez.

Jackson suspiró y los dos miraron prontamente al atezado rostro sin arrugas por encima del ovillo, pero los labios no volvieron a agitarse, ni tampoco los párpados.

—¿Cree que Jackson sabe qué aspecto tiene el Enemigo? —dijo Croker.

—Lo creo —dijo Ness—. Cuando habla de ellos es como si fuera su intérprete. ¿Qué me dice de la partida de ajedrez?

—Bien. Caballo para Rey y Alfil Tres.

—Humm. Caballo para Rey y Caballo Dos, Tercer Piso.

—Eh, quería decir ajedrez plano, no de tres D —objetó Croker.

—¿Ese raro y viejo juego? En cuanto empiezo a tener la posición realmente ordenada 7 clara en la cabeza la partida ha acabado.

—No deseo empezar una partida de tres D con Urano sólo a 18 horas de distancia.

Jackson se meneó en la hamaca. Sus labios se movieron.

—Ellos... —susurró, Croker y Ness inmediatamente le miraron—. Ellos...

—Me pregunto si está realmente dentro de la esfera mental del Enemigo —dijo Ness.

—Cree que habla por ellos —respondió Croker.

En el instante siguiente sintió un toque de aviso en el brazo; y mirando al través, vio unos ojos de oscuros cercos en un rostro de anguloso cráneo bajo una mellada gorra de deslucida visera. Maldito sea, pensó Croker. ¿Cómo es posible que el capitán siempre sabe cuándo Jackson va a hablar?

—Nos están esperando en el otro lado de Urano —susurró Jackson. Sus labios temblaron, esbozando una sonrisa, y su voz se hizo un poco más fuerte, aun cuando los ojos permanecieron cerrados—. Nos están dando la bienvenida, son nuestros hermanos. —La sonrisa se extinguió—. Pero saben que tienen que destruirnos, saben que tenemos que perecer.

La hamaca con su asiento de tirante faja empezó a escabullirse. Croker y el otro trataron de asirla. El capitán se había separado con impulso, e iba en dirección a la escotilla que conducía adelante.

Grunfeld estaba perdiendo la nueva estrella a 2.200 millas hacia el interior de Urano y entonces observó los dos verdosos destellos fulgurando entre ella y el borde del planeta. Cada destello estaba rodeado de un fugaz cerco de un verde subido, semejante a un halo de neblina. Creyó que tendría miedo cuando volviera a ver ese brillo verde, pero lo que experimentaba era una fuerte agitación que lo hacía sonreír. Con ello llegó un ligero toque en el hombro. El capitán siempre sabe... pensó.

—Emboscada —dijo—. Por lo menos dos cruceros.

Cedió el ocular al capitán. Hasta sin el telescopio podía ver esas trémulas luces verdes increíblemente brillantes. Se preguntó si el Enemigo estaba ya atacando a la flota a través de Urano.

Las luces azules de los indicadores para *Caliban* y *Starveling* empezaron a fulgurar.

—Ellos lo han visto también —dijo el capitán.

Agarró el micrófono y sus siguientes palabras resonaron de un extremo a otro del «Prospero».

—¡Aparejen la nave para la órbita del montón de nieve! ¡Para la órbita del montón de nieve, con rapidez! Señor Grunfeld, junte a la flota.

—El capitán quiere decir que aparejemos los obenques, ¿no? —

musitó Croker, a popa—. Que se aparejen los obenques y se monten los triquitraques en los voladores del Cuatro de Julio.

—Anímese —dijo Ness—. Hasta la retirada estratégica más larga de la historia tiene que finalizar alguna vez.

IV

Dieciocho horas después Grunfeld sintió un espasmo de miedo y rebelión fútiles mientras el traje de presión se cerraba como una pulposa planta carnívora sobre su narcotizado y cansado cuerpo. Sosiégate, se digo a sí mismo. Bonita cosa si uno urdía un alboroto, cuando ni siquiera Croker lo hacía. Pensó en cuarenta cosas que revisar de nuevo. Sosiégate, se repitió; la tarea se ha concluido; todo lo que importa está en los depósitos de la memoria de Copperhead, ahora, o estará tan pronto como hayan sido satisfechos los requerimientos del capitán.

El traje mantenía a Grunfeld erguido, los brazos a los costados; la mejor postura, excepto que estaba todavía de cara al frente, para apresar la alta gravedad, con tal que la nave misma no empezara a dar saltos. Unicamente las piezas de las mejillas y la visera no habían cercado su rostro; translúcidos pétalos del grueso de la mano aún abiertos. Sentía la delicada y firme presión de enfundadas puntas de dedos regulando las pulsaciones y contra las nalgas las frías y lisas bocas de las agujas hipodérmicas de chorro que lo mantendrían con drogas metronómicas durante el lapso de alta gravedad y con estimulantes cuando estuvieran en libre caída otra vez.

Podía mover la cabeza y los ojos sólo lo suficiente para identificar los trajes de Croker y Ness a uno y otro lado de él y ver sus ondeantes perfiles por entre las salientes y caliginosas piezas de las mejillas. Adelante, a la izquierda, estaba Jackson sólo el dorso de su traje, como una atezada figura de nieve que estuviera atenta a la voz de mando, ribeteada de un claro matiz aceitunado por el fuerte brillo de Urano.

Y a la derecha el capitán, las piernas ajustadas pero la parte

superior del cuerpo todavía inclinada a un lado mientras él revisaba el monitor del traje con su reluciente botón azul y los controles manuales que estarían bajo sus manos durante la maniobra.

Más allá del capitán estaba la rodela espacial, el cuarto inferior de ella todavía oscuridad y estrellas, pero los tres cuartos superiores llenos del embestidor verde claro moteado del planeta que ahora tenía la suavizada magnificencia de mojada seda. Estaban tan cerca que el borde apenas mostraba curvatura. La atmósfera debía tener un excesivo grado de presión, pensó Grunfeld, o estarían ya sintiendo disminuir la velocidad. Esa sustancia de delante se parecía más al agua que a ninguna clase de aire. Le incomodaba que el capitán estuviera aún con el traje medio puesto.

Debiera haber actividad y voceadas órdenes, pensaba Grunfeld, para llenar estos últimos tensos minutos. Ordenes finales a la flota, cubiertas de portillas que fueran cerradas con viveza, alguien que hiciera un cálculo sobre el lanzamiento de los torpedos. Pero el último mensaje había pasado a la flota minutos ha. Los pilotos robots estaban instruidos para seguir al «Prospero» e imitar, nada más. Y todo el resto dependía de Copperhead. Sin embargo...

—Capitán —dijo Grunfeld con vacilación, humedeciéndose los labios—. ¿Capitán?

—Gracias, Grunfeld. —El capitán apesó el borde de la replicante sonrisa oculta bajo las piezas mecánicas—. Empezamos a encontrar hidrógeno —prosiguió la tranquila voz—. La temperatura de la cáscara delantera ha llegado a 9 grados Kelvin.

Al otro lado del benévolo cráneo, un gran pedazo del borde de Urano brilló con un fulgor de un verde subido. Como si se hubiese requerido ese final estímulo, Jackson empezó a hablar lentamente a través del envolvente traje.

—Todavía nos están dando la bienvenida y lamentándose por nosotros. Empiezo a percibirlo un poco más ahora. Su nave es una cosa y ellos son otra. Su nave se muere de miedo de nosotros. Nos detesta y lo único que sabe hacer es destruirnos. Ellos no pueden pararla, son aún menos que pasajeros...

El capitán tenía el traje enteramente puesto ahora. Grunfeld experimentó una tenue palpitación y sintió una acometida de aire frío. El sistema de refrigeración de la cabina había empezado a funcionar, conduciendo el calor del local hacia los brazos del

enrejado. Destinados a protegerlos del calor solar, haría ahora cuanto pudiera contra el calor de la fricción.

El recto borde de Urano se estaba volviendo más brumoso. Hasta las estrellas más débiles brillaban a través de él, adornándolo con lentejuelas. Sonó un timbre y el segmento de un verde claro se redujo mientras los paneles de acero para protegerse de los meteoros empezaban a cerrarse en frente de la rodela espacial. Pronto hubo sólo una estrecha faja vertical de verde —verde subido, mientras que se reducía a una hebra— luego por unos segundos únicamente oscuridad excepto por los confusos glóbulos y semicírculos rojos y azules, justamente al otro lado del capitán, del tablero. En seguida se encendieron las amortiguadas luces interiores de la cabina.

—Ellos y sus naves vienen de muy lejos, del borde —zumbó Jackson—. Si esto es el continuo, ellos vienen del... discontinuo, donde no tienen estrellas sino otra cosa, y donde la gravedad es diferente. Sus naves vienen del borde, hinchidas de temor, con las otras naves; y nuestros hermanos vinieron en ellas aun cuando no querían...

Y ahora Grunfeld creyó que empezaba a percibirlo; el primer débil temblor, menor que el estirón de una telaraña, de «peso».

La pared de la cabina se movió al través. El traje de Grunfeld había empezado a girar lentamente sobre un eje vertical.

Por un momento vislumbró el oscuro perfil de Jackson; la totalidad de los cinco trajes estaban girando en su armazón. Se cerraron en fija posición cuando los hombres que los llevaban estuvieron colocados de frente a la popa. Ahora al menos las retinas no se adelantarían en una disminución de la velocidad por la alta gravedad, o los espinazos se romperían por entre el tórax y el abdomen.

El aire de la cabina era frío en la frente de Grunfeld. Y ahora estaba seguro que sentía peso, quizás cinco libras de él. De repente la popa estuvo arriba. Era como si Grunfeld estuviera yaciendo de espaldas sobre la rodela espacial.

Un repentino y turbador estruendo penetró en su traje desde las viguetas que lo rodeaban. Grunfeld perdió peso, luego lo recobró y un poco más por añadidura. Se dio cuenta de que era el lanzamiento del torpedo, que había de pasar rasando por Urano en

la alta capa de la atmósfera y en seguida torcer hacia dentro con el escaso combustible químico que les dejaría, dirigiéndose hacia el lugar del Enemigo. Imaginó el menudo chorro rojo por encima de la grande y resplandeciente planicie verde gris. Cuatro más serían lanzados de las otras naves, el débil aguijón de la flota. Como el de una abeja, no más que una, muriendo.

Las piezas de las mejillas y la pieza de la frente del traje de Grunfeld empezaron a cerrarse sobre su rostro como capas de flexible hielo.

—Ahora comprendo —voceó débilmente Jackson—. Su nave... —Su voz fue cortada.

La máscara de hielo de Grunfeld estaba cerrada apretadamente. Grunfeld sintió una pequeña oleada de vigor mientras el traje reportaba su respiración y enviaba a los pulmones un chorro de aire rico en oxígeno. Luego llegó un entumecimiento con hormigueo mientras el campo del traje progresaba, agregando una suplementaria protección contra la disminución de la velocidad para cada molécula del cuerpo.

Mas la pesadez estaba aumentando, Grunfeld estaba ora en la Luna... ora en Marte... ya de vuelta a la Tierra...

La pesadez era sofocante ahora, opresiva... como una montaña de invisible arena. Grunfeld vio una oscura almohada colgando en la cabina por encima de él a popa. Tenía una roja orla alrededor de ella. Crecía.

Hubo un silbido y una vibración. Todo cabeceo de una manera atormentadora, los caños de la nave rugieron; luego todo se restableció, o quizás no.

La oscura almohada cayó sobre Grunfeld, aniquilando la visión, aniquilando el pensamiento.

El universo era una oscura picazón, un ilimitado dolor flotando en una vasta inmensidad negra. Algo retrocedió y hubo un seco y caliente viento sobre las corcovas y arrugas entumecidas; el aire de la cabina sobre su rostro, juzgó Grunfeld; luego tembló y se sobrecogió al pensamiento de que estaba vivo y en libre caída. Su cuerpo no como una masa de hemorragias internas. ¿O quizás sí?

Grunfeld giró lentamente. Ese movimiento cesó. ¿Vértigo? ¿O

eran los trajes que giraban hacia adelante otra vez? Si ellos realmente se habían movido...

Hubo un chirrido y un crujido. ¿La nave que se contraía después del calentamiento por la fricción?

Hubo un tenue hedor, como de amoníaco y formaldehído mezclados. ¿Unas cuantas moléculas uranianas impelidas más allá de las planchas metálicas rasgadas por la turbulencia?

Vio manchitas de un color rojo oscuro. ¿Las luces del tablero? ¿O las postreras llamas vacilantes de arruinadas retinas? Sonó un timbre. Grunfeld estuvo en expectativa, pero no vio nada. ¿Ciego? ¿O el resguardo de meteoros estaba estrujado? No sería extraño si lo estuviera. No sería extraño si las luces de la cabina estuvieran rotas.

El aire caliente que había secado su sudoso rostro descendía con ímpetu por el frente de su cuerpo. Agujas de dolor le pinchaban mientras él se echaba hacia adelante fuera de la superficie del medio abierto traje.

Luego vio la horizontal franja de estrellas que perfilaba la parte superior de la rodela espacial y debajo de ella el gran campo de un color negro parecido a la tinta, puramente convexo y vuelto hacia arriba. Ese debe ser, se dijo, el lado oscuro de Urano. No haciendo caso del dolor, Grunfeld se adelantó con empujones, libre ya del traje, y pasó más allá del traje del capitán, hacia la rodela espacial.

La vista era todavía la misma, aunque ensanchándose: estrellas arriba, una terciopelada y oscura planicie de bordes curvos debajo. Estaban acercándose a la órbita.

Un pulsante brillo de cambiante color, desde alguna parte, le mostró retorcidos postes de los enrejados de la radio. No había rastro del espejo en absoluto. Debió haber sido arrancado, o volatilizado completamente, con la furibunda turbulencia de la disminución de velocidad.

Las nuevas máximas mostradas en el tablero: Temperatura de la Cabina, 214 Fahrenheit; Temperatura del Casco, 907 Kelvin; Gravedad, 87.

Luego, en la parte superior de la rodela espacial, casi fuera del campo de visión, Grunfeld descubrió el origen del pulsante brillo: dos óvalos de aguda punta fluctuando brillantemente con todos los colores frente a los campos de pálidas estrellas, como dos fosforescentes peces muertos.

—Ciertamente lo he hallado al fin —dijo sosegadamente Jackson desde su sitio a la izquierda, su voz al cabo libre del tono de arrobamiento—. Las naves del Enemigo no eran naves en absoluto. Eran (no hay otra palabra para ello) animales del espacio. Siempre hemos creído que la vida era un privilegio de los planetas, que el espacio era inorgánico. Pero se pueden recorrer millas a través del desierto o andar leguas a través del mar antes que se advierta la vida y yo creo que con el espacio es lo mismo. De cualquier modo el Enemigo eran (¿y qué más puedo llamarlos?) ballenas del espacio. Ballenas espaciales sin inercia, procedentes del discontinuo. Ballenas espaciales que devoraban hidrógeno (ese es el único modo que conozco para decirlo) y escupían la luz para avanzar y hacer la guerra. Esas a las cuales hablé, nuestros hermanos, no eran más que sus parásitos.

—Eso es extravagante —dijo Grunfeld—. La totalidad de ello. La descripción de un niño.

—Ciertamente —convino Jackson.

—Silencio —dijo Ness detrás de Jackson, tocando botones.

La radio, marchando débilmente y con gemidos de estática, informó:

—La Estación de Titania llama a la flota. Tenemos «jeep» y podemos meterlo en órbita hacia ustedes. Los dos Enemigos han muerto: los últimos del Sistema. La Estación de Titania llama a la flota. Tenemos el «jeep» provisto de combustible y preparado para partir...

¿La flota?, pensó Grunfeld. Retrocedió hacia el tablero. Los primeros y últimos indicadores azules todavía lucían para *Caliban* y *Starveling*. Susurremos una oración, pensó, para *Moth* y *Snug*.

Otra cosa brilló sobre el tablero, algo que Grunfeld sabía que tenía que estar equivocado. Tres breves palabras: NAVE EN EJERCICIO.

El oscuro borde de Urano al frente de repente se avivó a lo largo de su extensión, la cual era muy ligeramente arqueada, como una porción de una gigantesca luna nueva. Un glóbulo se formó cerca del centro, se avivó, y entonces, de repente, el sol de patio de cárcel había salido y estaba brillando fríamente a través del pequeño hueco hacia el interior de los ojos de ellos.

Los hombres desviaron la vista de él. Grunfeld se volvió.

La austera luz mostró al capitán, todavía con el traje de presión puesto; la cabeza caída hacia adelante, ocultando las facciones del cubierto rostro. Examinando la caja del monitor del traje del capitán, Grunfeld discernió que estaba preparada para inyectar al capitán estimulantes de energía tan pronto como la Gravedad empezara a decaer de su máximo.

Se dio cuenta de quién había hecho la imposible tarea de sacarlos de Urano.

Pero el botón del monitor, que debiera haber lucido con un brillo azul, estaba tan oscuro como los del *Moth* y el *Snug*.

Ahora el hombre puede reposar, pensó Grunfeld.

LA NAVE SALE A MEDIANOCHE

Esta es la historia de una bella mujer.

Y de un monstruo.

Es también la historia de cuatro necios, egoístas y cultos habitantes del planeta Tierra. Es, que tenía algo de artista. Gene, que estudiaba los átomos y combatía al mundo y a sí mismo. Louis, que filosofaba. Y Larry —ese es mi nombre— que probaba a escribir libros.

Era un imponente y sofocante agosto cuando conocimos a Helen. La época está grabada en mi memoria porque nuestra pequeña ciudad acababa de ver turbada su pereza propia de las poblaciones del mediodía occidental por una serie de esos sobresaltos que, o dan origen a artículos de despropósito en los periódicos, o bien son causados por ellos; a veces es difícil determinar cuáles. La gente había visto platillos volantes y oído ruidos en el cielo; alguien de la subdivisión de geología del colegio intentó, sin éxito, descubrir un meteorito. Un labrador de este lado de las viejas minas de carbón de piedra se acaloró sobre algo «grande y disforme» que desasosegó a las aves de corral y asustó a su esposa, y por un par de días los hombres rastrearon alrededor inútilmente con escopetas; no más que otro de esos sustos del «monstruo rural».

Ni siquiera los vecinos de la población habían sido descuidados. Para su imaginativo enriquecimiento tenían un «aventurero del hipnotismo», un tipo aparentemente bastante apacible que hacía centellear suaves luces en los rostros de las personas y entonaba con monotonía algún canto de sirena afuera de sus casas, de noche. Durante una semana las niñas de la escuela de segunda enseñanza lanzaban gritos agudos con una sonoridad dos veces mayor, después del anochecer; los hombres se cuadraban atrevidamente frente a los

extraños, y las mujeres atisbaban inquietamente afuera de las ventanas de las alcobas después de apagar las luces.

Louis y Es y yo habíamos recogido a Gene en la biblioteca del colegio y queríamos tomar un bocado antes que nos acostáramos. Aun cuando ya habían casi desaparecido, estuvimos hablando de nuestros sustos locales; una calofriada alusión a lo sobrenatural constituye un buen alimento de la conversación en un mes demasiado caluroso para todo pensamiento positivo. Entramos tristes y cabizbajos, formando un rústico pelotón, en el único decente restaurante que estaba abierto toda la noche (el local no tendría eso si no fuera por la «extraña» gente del colegio) y encontramos que Benny tenía una camarera nueva.

Era realmente muy bella, de una belleza demasiado exótica para las mozas de Benny. Revoltijos de bucles de un color de oro claro se apilaban altamente sobre su cabeza. Una aristocrática estructura de hueso (por la ávida mirada de Es podía adivinar que la joven estaba al instante imaginando tener un cuerpo escultural). Y un par de ojos de los más soñadores y más serenos del mundo.

Vino a nuestra mesa y silenciosamente esperó a que pidiéramos. Probablemente porque su belleza nos aturdió, echamos una elaborada versión de nuestra acción de «intelectuales que exacta y pacientemente explican sus aspiraciones a un terco miembro del proletariado». La joven escuchó, hizo una señal de asentimiento con la cabeza, y pronto volvió con nuestros encargos.

Louis había pedido únicamente una taza de café solo.

La camarera le trajo la mitad de un melón además.

Louis lo estuvo mirando por un momento. Luego rió entre dientes incrédulamente.

—Usted sabe, realmente quería eso —dijo—. Pero no sabía que lo quería. Usted debe haber leído mi pensamiento subconsciente.

—¿Qué es eso? —preguntó la camarera en voz baja y agradable, con una modulación algo parecida a la de Benny.

Escarbando en el melón, Louis bosquejó una explicación para los de quinto grado.

—¿Para qué lo usa? —preguntó la camarera, desatendiendo la explicación.

—Yo no lo uso. Es *ello* que me usa a mí —dijo Louis, que es hasta cierto punto un hombre de ingenio.

—¿Es de esa manera que debiera ser? —comentó la camarera.

Ninguno de nosotros sabía la justa respuesta a esa pregunta, por tanto, y puesto que yo era el especialista de la cuadrilla tratando con las clases inferiores, observé brillantemente:

—¿Cómo se llama usted?

—Helen —me dijo la camarera.

—¿Cuánto hace que está aquí?

—Un par de días —dijo la joven, retrocediendo hacia el mostrador.

—¿De dónde vino?

—Oh... de sitios —respondió la joven, extendiendo las manos.

—¿Llegó en un disco volante? —preguntó entonces Gene, cuyo humor se inclina hacia lo fantástico.

—Sabihondo mozo —dijo Helen, mirándole de soslayo.

Pero de cualquier modo la bella camarera rondó por nuestra mesa, llenando azucareros y entreteniéndose con otras minucias por el estilo. Hicimos nuestra conversación especialmente erudita, cada uno de nosotros alegremente hilando su favorita tela de medio entendida jerga intelectual y medio disparatada opinión particular. Bueno, éramos conscientes de la presencia de Helen.

Al tiempo que estábamos saliendo, ocurrió la cosa. En la puerta algo nos hizo mirar atrás a todos. Helen estaba detrás del mostrador. Nos estaba mirando. Sus ojos no eran soñadores en absoluto, pero estaban enfocados, atentos, radiantes, Estaba sonriendo.

Mi codo estaba tocando el desnudo brazo de Es —estábamos un poco apiñados en la entrada— y sentí temblar a Es. Luego ella dio un pequeño tirón y percibí que Gene, el cual estaba asiendo el otro de Es (eran poco más o menos que amantes), había estrechado su agarro de él.

Por quizás tres segundos la cosa permaneció exactamente de ese modo, los cuatro mirando al brazo de ella. Luego Helen tímidamente bajó la vista y empezó a fregar el mostrador con un trapo.

Todos estábamos muy callados yendo a casa.

La noche siguiente volvimos al restaurante de Benny de nuevo, un poco más temprano. Helen estaba todavía allí, y tan bella como recordábamos haberla visto antes. Cambiamos con ella unas cuantas

más de esas breves y fastidiosas observaciones —su voz ya no sonaba de un modo tan parecido a la de Benny—: y preparamos algunas otras pirotecnias intelectuales para su provecho. Poco antes de que saliéramos, Es fue hacia Helen allá en el mostrador y le habló reservadamente por quizás un minuto, al final del cual Helen hizo una señal de asentimiento con la cabeza.

—¿Le has pedido que posara para ti? —pregunté a Es cuando estuvimos afuera.

Es hizo una seña afirmativa.

—Esa muchacha tiene el cuerpo más magnífico del mundo —proclamó fervientemente.

—O de fuera de él —confirmó Gene, de mala gana.

—Y un cráneo increíblemente excitante —terminó Es.

Era característico de nosotros que Es hubiera sido la que realmente rompiera el hielo con respecto a Helen. Como la mayor parte de los intelectuales, éramos un poco tímidos, y siempre estábamos levantando barreras frente a otras personas. Nos adheríamos a la adolescencia y al colegio, aun cuando todos nosotros excepto Gene nos habíamos graduado en él. En vez de salir al mundo real, vivíamos a costa de nuestros padres y haciendo accidentales tareas académicas para los profesores (Es tenía unos cuantos alumnos particulares). Aquí en nuestra ciudad nativa teníamos posición, ustedes saben. Se nos consideraba tremendamente hábiles y sofisticados, el grupo bohemio local (si bien Dios sabe que lo éramos todo menos eso). Mientras que afuera, en el mundo real, habríamos sido novicios.

Nos asustaba el mundo, ustedes saben. Nos asustaba la idea de que él descubriera que todas nuestras aptitudes y proyectos tan ostentados no valían tanto; y que por lo que toca a efectivas realizaciones, no había habido absolutamente ninguna. Es no era más que una artista mediocre; temía aprender de los grandes artistas, especialmente de los grandes vivientes, por miedo de que fuera absorbida su propia artificiosa pequeña individualidad. Louis no era un filósofo; simplemente cultivaba una serie de entusiasmos intelectuales, viviendo en un estado de febril —e inútil— agitación interior frente a las ideas de otros hombres. Mi propia defensa contra la realidad consistía en un aire de sapiencia y una actitud cínica; tenía un considerable bagaje de información; tenía una

especialidad en todo, y también siempre sabía por qué no valía la pena molestarse en ello. En cuanto a Gene, era el mejor de nosotros y también el peor. Un poquito más joven, sin embargo se aplicaba en sus estudios, y prometía mucho en física nuclear y matemáticas. Pero algo, quizás su baja estatura y la severa educación rústica, lo había hecho irritable y obstinado, y dado una tendencia hacia la violencia física que amenazaba meterle algún día en un positivo apuro. Así como así, se había hecho sacar el permiso para conducir. Y varias veces habíamos tenido que intervenir —una vez sin éxito— para impedir que lo golpearan en los bares.

Hablábamos mucho de nuestro «trabajo». Realmente pasábamos mucho más tiempo leyendo revistas e historietas de detectives, haraganeando, emborrachándonos, y conduciendo nuestras interminables discusiones intelectuales.

Si teníamos una positiva virtud, era nuestra lealtad mutua, aun cuando no se necesitaría a un cínico para señalar que desesperadamente teníamos necesidad uno de otro para auditorio. Sin embargo, había algún genuino sentimiento ahí.

En suma, como mucha gente de un planeta donde la mente está despertando y apenas se ha hecho consciente de las cadenas y las vendas de una antigüedad de eones que la oprimen, y no ha tenido más que una muy tenue vislumbre del formidable destino futuro que posiblemente le aguarda, estábamos terriblemente acobardados; éramos miedosos, frustrados, concentrados en nosotros mismos, indolentes, vanidosos, presuntuosos.

Considerando cuán obstinados nos estábamos poniendo en esas actitudes, es tanto más asombroso que Helen hiciera en nosotros el tremendo efecto que hizo. Porque al mes de conocerla, nuestra actitud para con todo el mundo se había endulzado, habíamos llegado a interesarnos sinceramente por la gente en vez de asustarnos de ella, y estábamos empezando a hacer verdadero trabajo de creación. ¡Un pasmoso logro por causa de una desconocida e insignificante camarera!

No era que Helen se encargara de nosotros o nos fijase una pauta, o algo parecido a eso. Todo lo contrario. No creo que Helen fuera responsable de media docena de positivas exposiciones y sólo una acción realmente impulsiva durante todo el tiempo que la conocimos. Más bien, ella era como un guía para el examen o

discusión de los Grandes Libros, el cual nunca expresa una opinión propia, pero solamente induce a otras personas a expresar la suya; desempeñando el papel de una matrona intelectual.

Louis, Gene y yo solíamos dejarnos caer en el lugar de trabajo de Es, digamos, y encontrar a Helen vistiéndose detrás del biombo o tomando una taza de té después de una sesión de pose. Acostumbrábamos a empezar una discusión y por algún tiempo Helen escuchaba como en sueños, sólo una sombra más en la alta y vieja habitación umbrosa. Pero luego empezaban a salir esas sorprendentes pequeñas preguntas suyas, cada una descubriendo una nueva perspectiva de pensamiento. Cuando se daba fin a la discusión —lo cual sería en el Blue Moon bar o bajo los arcos de los patios del colegio u observando el rizo del agua allá en las viejas minas de carbón de piedra— habríamos llegado a alguna parte. En vez de terminar con un tedioso encogimiento de hombros o un cínico regaño para el mundo o emborrachándonos por pura frustración, solíamos finalizar con un plan: algunos hechos para revisar, algo que escribir o modelar o ensayar.

Y entonces, ¡la gente! ¿Cómo nos hubiésemos acercado a la gente sin Helen? Sin Helen, el viejo Gus habría seguido siendo una antigua y turbia agua de lavar los platos en el restaurante de Benny, Pero con Helen, Gus se convirtió para nosotros en lo que realmente era: una figura de romance que había surcado los Siete Mares, que había buscado oro en el Orinoco, con veinte indias por porteadoras porque los hombres eran demasiado holgazanes y orgullosos para emplearlos para hacer algo y que había marchado a la cabeza de su banda de Amazonas llevando una recién nacida criatura de una de las mujeres en sus generosa brazos (porque las mujeres le aseguraron que un niño era la única carga que un hombre podía llevar sin deshonor).

Hasta Gene se suavizó en sus actitudes. Recuerdo que una vez dos gallardos conductores de camiones intentaron recoger a Helen en el Blue Moon. Al instante los músculos de la mandíbula de Gene se combaron, sus ojos quedaron en blanco, y él empezó a mover ligeramente el hombro derecho. Me preparé para una escena. Pero Helen dijo unas palabras aquí y allá, intercaló una apacible risa, y empezó a dirigir sus preguntas a los conductores de camiones. En diez minutos todos estábamos tranquilos y los cuatro descubrimos

cosas que nunca habíamos imaginado tocante a oscuras carreteras y Deseis y sus orgullosos y siniestros guías (tan parecidos a Gene en sus temperamentos).

Pero fue en nosotros como individuos que la influencia de Helen se hizo sentir con más vigor. Las esculturas de Es adquirieron un alcance del todo nuevo. La muchacha abandonó sus amaneramientos favoritos sin una lágrima y empezó a incluir en su trabajo todo lo que era sensato y bueno. Rápidamente desarrolló un estilo que era clásico y sin embargo tenía en sí algo que era cabalmente del futuro. Es está obteniendo reconocimiento ahora y su trabajo es todavía bueno, pero había una magia en su «Período helénico» que no puede volver a tomar, La magia aún subsiste en las piezas que hizo en ese tiempo; particularmente en un desnudo de Helen que tiene toda la serenidad y la intención del mejor trabajo egipcio antiguo, y algo más. Mientras observábamos esa pieza que iba tomando forma, mientras veíamos a la arcilla transformarse en Helen bajo las manos de Es, oscuramente percibíamos que de algún indescriptible modo Helen se estaba transformando en Es al mismo tiempo, y Es en Helen. Era una afinidad tan bella y sutil que ni siquiera Gene podía tener celos.

Al mismo tiempo Louis descontinuaba sus veleidosos flirteos filosóficos y encontraba el campo de investigación que siempre había estado buscando: una mezcla de semántica y sicología introspectiva destinada a delinear el caótico mundo interior de la experiencia humana. Si bien su presente manejo intelectual carece de la brillantez que tenía mientras que Helen estuvo empujando su mente, todavía persiste tenazmente en el proyecto, el cual da esperanzas de añadir todo un nuevo orden de términos al vocabulario de la sicología y quizás de la lengua inglesa.

Gene no estaba maduro para el trabajo de creación, pero de una condición de simple estudiante que promete mucho llegó a ser un discípulo brillante y muy laborioso, más bien con asombro de sus profesores. Aún con la nube que cuelga sobre su vida y oscurece su reputación, se las ha arreglado para encontrar digna ocupación relacionada con uno de los grandes proyectos nucleares.

En cuanto a mí mismo, realmente he empezado a escribir. He dicho bastante.

A veces especulábamos por lo que toca al secreto del efecto de

Helen sobre nosotros, si bien de ningún modo creíamos totalmente en ella en ese tiempo. Teníamos alguna especie de teoría de que Helen era una persona completamente «natural», una «noble salvaje» (de la cocina), un puente al mundo de la realidad proletaria. Es dijo una vez que Helen no podía haber tenido una niñez freudiana, sea lo que fuere que diera a entender con eso. Louis hablaba del irreflexivo coraje social de Helen y Gene del catalítico efecto de su belleza.

Extrañamente, en estas discusiones nunca aludíamos a esa rara sensación magnética que todos habíamos experimentado la primera vez que vimos a Helen, en ese atormentador momento en que habíamos mirado atrás desde la entrada. Siempre fuimos singularmente reticentes ahí. Y ninguno de nosotros expresó jamás la convicción que estoy seguro que todos teníamos a veces: que nuestras teorías sociales y psicoanalíticas no valían un comino cuando se trataba de explicar a Helen, que ella poseía facultades de percepción y mentales (mayormente ocultas) que la ponían totalmente aparte de todos los otros habitantes del planeta Tierra, que era como un ser de otro mundo mucho más cuerdo y más agradable.

Esa convicción no es extraordinaria, si nos paramos a pensar en ello. Es la que todo hombre tiene tocante a la muchacha que él quiere. Lo cual me lleva a mi privada explicación del efecto de Helen en mí (aun cuando no en los otros).

Era sencillamente esto. Yo quería a Helen y sabía que Helen me quería a mí. Y eso bastaba completamente.

Ocurrió apenas un mes después que nos conocimos. Estábamos celebrando una pequeña tertulia en casa de Es, Como yo era el que tenía el coche, fui asignado para recoger a Helen en el restaurante de Benny cuando ella terminara. En el corto paseo en coche pasé por una casa que tenía desagradables recuerdos para mí. Allí había vivido una muchacha por quien yo estuve loco y la cual me había rechazado. (No, seamos sinceros, yo la rechacé a ella, aun cuando la quería mucho, a causa de alguna trágica cobardía, cuyo recuerdo constantemente me cauteriza como un hierro candente).

Helen debió haber barruntado algo por mi expresión, porque dijo suavemente:

—¿Qué te pasa, Larry? —Y en seguida, visto que yo no hice caso

de la pregunta—: ¿Algo sobre una chica?

Se mostró tan compasiva por ello que me desconcerté y le conté toda la historia, sentados dentro del aparcado y oscuro coche en frente de la casa de Es. Me solté y volví a vivir toda la cosa de nuevo, con toda su mordicante vergüenza. Cuando hube acabado levanté la vista del volante. La luz de la calle formaba una pálida aureola alrededor de la cabeza de Helen y una más pálida donde el suéter de angora blanco cubría sus hombros. La parte superior del rostro estaba en oscuridad, pero una pizca de luz rozaba los llenos labios y la corta barbilla, algo parecida al morro de una raposa.

—Pobre niño —dijo suavemente.

Y en el momento siguiente nos estábamos besando, y una sensación de alivio y brío y vigor cabales estaba brotando de lo hondo dentro de mí.

Un poquito después me dijo algo que aun entonces me di cuenta que era muy sensato.

—Mantengamos esto entre tú y yo, Larry —dijo—. No lo mencionemos a los otros. Ni siquiera hagamos una alusión. —Se detuvo, y en seguida añadió, un poco tristemente—: Temo que no lo apreciarían. Algún día, en algún tiempo, quizás; pero aún no.

Comprendí lo que quería decir. Que Gene, Louis y hasta Es eran sólo humanos; eso es, ilógicos —en sus celos, y que el conocimiento de que Helen era mi «chica» habría puesto una sordina a la excitante pero casi infantil relación entre los cinco de nosotros. (Como el hecho del afecto de Es y de Gene no hubiera resultado bien. Es era una muchacha algo fría y peliaguda, y Louis y yo raramente le envidiábamos al pobre y airado Gene la afición que ella le tenía).

Por tanto, cuando Helen y yo entramos precipitadamente y encontramos a los otros zahiriendo a Benny por hacer trabajar a Helen fuera del tiempo estipulado, convinimos en que el hombre era un desaseado y cruel piojoso, y dentro de un ratito la tertulia se estaba animando y nosotros estábamos riendo y hablando sin freno. Nadie podría haber conjeturado que un nuevo y muy agradable factor había sido añadido a la situación.

Después de esa tarde todo fue diferente para mí. Tenía una chica. Helen era (¿por qué no decir las trilladas palabras? Eran ciertas) mi diosa, mi adoradora, mi esclava, mi soberana, mi

inspiración, mi confortación, mi refugio... Oh, podría escribir libros sobre lo que ella significaba para mí.

Imagino que toda mi vida estaré escribiendo libros sobre eso.

Podría llenar páginas describiendo no más que uno de los bellos momentos que vivimos juntos. Podría sumergirme en las rudas imágenes de las sensaciones. Torrente de luz del sol a través de su cabello. Golpeteo de sus tacones sobre una acera de ladrillo. La luz de su presencia avivando una humilde habitación. Caza de sobrenaturales expresiones a través de su durmiente rostro.

Sin embargo estaba en mi pensamiento que el cariño de Helen hizo el más grande efecto. Desmadejó mis ideas, las llevó hacia un universo mucho más vasto.

En un momento dado yo estaría al lado de Helen, nuestras manos tocándose ligeramente en la oscuridad, una flecha de luz de la luna surgida de la polvorienta ventana plateando su cabello. En el momento siguiente, mi pensamiento estaría a un billón de millas arriba, cerniéndose como un iridiscente insecto sobre los millones de relucientes mundos con vida.

O estaría coronando muros en el interior de mi mente, escarpadas y horribles murallas que han estado ahí desde el tiempo del hombre de las cavernas.

O el universo se volvería una milagrosa telaraña, el Tiempo siendo la araña. No podría ver la totalidad de ella —ningún ser viviente podría ver una trillonésima parte de ella en toda la eternidad— pero tendría una percepción del conjunto.

A veces la fría belleza de esos momentos se haría demasiado imponente, y yo sentiría un repentino escalofrío de terror. Luego la escena alrededor de mí se convertiría en una pesadilla y yo casi esperarí que los ojos de Helen mostraran un fulgor y una penetración semejantes a los de un gato, o que su cabello se avivara como crujiente seda, o que sus brazos se retorcieran como si no tuviesen huesos, o su espléndido cutis se marchitara, revelando alguna oscura y abigarrada forma de terror.

Después el momento pasaría y todo volvería a ser pura belleza de nuevo, más preciosa por el pasajero pavor.

Mi mente está trabada otra vez ahora, pero sin embargo percibido el sabor de la libertad interior que el afecto de Helen trajo.

Se podría creer por esto que Helen y yo estábamos muchas veces solos, los dos juntos. No, no podíamos, estando con la cuadrilla. Pero estábamos solos bastantes veces. Helen era hábil arreglando las cosas. Nunca sospecharon de nosotros.

Dios sabe que había veces que anhelaba dejar conocer nuestro secreto a la cuadrilla. Pero luego recordaría la advertencia de Helen y percibiría la verdad de ella.

Encarémonos con ella. La totalidad de nosotros somos personas un poco vanidosas y egoístas. Como individuos, pedimos atención. Maniobramos para conseguir admiración. Flotamos o nos hundimos según si percibimos que nos adoran o simplemente nos hallan agradables. Exigimos demasiado de la persona que amamos. Queremos que sean un infalible apoyo para nuestro yo.

Y entonces si estamos solos y vemos por casualidad que algún otro es amado, la codiciosa criatura se despierta, el salvaje rebulle, el frustrado puritano cierra los dientes. Estamos agitados, nos resentimos, odiamos.

No, comprendía que no podía hacer saber a los otros lo que sentíamos Helen y yo. No podía revelarlo a Louis. Ni siquiera a Es. Y en cuanto a Gene, temo que con su mezquina educación, se hubiera disgustado sumamente por lo que habría deducido de nuestras relaciones. Teníamos el deber, ustedes saben, de ser «toscos» jóvenes, «bohemios». De hecho éramos de miras bastante estrechas, especialmente Gene; el resto de nosotros casi lo mismo.

Sabía qué sentimientos habría experimentado yo si Helen se hubiera hecho por casualidad la «chica» de Louis o de Gene. Eso lo dice.

A sentir verdad, sentía mucha admiración por la cuadrilla, porque ellos podían hacer solos lo que yo no estaba haciendo más que con el afecto de Helen. Estaban ensanchando sus mentes, haciéndose creadores, trabajando y obrando diligentemente; y haciéndolo sin mi recompensa. Francamente, no sé cómo me las podría haber arreglado yo mismo sin el afecto de Helen. Mi admiración por Louis, Es y Gene tenía una sombra de una especie de miedo.

Y realmente estábamos llegando a alguna parte. Habíamos creado un moderno centro intelectual en el mundo, un lugar de desarrollo del pensamiento que no era vano o presuntuoso, pero

dedicado totalmente a su trabajo y sus gozos. La cuadrilla se estaba convirtiendo en una especie de lente para examinar el mundo, por fuera y por dentro.

Cualquier grupo de personas puede constituirse en esa especie de lente, si realmente quieren. Pero de algún modo, rara vez se ponen en marcha. No tienen la genuina inspiración.

Nosotros teníamos a Helen.

Siempre, pero mayormente con no expresados pensamientos, volvíamos al misterio de cómo Helen había manejado la cosa. Era misteriosa, ciertamente. Ahora hacía seis meses que la conocimos, y estábamos tan en la ignorancia tocante a su fondo como cuando la primera vez que la vimos. Helen no quería revelar nada, ni siquiera a mí. Había venido de «sitios». Era una «sin rumbo». Le agradaba la «gente». Nos contó toda clase de fascinantes incidentes, pero si ella misma había estado mezclada en ellos o solamente los había escuchado en el restaurante de Benny (habría hecho una charladora monja trapense) era incierto.

A veces tratábamos de hacer que hablara de su pasado. Pero evadía nuestras preguntas fácilmente y no nos gustaba insistir en ellas.

No se repregunta a la Belleza.

No se exige que un guía para el examen de los Grandes Libros exprese sus convicciones.

No se interroga a una diosa sobre su pasado.

Sin embargo, esta vaguedad tocante al pasado de Helen nos causaba cierta inquietud. Helen había derivado hacia nosotros. Pudiera alejarse con la misma facilidad.

Si no hubiéramos estado tan metidos en nuestro proyecto de desarrollo del pensamiento habríamos estado preocupados. Y si yo no hubiera sido tan feliz, y todo tan llanamente perfecto, habría hecho más que ocasionalmente pedir a Helen que se casara conmigo y escuchar su respuesta: «Ahora no, Larry».

Sí, era misteriosa.

Y tenía sus rarezas.

Por un lado, persistía en trabajar en el restaurante de Benny aun cuando podía haber tenido una docena de mejores empleos. El restaurante de Benny era su ventana a la calle mayor de la vida, decía.

Por otro lado, iba a dar fatigosas caminatas en el campo, aun en el tiempo más nevoso. La encontré mientras regresaba de una y me inquieté, procuré mostrarme airado. Pero Helen no hizo más que sonreír.

Sin embargo, cuando llegó la primavera otra vez y dio nacimiento al verano, Helen nunca quiso ir a nadar con nosotros en nuestra favorita mina de carbón de piedra.

Las minas de carbón de piedra son un lugar donde en otro tiempo sacaban mineral para la materia prima en donde salía a la superficie. Mucho tiempo ha se dejó que las grandes cavidades se llenaran de agua y los bordes verdearan con hierba y árboles. Son excelentes para la natación.

Pero Helen no quería ir a nuestra favorita, que era una de las más grandes y sin embargo la menos visitada; y este año el agua estaba inusualmente alta. Mudamos para contentarla, por supuesto, pero porque la que a Helen no le gustaba estaba por casualidad cerca de la alquería del susto del «monstruo rural» del pasado agosto, Louis se burló de ella.

—Quizás un monstruo ronda la charca —dijo—. Quizás sea un ser venido de otro mundo en un disco volante.

Dijo casualmente eso en una pesada tarde en que habíamos estado nadando en la nueva mina de carbón y nos estábamos secando en el borde, consumiendo cigarrillos. La observación de Louis nos hizo meditar sobre los seres de otro mundo que secretamente venían a visitar la Tierra; sobre sus problemas, y especialmente tocante a cómo se ocultarían.

—Acaso nos observarían desde lejos —dijo Gene—. Televisión, micrófonos suprasensibles.

—O doble vista, clariaudiencia —convino Es, que se interesaba más bien por la parapsicología.

—Más para mezclarse realmente con la gente... —susurró Helen.

Estaba tendida de espaldas con sostenes y cortos calzones blancos, contemplando fijamente las hileras de nubes en marcha. Su aceitunado cutis tostado hasta un raro matiz que acompañaba de un modo encantador con el cabello. Con una repentina y espantosa acerbidad fui consciente de la gatuna perfección de su delicado cuerpo.

—El ser pudiera llevar alguna especie de elaborado velo de

plástico —empezó inciertamente Gene.

—Pudiera tener una forma humana, en primer lugar —aventuré—. Y la idea de que la gente de la Tierra son decaídos colonos interestelares, ¿sabéis?

—Pudiera posesionarse de alguna persona aquí —intercaló Louis—. Sugerir su pensamiento o hasta insinuarse él mismo en el ser humano.

—O pudiera formar él mismo un nuevo cuerpo —susurró Helen con somnolencia.

Esa fue una de la media docena de positivas declaraciones que hiciera jamás.

Luego nos pusimos a hablar de los motivos de un ser tan extraño. Si intentaría destruir a los hombres, o nos consideraría como ganado, o nos examinaría, o se divertiría con nosotros, u otras cosas por el estilo.

Ahora Helen se unió a la conversación otra vez, con ojos sin brillo y distantes, pero sonriente.

—Sé que todos os habéis reído de la idea del tipo historieta cómica de que algún monstruo marciano codiciara a bellas mujeres blancas. Pero ¿se os ha ocurrido alguna vez que un ser del exterior pudiera sencilla y realmente enamorarse de una?

Esa fue otra de las raras declaraciones positivas de Helen.

La idea era atractiva y tratamos de hacer que Helen la desarrollara, pero no se prestó a ello. En verdad, estuvo muy callada el resto de ese día.

Mientras el verano comenzaba a subir hacia sus cimas de calor y desarrollo, el misterio de Helen empezó a dominarnos con mayor frecuencia; eso, y cierta ansiedad por ella.

Había una sensación en el aire, la clase de inquietud que experimentan los perros y los gatos cuando están a punto de perder a su amo.

Sin saberlo exactamente, sin que se dijera una precisa palabra, temíamos que perderíamos a Helen.

En parte era por el propio comportamiento de Helen. Por una vez ella mostraba una especie de desasosiego, o más bien preocupación. En el restaurante de Benny ya no se tomaba tanto interés por la «gente».

Parecía estar tratando de resolver algún difícil problema

personal, animarse a sí misma para hacer alguna gran decisión.

—Niños, me agradáis muchísimo, ¿sabéis? —dijo una vez, mirándonos.

Lo dijo de la manera que lo dice una persona cuando sabe que puede tener que perder lo que le gusta.

Y en seguida hubo el asunto del Desconocido.

Helen había estado hablando un poco con un desconocido, no en el restaurante de Benny, sino andando por las calles, lo cual era insólito. No sabíamos quién fuera el Desconocido. Realmente no lo habíamos visto cara a cara. Sólo sabíamos de él por Benny y lo vimos una vez o dos con una ojeada. Sin embargo nos inquietaba.

Comprendan, nuestra felicidad continuaba; pero velándola tenuemente, estaba esta nueva y siniestra niebla.

Luego una noche la niebla tomó una forma precisa. Ocurrió en una ocasión de celebración. Después de unos cuantos días durante los cuales habíamos percibido que habían estado riñendo, Es y Gene de repente declararon que se casaban. Por inmediato impulso todos habíamos ido al Blue Moon.

Estábamos haciendo la tercera ronda de bebidas, y chanceándonos con Es porque no parecía estar muy entusiasmada, más bien un poco malhumorada, y entonces él entró.

Aun antes de que mirara en nuestra dirección, antes de que se encaminara a nuestra mesa, sabíamos que éste era el Desconocido.

Era un hombre algo delgado, rubio como Helen. Por otra parte no se parecía a ella, pero había cierta semejanza. Quizás estaba en el porte, en el aire cabalmente inusitado del hombre.

Mientras se aproximaba, podía sentir que yo mismo y los otros nos poníamos tensos, igual que los perros a la aproximación de lo ignoto.

El Desconocido se paró Junto a nuestra mesa y estuvo mirando a Helen como si la conociera. Los cuatro nos dábamos cuenta más que nunca de que queríamos que Helen fuera sólo nuestra (y especialmente mía), que odiábamos pensar en ella como teniendo estrechos vínculos con algún otro.

Lo que especialmente me irritaba era la insinuación de que había alguna afinidad entre el Desconocido y Helen, que detrás de su orgulloso y frío rostro, él la estaba hablando con el pensamiento.

Gene aparentemente tomó al Desconocido por uno de esos

desagradables individuos que farolean por los bares buscando disturbio, y comenzó a obrar como si él mismo fuera uno de tales individuos. Endureció sus delicadas facciones con un cursi mal gesto y levantó el cuerpo tanto como pudo, lo cual no aumentó mucho su aparente estatura. Tal proceder de «hombre duro», siempre una señal de frustración y dudas de la masculinidad, había sido extraño a Gene por unos meses. Sentí una pulsación de tristeza, y casi me encogí cuando Gene abrió el lado de la boca y empezó:

—Mire, Joe...

Pero Helen puso la mano sobre el brazo de Gene. La joven miró sosegadamente al Desconocido por unos momentos más y entonces dijo:

—No le hablaré de esa manera. Debe hablar inglés.

Si el Desconocido se sorprendió, no lo mostró. Sonrió y dijo tranquilamente, con casi imperceptible acento extranjero:

—La nave sale a medianoche, Helen.

Experimenté una rara sensación, porque nuestra ciudad está a doscientas millas de todo aquello a que se le llamaría aguas navegables.

Por un momento sentí lo que uno podría llamar miedo de lo sobrenatural. El mostrador tan chillón y oscuro, la hilera de encorvadas y neuróticas espaldas, la rolliza muchacha de los dados en un extremo y la menuda y activa pantalla de televisión en el otro. Y frente a ese fondo, Helen y el Desconocido, rubios, de aceitunado cutis y orgullosas y felinas facciones, encarándose el uno con el otro como duelistas, en guardia, contrarios, pero compartiendo algún secreto conocimiento. Como dos aristócratas llegados a un garito para arreglar una pendencia; igual que eso, y algo más. Como digo, ello me asustó.

—¿Vienes, Helen? —preguntó el Desconocido.

Y ahora yo estaba realmente asustado. Era como si me hubiera dado cuenta por primera vez de cuánto Helen significaba para la totalidad de nosotros y especialmente para mí. No era solamente la pérdida de ella, sino la pérdida de cosas dentro de mí que sólo Helen podía traer a la existencia. Podía ver el mismo miedo en los rostros de los otros. Un extraviado aire en los ojos de Gene detrás del fingido gesto terrible de gánster, Los dedos de Louis soltándose de su vaso y la rechoncha cabeza volviéndose hacia el Desconocido,

lentamente, con una vacía mirada fija, como los cañones de la torre blindada de un acorazado. Es empezando a aplastar el cigarrillo y en seguida vacilando, los ojos puestos en Helen; aun cuando en el caso de Es percibía que había otra emoción además de miedo.

—¿Si vengo? —dijo Helen, como alguien en un sueño.

El Desconocido estaba esperando. La réplica de Helen había hecho la tensión más fuerte. Ahora Es aplastaba de hecho el cigarrillo con torpe precipitación, luego prontamente retiró la mano. Sentí de repente que esto con seguridad tuvo que suceder, que Helen debió haber tenido su vida, su vida real, antes de que la conociéramos, y que el Desconocido era parte de ella; que Helen había venido a nosotros misteriosamente y ahora nos dejaría de una manera igualmente misteriosa. Sí, percibía todo eso, aun cuando en vista de lo que había ocurrido entre Helen y yo, comprendía que no debiera.

—¿Lo has considerado todo? —preguntó finalmente el Desconocido.

—Sí —respondió Helen.

—Sabes que después de esta noche no habrá retroceso —continuó el Desconocido, tan tranquilamente como siempre—. Sabes que estarás aislada aquí para siempre, que tendrás que pasar el resto de tu vida entre... —Miró alrededor hacia nosotros, como si estuviera buscando una palabra—... entre salvajes.

De nuevo Helen puso la mano sobre el brazo de Gene, si bien su mirada no se apartaba del rostro del Desconocido.

—¿Cuál es el atractivo, Helen? —prosiguió el Desconocido—. ¿Has realmente tratado de analizarlo? Sé que quizás fuera divertido por un mes, o un año, o hasta cinco años. Una especie de juego, una renovación de la juventud. Pero cuando acabe y tú te canses del juego, cuando te des cuenta que estás sola, completamente sola, y que no hay retorno posible... ¿Has pensado en eso?

—Sí, he pensado en todo eso —dijo Helen, tan sosegadamente como el Desconocido, pero con una tremenda determinación—. No trataré de explicártelo, porque con toda tu sabiduría y talento no creo que lo comprendieras del todo. Y sé que estoy violando promesas... y más que promesas. Pero no vuelvo atrás. Estoy aquí con mis amigos, mis verdaderos y parejos amigos, y no vuelvo atrás.

Y entonces vino, y podría decir que lo hizo para todos nosotros,

una gran exaltación de ánimo, semejante a una oleada de silenciosa música o a un brillo de invisible luz, Helen al fin se había manifestado. Después de los vagos equívocos y las reservas de la primavera y el verano, ella se había puesto honradamente a nuestro lado. Cada uno de nosotros sabíamos que lo que Helen había dicho lo pensaba cabalmente y por siempre. Era nuestra, nuestra más por completo que nunca antes. Nuestra casi diosa, nuestra inspiración, nuestra llave de un ensanchado futuro, la que siempre penetraba, que podía abrir puertas en nuestra imaginación y sentimientos que de otro modo habrían permanecido cerrados para siempre. Era nuestra Helen ahora, nuestra y (como mi mente persistía en añadir con alborozo) especialmente mía.

¿Y nosotros? Volvíamos a ser la Cuadrilla, feliz, equilibrada, juiciosa como el cielo y hábil como el infierno, venidos aquí en plan de fiesta, para divertirnos con todo lo que saliera.

Toda la escena había variado. La espantosa aura alrededor del Desconocido se había disipado por completo. El hombre era sólo una más de esos cientos de raras personas que conocimos desde que estábamos con Helen.

El Desconocido obró casi como si fuera consciente de ello. Sonrió y dijo prontamente:

—Muy bien. Tenía la sensación de que decidirías de este modo.

—Empezó a irse. Luego—: Oh, de paso, Helen...

—Di.

—Los otros pidieron que me despidiera de ti por ellos.

—Diles lo mismo y que les deseo mucha suerte.

El Desconocido hizo una señal de asentimiento con la cabeza y otra vez empezó a desviarse; y entonces Helen añadió:

—¿Y tú?

El Desconocido reflexionó.

—Te volveré a ver antes de medianoche —dijo sin seriedad, y casi en el momento siguiente, pareció, estaba fuera de la casa.

Todos reíamos entre dientes. No sé por qué. En parte de alivio, supongo, y en parte —¡Dios nos ayude!— por la victoria sobre el Desconocido. De una cosa estoy seguro: tres (y quizás hasta cuatro) de nosotros nos sentimos por un momento más felices y más firmes en nuestras relaciones con Helen de lo que nunca antes nos hubiéramos sentido. Era la cumbre. Estábamos juntos. El

Desconocido había sido vencido, él y todas las extrañas y mudas amenazas que había traído consigo. Helen se había manifestado. El futuro estaba abierto delante con Helen aprestada para conducirnos hacia él. Por un momento todo fue perfecto. Éramos humanidad, vigorosamente viva, triunfantemente progresiva.

Fue, como digo, perfecto.

Y sólo los seres humanos saben cómo arruinar la perfección.

Sólo los seres humanos son tan vanos, tan codiciosos, cada uno queriéndolo todo para él solo.

Fue Gene quien lo hizo. Gene, que no podía soportar tanta felicidad y que tenía que destruirla; por qué propio temor, qué riguroso propio tormento, qué deseo de destrucción, no lo sé.

Fue Gene, pero podría haber sido cualquiera de nosotros.

Su rostro estaba abochornado. Él estaba sonriendo, más bien haciendo muecas, con lo que ahora me doy cuenta era una necia y dominante complacencia. Puso la mano sobre el brazo de Helen de un como ninguno de nosotros nunca antes había tocado a Helen, y dijo:

—Eso fue grande, querida.

No era tanto lo que dijo como el claro deseo de posesión expresado por el gesto. Fue ciertamente ese gesto de posesión que hizo estallar a Es, que la hizo hablar de repente con una voz terriblemente áspera, pero tan baja que pasaron unos momentos antes que el resto de nosotros nos diéramos cuenta de lo que Es se proponía.

Cuando lo hicimos quedamos estupefactos.

Es estaba acusando a Helen de haber robado el afecto de Gene.

Es difícil hacer comprender a nadie la desazón que sentimos. Era como si alguien hubiera acusado a una diosa de maldades.

Es encendió otro cigarrillo con temblorosos dedos, y finalizó.

—No quiero tu compasión, Helen. No quiero que Gene se case conmigo por respeto a las apariencias, como alguna medio desechada querida. Te aprecio, Helen, pero no lo suficiente para dejar que me quites a Gene y en seguida lo arrincones, o poco menos que eso. No, me niego a ir hasta ese punto.

Y se paró como si su emoción la ahogara.

Como he dicho, el resto de nosotros quedamos estupefactos. Pero no Gene. Su rostro se puso más colorado todavía. Tragó el

resto de su bebida y miró a todos nosotros, obviamente disponiéndose a estallar a su vez.

Helen había escuchado a Es con una semisonrisa y una medio ceñuda expresión, moviendo la cabeza de cuando en cuando. Entonces dirigió a Gene una exhortadora e implorante mirada, pero Gene la desatendió.

—No, Helen —dijo—. Es tiene razón. Me alegro de que hablara. Fue una equivocación ocultar siempre nuestros sentimientos. Habría sido una equivocación diez veces peor si yo hubiera mantenido esa loca promesa. Te he conseguido, para casarme con Es. Obras demasiado por compasión, Helen, y la compasión no sirve arreglando un asunto como éste. No quiero herir a Es, pero más vale que sepa ahora mismo que es un distinto casamiento el que estamos proclamando esta noche.

Yo estaba sentado allí desconcertado. Cabalmente no podía darme cuenta de que ese ebrio y coloradote pisaverde estaba afirmando que Helen era su chica, su futura esposa.

—Despreciable bestezuela —susurró Es, sin mirarle.

Gene palideció en eso, pero siguió sonriendo.

—Es quizás no me perdone por esto —dijo ásperamente—, mas no creo que sea de mí que tenga celos. Lo que la irrita no es tanto perderme a mí en Helen como perder a Helen en mí.

Luego pude encontrar palabras.

Pero Louis se me adelantó.

Puso la mano firmemente sobre el hombro de Gene.

—Estás ebrio, Gene —dijo—, y estás hablando como un tonto borracho. Helen es mi chica.

Los dos se levantaron precipitadamente, la mano de Louis todavía sobre el hombro de Gene.

Luego, en vez de pegarse, me miraron.

Porque yo me había levantado también.

—Pero... —empecé y titubeé.

Sin que yo lo dijera, lo sabían.

La mano de Louis se retiró de Gene.

Todos miramos a Helen. Una mirada fría, terriblemente herida, llena de horrible aversión.

Helen se sonrojó y nos sujetó con una mirada. Sólo mucho después realmente me di cuenta de que estaba conexas con la mirada

que nos había dirigido a los cuatro esa primera noche en el restaurante de Benny.

—... pero me he enamorado de todos vosotros —dijo suavemente.

Luego en efecto hablamos, o más bien Gene lo hizo por nosotros. Aborrezco confesarlo, pero entonces sentía una violenta palpitación de gozo por todas las duras cosas que Gene llamó a Helen. Yo quería ver el látigo abatido, las piedras echadas.

Finalmente la calificó con unos nombres que eran un poco peores.

Después Helen hizo la única cosa impulsiva que yo sabía hubiera hecho jamás.

Abofeteó a Gene. Una vez. Con fuerza.

Hay sólo dos caminos que una persona puede tomar cuando ha sido increpado por una diosa, siquiera por una diosa caída. Puede envilecerse y pedir perdón. O puede hacerse apóstata y adorador del diablo.

Gene hizo esto último.

Salió del Blue Moon, desatinando como un insensato borracho.

Eso disolvió el grupo, y Gus y el otro del mostrador, que habían estado a punto de intervenir, volvieron con alivio a sus tareas.

Louis se fue al mostrador. Es lo siguió. Yo me dirigí al distante extremo, bajo la animada pantalla de televisión, y pedí un wiski doble.

Más allá de la docena de interpuestos pares de hombros, pude ver que Es estaba tratando de obrar atrevidamente. Estaba soplando cosas a Louis. Al mismo tiempo, y todavía más torpemente, coqueteaba con uno de los otros hombres. De vez en cuando reía chillona y tristemente.

Helen no se movió. Estaba sentada a la mesa, mirando con altivez, la semisonrisa fija en los labios, Una vez Gus se acercó a ella, pero Helen movió la cabeza.

Pedí otro wiski doble. De repente mi mente empezó a funcionar furiosamente en tres planos.

En el primero aborrecía a Helen. Estaba viendo que todo lo que ella había hecho por nosotros, todo el bastimento de intelectualidad, todo el edificio de actividad creadora que habíamos levantado juntos, había estado basado en una mentira. Helen era

indecidiblemente despreciable y vulgar.

Principalmente, en ese plano, me lamentaba del terrible perjuicio que percibía me había ella ocasionado.

El segundo plano era enteramente diferente. Ahí una fría araña había entrado en mi mente procedente de regiones no soñadas. Ahí reinaba el puro terror de lo sobrenatural. Porque ahí yo estaba sumando todas las ligeras insinuaciones de rareza que habíamos recibido acerca de Helen, Las palabras del Desconocido habían bosquejado el cuadro y ahora un millar de detalles empezaban a ajustarse: la coincidencia de su llegada con el disco volante, el monstruo rural, y el milagroso hipnotismo; su curiosidad por la gente, como la de un investigador de un lejano país; la impresión que daba de poseer poderes ocultos; su cuidado en no decir nada definido, como si se precaviera dar algún conocimiento prohibido; sus largas caminatas en el campo; su aversión a la grande y sin embargo raramente visitada mina de carbón de piedra (lo suficiente grande y honda para mantener un vapor de línea a flote u ocultar un submarino); sobre todo, esa impresión de calidad sobrenatural que a veces nos había dado a todos, hasta cuando estábamos en sumo grado bajo su hechizo.

Y ahora ese asunto de una nave que salía a medianoche. De los Grandes Llanos.

¿Qué clase de nave?

En ese plano mi mente evadía encararse con el obvio resultado de su trabajo. Era demasiado espantoso e increíble, distaba demasiado del mundo del Blue Moon y de las vulgares e insignificantes camareras del restaurante de Benny.

El tercer plano era mucho más nebuloso, pero ahí estaba. Al menos me digo a mí mismo que eso era cierto. En este tercer plano empezaba a ver a Helen en un mejor aspecto y al resto de nosotros en uno peor. Empezaba a ver la belleza detrás de nuestra idea del amor; y la lealtad, con la mejor intención en nosotros, detrás de la deslealtad de Helen. Empezaba a percibir cuán malignamente, cuán semejantemente a niños mimados, habíamos estado obrando.

Por supuesto, quizás no había ningún tercer plano en mi mente en absoluto. Quizás eso sólo vino después. Quizás sólo estoy tratando de hacerme la ilusión de que yo era un poco más perspicaz, un poco más «importante» que los otros.

Sin embargo, me complace considerar que me desvié del mostrador y di unos pasos hacia Helen, que fueron sólo esos temores del «segundo plano» que me retardaron de modo que no había dado más que esos dos vacilantes pasos (si es que los di) antes...

Antes de que entrara Gene.

Recuerdo que el reloj de pared marcaba las once y treinta.

El rostro de Gene estaba muy pálido, y turgente de tensión.

Su mano estaba en el bolsillo.

No miró a nadie excepto a Helen. Era como si estuvieran los dos solos. Gene osciló, o tembló. Luego un terrible espasmo de energía lo atiesó. Se encaminó a la mesa.

Helen se levantó y fue hacia Gene, los brazos extendidos. En su semisonrisa había toda la compasión y el fatalismo —y el amor— que puedo imaginar haya en el universo.

Gene sacó una pistola del bolsillo y disparó sobre Helen seis veces. Cuatro veces en el cuerpo, dos veces en la cabeza.

Helen vaciló por un momento, luego cayó hacia adelante dentro del humo azul. El humo se disipó a soplos a ambos lados de ella y la vimos tendida boca abajo, una de sus extendidas manos tocando el zapato de Gene.

Luego, antes que una mujer pudiera gritar, antes que Gus y el otro mozo pudieran saltar al otro lado del mostrador, se abrió la puerta exterior del Blue Moon y entró el Desconocido. Después de eso ninguno de nosotros podría haberse movido o hablado. Rehuimos sus ojos como perros delincuentes.

No era que nos mirase con ira, u odio, o siquiera desprecio. Eso habría sido mucho más fácil de soportar.

No, aun mientras el Desconocido pasaba por el lado de Gene — Gene, la pistola coleando de dos dedos, mirando hacia abalo con mudo horror, retirando la punta del pie en unas aterradas pulgadas de la inanimada mano de Helen— aun mientras que el Desconocido echaba una mirada a Gene, era la mirada que un hombre podría dirigir a un toro que ha acorneado a una criatura, a un mono domesticado que ha desgarrado a su querida con alguna Inescrutable furia de animal enojadizo.

Y mientras, el Desconocido, sin una palabra, recosía a Helen en sus brazos, y la conducía silenciosamente a través del atenuado

humo azul afuera a la calle, su rostro mostraba la misma expresión de trágico sentimiento, de serena resignación.

Eso es casi todo lo que hay de mi historia. Gene fue detenido, por supuesto, pero no es fácil probar la culpabilidad de un reo de asesinato de una mujer sin efectiva identidad.

Porque el cuerpo de Helen nunca lo encontraron. Ni al Desconocido.

Finalmente Gene fue puesto en libertad y, como he dicho, se está ganando bien la vida, a pesar de la nube que pende sobre su reputación.

Lo vemos de vez en cuando, y tratamos de consolarlo, diciéndole que con igual facilidad podía haber sido Es o Louis o yo, que todos fuimos unos insensatos y egoístas necios a un tiempo.

Y todos nosotros hemos vuelto a nuestro trabajo. Las esculturas, los estudios de palabras, las novelas, las nociones nucleares no son tan brillantes como cuando Helen estaba con nosotros. Pero seguimos produciéndolas. Nos decimos a nosotros mismos que a Helen le gustaría eso.

Y nuestras mentes funcionan enteramente ahora en el tercer plano; pero sólo espasmódicamente, combatiendo la ceguedad y el egoísmo salvajes que nos están cercando de nuevo. Sin embargo, supuesto lo mejor, comprendemos a Helen y lo que Helen estaba intentando hacer, lo que estaba intentando aportar al mundo aun cuando el mundo no estuviera preparado para ello. Vislumbramos esa extraña pasión que la hizo renunciar a todas las estrellas por cuatro miserables gusanos ciegos.

Pero mayormente nos afligimos por Helen, Juntos y solos. Sabemos que no habrá otra Helen durante cien mil años, supuesto que haya una después. Sabemos que ha ido mucho más lejos de las docenas o miles de años luz a que su cuerpo ha sido llevado para su entierro. Miramos a la imagen de Helen que plasmara Es, le leemos una o dos de mis poesías. Recordamos, nuestras mentes se avivan en parte y son torturadas por el pensamiento de lo que quizás hubieran llegado a ser si nosotros hubiésemos conservado a Helen. La imaginamos de nuevo quieta en el sombreado estudio de Es, o tomando el sol en las herbosas márgenes después de un rato de natación, o sonriéndonos en el restaurante de Benny. Y nos apesadumbramos.

Porque sabemos que sólo tiene una ocasión de conocer a alguien como Helen.

Sabemos eso porque, media hora después que el desconocido se llevara el cuerpo de Helen del Blue Moon, un gran meteoro atravesó, flamante y rugiente, la campiña (algunos dicen que surgió de la campiña y se lanzó afuera hacia las estrellas) y el día siguiente hallaron que las aguas de la mina de carbón de piedra en la cual Helen no quería nadar, habían salpicado, como por el descendente golpe del puño de un gigante, los campos en una extensión de miles de yardas.

FIN